



MEROUVEI

LOS
ULTIMOS
KERANDAI

1

RAID
PC2625
.E53
U88
v.1

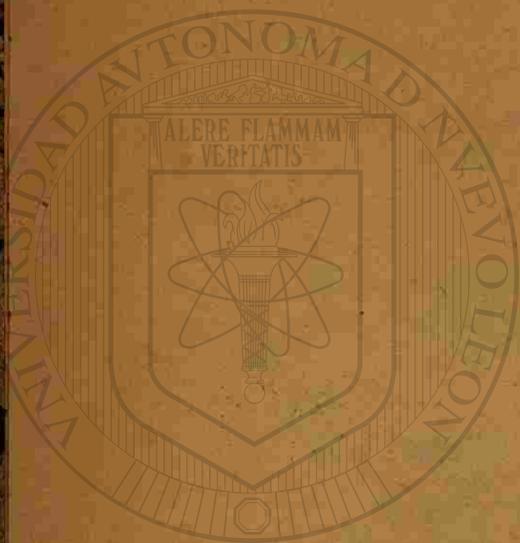


1020027076



LOS ÚLTIMOS KERANDAL

Núm. Clas. M 567w
Núm. Autor 30563
Núm. Adg. 8-
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó cy



Imprenta de F. Nozal, Jesús, 3 (esquina a la de las Huertas).

CHARLES MEROUVEL

LOS ÚLTIMOS KERANDAL

VERSIÓN CASTELLANA

DE

EL COSMOS EDITORIAL

TOMO I.



MADRID

EL COSMOS EDITORIAL
Arco de Santa María, número 4

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
85632

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO PÉREZ

ALFONSO PÉREZ

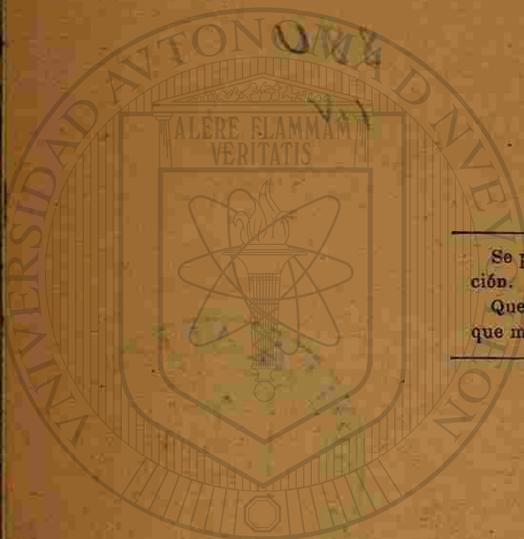
30563

833

M.

PQ2625

-ES3



Se prohíbe su reproducción.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA SEÑORITA DE FONTEROSE

I.

Diez años antes

El treinta de Octubre de mil ochocientos setenta, á las siete de la tarde, se apeaba del tren en la estacion de Vannes, un viajero, procedente, no de París, que estaba ocupado por el ejército alemán, pero sí de la misma direccion de la gran capital.

Todo el vecindario de Vannes, estaba en la estacion deseoso de saber lo que ocurría en París.

El ferrocarril era el único camino que los alemanes no habian podido cerrar á las noticias, y si bien, rara vez se podia deducir de ellas la verdad, siempre que llegaban los trenes, las poblaciones corrian en masa á la estacion.

Segun unos, París se habia levantado como un solo hombre, rompiendo las líneas enemigas y sembrando en ellas la desolacion y la muerte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 AÑO 1953 MONTERREY, MEXICO

Segun otros, París habia sido ocupado sin resistencia, teniendo que capitular sus defensores para no morir entre sus ruinas.

Cada día era mayor la confusion y más discutida la verdad, á despeso del correo, el telégrafo y el vapor.

Sólo se sabia á ciencia cierta que la emigracion aumentaba por momentos: primero, en direccion á París; despues, en direccion á las provincias.

A medida que los alemanes avanzaban, las clases acomodadas retrocedian.

En Bretaña no cabian ya los emigrantes, siendo imposible encontrar alojamiento, no ya en las grandes fondas, sino que tampoco en las casas particulares, que se habian convertido en casas de huéspedes, para explotar la situacion.

Por consiguiente, un viajero más ó menos, no excitaba la curiosidad.

Por otra parte, el aspecto exterior del personaje que acababa de apearse del tren, era lo suficientemente adocenado para no llamar la atencion de nadie.

Parecia un hombre de sesenta años de edad, de rostro demacrado, ennegrecido por los rayos del sol y surcado de arrugas, de nariz aguileña y de labios pálidos y apretados. No tenia barba, y sólo una parte de su cabeza estaba cubierta por algunos mechones de pelo canoso y áspero. Sus ojos eran pequeños, de mi-

rada penetrante, y se agitaban sin cesar bajo sus espesas cejas.

No llevaba guantes, y el color de sus manos revelaba la costumbre del trabajo.

Su traje era del color del hábito de los monjes de la Trapa, y llevaba cubierta la cabeza con un sombrero de anchas alas, como la gente del campo.

Sin embargo, su conjunto inspiraba simpatias.

Al llegar á la estación se apeó, y sin preguntar á nadie, siguió el camino apoyado en su baston.

A corta distancia de la estación, habia un cochecillo y, al ver á nuestro desconocido, un aldeano como de veintiocho años, que ocupaba el pescante, se bajó, y dirigiéndose hácia él, le dijo:

—¿Sois el señor Noel Trelan?

El desconocido contestó.

—Sí.

—Mi padre ha recibido vuestra carta, repuso el aldeano. Soy Ibo Kerandal, y vengo á buscaros.

Ibo Kerandal era, salvo la diferencia de edad, el vivo retrato del desconocido.

Tipo del verdadero Breton, rudo y á la vez bueno, una triste melancolia se extendia por sus facciones groseramente esculpidas, como el barniz se extiende sobre el lienzo de un cuadro.

Cogió al caballo por la brida, y dijo al desconocido:

—Subid. Es muy tarde, el cielo amenaza tempestad y tenemos que andar siete leguas.

Después de tomar asiento el desconocido en el carruaje, el aldeano se subió al pescante y arreó al caballo.

El coche atravesó, produciendo un ruido infernal, las calles de Vannes, tortuosas y mal alumbradas.

Al salir de la ciudad, tomó el camino de Josselin.

Poco á poco se fué rompiendo el hielo entre el conductor y el viajero.

El caballo, ocultando las orejas entre sus negras crines, devoraba el espacio.

Ibo hizo el elogio de sus buenas cualidades.

Tenia doce años. Era un animal infatigable, lo mismo para tirar de un carruaje que para la silla y el arado.

Pero su mérito principal consistía en salvar las arenosas lagunas de las landas.

De los elogios del caballo pasaron á las confidencias íntimas.

Noel Trelan contó á su conductor que era primo hermano de su padre, Pedro Kerandal, que había abandonado su país hacia más de cuarenta años, yendo á París en busca de fortuna, aunque inútilmente, hasta que, después de haber rodado por el mundo, la suerte empezó á sonreírle en la isla de Borbon, gracias á su casamiento con una viuda joven y bien acomodada. Pero á los tres años de casado tuvo la desgracia de perderla, y resolvió vender todo cuanto poseía para acabar en paz su vida en la tierra

donde reposaban las cenizas de sus padres. En consecuencia, había partido para Francia; pero en vez de encontrar su país tranquilo, le encontraba destrozado por la guerra. ¿Qué empleo daría á sus ahorros? Esto era lo que más le preocupaba, no tanto por él, como por una hija que tenía de diez años de edad y á quien había dejado en un colegio del Havre.

No hacía más que ocho días que estaba en Francia. No conocía á nadie. Su primer pensamiento fué para Bretaña. La tierra en que se ha nacido atrae irresistiblemente. Cuando llegó á Vannes le pareció que respiraba con más facilidad.

Entre tanto, iba anocheciendo.

Y así que estaban á tres leguas de la costa, el aire del mar se hacía sentir demasiado.

A Noel Trelan empezaba á parecerle largo el camino, aunque el caballo seguía trotando con la misma rapidez con que salió de Vannes.

II

Las Landas de Santa Gilda

El carruaje entró en un camino estrecho lleno de baches, de entre los cuales podían salir difícilmente las ruedas.

—Mal camino, murmuró Ibo Kerandal; pero afortunadamente saldremos pronto de él.

—Mala noche para los viajeros y sobre todo para los pescadores, contestó Noel Trelan. Dentro de dos horas este viento será un huracán deshecho.

—Pero antes estaremos nosotros en Penhoet, dijo Ibo Kerandal. Solo nos falta atravesar las landas de Santa Gilda.

—Efectivamente, nuestros viajeros acababan de entrar en el territorio de Kerandal. Santa Gilda era su casa solariega, la cuna de la familia; pero como el mayorazgo no había tenido mas que una hija, toda la fortuna de los Kerandal había pasado al marqués de Fonterose, que la poseía actualmente, mientras las demás ramas de la familia habían quedado pobres y arruinadas.

A los arenales de las landas sucedieron los campos cultivados, y el camino, á medida que mas duro, era mas fácil.

Ya estamos en las tierras del señor marqués de Fonterose, dijo Ibo Kerandal, de una manera que hubiera llamado la atención á una persona mas suspicaz que Noel Trelan.

La perspectiva cambió de nuevo.

El camino atravesaba una vasta pradera cruzada por un rio, que serpenteaba entre dos hileras de árboles; en una pequeña eminencia, se destacaba un viejo castillo, en medio de un bosque cuya extensión media mas de una legua.

—Ese castillo debía ser nuestro, dijo á Noel Tre-

lan, Ibo Kerandal. En él han nacido nuestros padres. Somos parientes de su dueño; pero no nos mira como á tales, y cuando nos vé vuelve la cabeza. Sin embargo, no puede evitar que nos llamemos Kerandal, es decir, que llevemos el apellido de la mas noble y antigua familia de Morbian.

Entonces Ibo, contó á Noel el estado de decadencia á que había llegado su familia.

Su padre estaba todavía en posesión de la heredad de Penhoet, pero no llevaba el título de barón, anejo á ella, porque era pobre, muy pobre, y por consiguiente, se llamaba, como su abuelo, Kerandal á secas.

Pudo hacer, gracias á su apellido, un buen matrimonio; pero habiéndose enamorado de una aldeana de Guehennec llamada La Hermosa Bretona, se casó con ella.

De aquel matrimonio, que agravó la situación de la casa, nacieron cuatro hijos; Jacobo, Corentin, Santa, que tenía doce años y que prometía ser tan hermosa como su madre, é Ibo. Jacobo sentó plaza de voluntario y partió para la guerra con las fuerzas levantadas por el marqués de Fonterose.

Corentin se hizo marino.

A Ibo quisieron mandarle á Paris, para hacer de él un sábio; pero Ibo prefirió dedicarse á la labranza y á hacer buenos quesos.

El verdadero criado de la casa lo era él.

Sus demás hermanos vivían en la holganza, consagrando toda su vida á los placeres de la caza y la pesca en los bosques y en las lagunas del marqués, con cuyos guardas tenían frecuentes altercados.

La pasión dominante del marqués era la caza, y todo lo perdonaba menos una invasión en sus bosques.

Toda la fortuna de los Kerandal estaba en sus manos.

Los demás individuos de la familia eran pobres.

Ibo estaba resignado con su suerte, pero Jacobo y Corentin tenían celos del marqués y le odiaban.

Pedro Kerandal estaba enfermo á la sazón.

Ibo atribuía su enfermedad al mal estado de los asuntos de la casa.

Noel Trelan, é Ibo Kerandal, llegaron por fin á Penhoet.

Un hombre de elevada estatura, de cabellos largos y grises, de facciones duras y de mirada penetrante, salió á recibirlos.

—Buenas noches, Noel, dijo al viajero. Entrad y descansad. que, después de tan largo viaje, vendreis fatigado.

Tomaron asiento en la cocina al lado del fuego.

En las casas de campo de Bretaña, la cocina es la habitación principal.

—María Ana, dijo Pedro Kerandal al entrar, aquí

teneis á vuestro primo Noel Trelan, hijo de mi tío, que viene del fin del mundo á hacernos una visita. Es preciso tratarle como á quien es.

La aldeana de Guchennec, á pesar de tener ya mas de cuarenta años, merecía todavía el nombre de La Hermosa Bretona.

Al ver entrar á Noel Trelan se levantó, saludándole cortésmente.

—Después de tan largo viaje, tendreis apetito, le dijo. Os esperábamos ¡ para cenar.

En efecto, en la mesa había un cubierto mas que de costumbre,

Mientras el ama y la criada de la casa daban la última mano á los preparativos de la cena, y desenganchaba Ibo el caballo para llevarle á la cuadra, el jefe de la familia conducía á su huésped y pariente á la habitación que le habían preparado.

La casa de los Kerandal, la casa solariega de aquella antigua familia, uno de cuyos individuos había asistido al combate de los Treinta y otros acompañado á Duguesclín en sus empresas, estaba tan sólidamente construida, que, á pesar de las injurias del tiempo y de las infinitas reparaciones que había sufrido, todavía se mantenía en pié; bien es verdad que la parte habitable era la mas reducida.

Pedro Kerandal iba delante de Noel con un candelerero de hierro en la mano, cuyo resplandor permitió ver á aquel nuevo extranjero en su patria, las in-

mensas salas que iban atravesando, frias, desiertas y sin otro adorno que los retratos de sus antecesores cubiertos de polvo y telarañas.

Las molduras doradas de las paredes y las pinturas de los techos, habian desaparecido bajo la influencia de la humedad.

La tormenta prevista por Ibo, empezó á desarrollarse. El viento azotaba los cristales de las ventanas y rugia amenazador en los cañones de las chimeneas, como si fuera gas que pugnase por romper la prision de las calderas. Los cimientos y las paredes crugian como los huesos de un esqueleto que se levantase de su tumba.

—Cuando yo era niño, en estas habitaciones habia movimiento y vida, dijo Noel tristemente.

—El tio del marqués nos trataba como parientes, contestó Pedro Kerandal. Pero desde entonces acá, los tiempos han cambiado mucho.

Los dos primos siguieron corriendo la casa.

Llegaron á una escalera de piedra que daba paso á una torrecilla que se elevaba en el centro del edificio, sirviéndole de coronamiento.

Un ancho corredor dividía la torre en dos partes, una que tenia vistas á la plaza de Penhoet y otra que daba hácia el campo.

En la parte que tenia vistas á la plaza estaba la habitacion destinada á Noel.

Su mobiliario se reducía á una cama de madera, de

respetable antigüedad, unas cuantas sillas de paja y una con tablero de piedra.

—Esta es vuestra habitacion, Noel, dijo. No os parecerá cómoda, pero mi situacion no me permite daros mejor alojamiento. En Santa Gilda, todo es seda y oro. Aquí todo es desnudez y miseria. Lo que allí tiran, aquí quisiéramos recogerlo.

—Estoy contento, y dormiré aquí como en un palacio.

Y volviéndose hácia Pedro, añadió:

—¿Hay ladrones en el pais?

Pedro se encogió de hombros.

—¡Ladrones! ¡Pobres gentes! ¿Y qué habrian de robar en mi casa?

Noel se quitó la cartera de viaje; al dejarla sobre la mesa produjo un eco metálico.

—¿Venís cargado de oro, primo? preguntó Pedro.

Noel no creyó que debia ocultar la verdad á Pedro. Habia vuelto á Bretaña con el proyecto de hacerse propietario, si encontraba una posesion que fuera de su agrado y de rendimientos seguros.

Este habia sido su dueño favorito cuando era pobre, y una vez rico queria verle realizado.

No era millonario, pero al fin tenia con qué vivir holgadamente, y por el pronto, traia en su cartera en billetes de Banco y en oro, ochenta mil francos, y en poder de un amigo tenia cuatrocientos mil.

Nadie conocía el importe de su fortuna ni sus proyectos.

Desembarcado en el Havre hacia algunos días, había dejado allí á su hija, tomando seguidamente el camino de Bretaña.

—Hace mas de cuarenta años que salí del país y no le he olvidado un solo día en todo este tiempo.

Pedro Kerandal había escuchado á Noel sin desplegar los labios y con los ojos clavados en la cartera de viaje que estaba sobre la mesa.

Con aquellos ochenta mil francos hubiera podido pagar todas sus deudas y librarse de las persecuciones de la justicia que á todas horas llamaba á su puerta.

Pedro Kerandal tenia el orgullo de su raza y le asustaba mas una humillacion que un crimen.

La primera idea que le sugirió el ruido metálico que produjo la cartera de Noel, fué la idea de un crimen.

Noel se lavó las manos y la cara, y cuando estaba limpiándose la ropa del polvo del camino, se oyó la voz de la criada que decia:—Señor, la cena espera.

Las siniestras ideas del señor de Penhoet se desvanecieron al entrar en la cocina.

Durante la comida, Noel contó la historia de los trabajos y de las peregrinaciones de su vida, hablando con verdadera emocion de su hija, encantadora criolla de cabellos rizados, ojos de fuego y talle esbelto como una palmera.

Se llamaba Juana.

Tambien hizo Noel un elogio cumplido de Santa, la hija de Pedro, que, á pesar de sus pocos años, era ya una mujer por el desarrollo de sus formas,

Al llegar á los postres, los dos primos eran los mejores amigos del mundo.

Noel, animado por las sonrisas de María Ana y por la cordialidad de Pedro Kerandal, reveló sus mas íntimos secretos.

Quería establecerse en el país y gozar en él de su fortuna.

María Ana estuvo á punto de decirle:

—Comprad nuestra casa y así nos evitareis la vergüenza de vernos arrojados de ella.

Pero una mirada de su marido selló sus labios.

Limitóse, pues, á lamentar los rigores de la suerte, que apenas les permitian atender á las necesidades de su numerosa familia, cuando las cosechas no eran buenas.

Pero despues cayó en la cuenta de que Noel estaria cansado, y aplazó para el dia siguiente la relacion de sus desventuras.

Despues de un brindis general, la criada acompañó á Noel hasta su habitacion, en la cual se proponia pasar la noche en un sueño.

Santa é lbo se recogieron tambien, quedando solos en la cocina María Ana y Pedro Kerandal.

IV

La tentación

Durante algunos minutos no se dirigieron la palabra marido y mujer.

Dentro de la cocina no se oía mas ruido que el de la péndola del relój.

Fuera, el viento seguía silbando.

—Es una verdadera tormenta, dijo María Ana. ¡Pobres de los que crucen el mar á estas horas!

Pedro, que acababa de llenar y encender su pipa, no contestó ni se movió.

—¿En qué piensas? le preguntó su mujer despues de una breve pausa.

—En nada.

—Sí, Pedro, algun pensamiento te martiriza. Sólo te he visto tan preocupado el día que Jacobo salió para la guerra.

—¡Con nuestro vecino el marqués de Fonterose! Es verdad. El contraste entre los primos no podía ser mayor. El marqués con su gran uniforme bordado de oro, Jacobo con el capota de soldado y sin un céntimo en el bolsillo. No teníamos nada que darle, ¡Qué humillacion!

—¿Sabes lo que se dice de la guerra? preguntó

María Ana en cuanto se calmó la irritacion de su marido.

—No, contestó Pedro. Me dan bastante en qué pensar mis propios asuntos, El día que se haga la paz, tendremos que pagar nuestras deudas, es decirnos echarán á la calle nuestros acreedores, porque lo único que poseemos es esta casa. Ya no hay en el país quien nos preste veinte francos. ¿Qué nos importa á nosotros a guerra? Penhoet está muy lejos de la frontera, y, por consiguiente, nada tenemos que temer de los prusianos. Nuestros enemigos son los jueces y los alguaciles. Hasta ahora hemos conseguido burlarnos de ellos. Hoy estamos entre sus garras.

El relój dió las doce.

—¿No quieres recogerte? preguntó á Pedro María Ana acercándose á él y poniéndole la mano sobre el hombro.

—No contestó Pedro. No tengo sueño.

—¿Qué tienes?

—Estoy triste.

—¿Por qué?

—¿Qué será de tí y de Santa el día que nos arrojen de Penhoet? Los hombres son hombres, y cada cual echará por su camino. Ibo sabe trabajar. Jacobo y Corentin son hábiles cazadores, y yo me puedo levantar la tapa de los sesos antes que entregarme á un trabajo vil. Pero tú, la baronesa de Kerandal

porque eres baronesa, y nuestra hija... Ni tú ni Santa podeis servir á nadie... Sólo tendreis un apoyo en nuestro hijo Cláudio, que, gracias á los conocimientos que está adquiriendo en Vannes, podrá llegar á ser un hombre de provecho... Pero mientras tanto, ¿qué hareis? ¡Sangre y maldición! Hé aquí cómo terminan los Kerandal, los compañeros de Dugesclin, los iguales de los Rohan, de los Tinteniac y de los Beaumanoir, los amigos de los duques de Bretaña, los valientes del combate de los Treinta. Sirviendo á otros ó pidiendo limosna. Hasta aquí hemos vivido dignamente con los rendimientos de nuestras tierras. La tierra ha sido nuestra madre. Ahora la miseria nos amenaza.

—¿Cuánto debes? preguntó tímidamente María Ana.

—Ochenta mil francos.

—No creí que fuera tanto, repuso la buena mujer dejando caer la cabeza sobre el pecho. Todo Penhoet apenas vale esa cantidad.

Pedro se estremeció de repente, y murmuró:—
¡Ochenta mil francos!

Y apareció ante sus ojos la cartera de viaje de su pariente Noel.

—Véte á acostar, dijo á María Ana, pasándose la mano por la frente como para ahuyentar un mal pensamiento. Yo no tengo sueño. Si la luna sale, me iré á cazar al bosque.

—¿Cuándo partirá nuestro primo Noel? preguntó María Ana.

—No lo sé. Mañana tal vez al despuntar el día, ó mas tarde.

Y añadió bruscamente:

—¿Qué interés tienes en saberlo?

María Ana dió un beso en la frente á su marido.

—Valor, Pedro, valor, le dijo. Cuanto más unidos, mas fuertes seremos. Tus hijos te aman, yo tambien. Apoyados unos en otros, haremos frente á la miseria.

—Es verdad, la contestó Pedro besándola también en la frente. Adios.

María Ana obedeció como pudiera haberle hecho una esclava.

Pedro la siguió con los ojos hasta que la perdió de vista.

Aquella mujer había sido su única pasión, y todavía ejercía sobre él grande influencia.

Una vez solo, se abismó de nuevo en sus tristes pensamientos.

¿Qué hacer? Esta pregunta no tenía mas que una contestación: nada. Toda la buena voluntad de su mujer y de sus hijos, era insuficiente para encontrar un remedio á la desesperada situación en que se encontraba. La medida se había llenado. Sólo un hombre podía salvarle.

Deslumbrado por dos siglos de proezas y de gloria.

Pedro Kerandal conservaba su antigua fiereza. Se casó con María Ana por no exponerse á una negativa si hubiera mirado mas alto. No se forjaba ilusiones. Un

título nobiliario no tiene valor si no está sostenido por una fortuna. En caso contrario, es ridículo. Además, había recibido una educación medio salvaje, como sus hijos. Era una tradición de la familia la ignorancia. María Ana aceptó su amor con júbilo. Pedro Kerandal, aunque vivía como un aldeano, gozaba de gran autoridad en el país. Llevaba un apellido más, en la época de su casamiento era un gallardo mozo é impresionó fuertemente á la joven aldeana. Después se dejó llevar por la corriente de la vida, y descuidando sus intereses, llegó donde no podía menos de llegar: á la ruina.

La abnegación de María y de sus hijos no podía evitarla.

Pedro logró un día dominar su orgullo, acosado por la justicia, y fué al castillo de Santa Gilda á ver á su opulento primo.

Le expuso su situación. Hasta entonces había luchado; pero la resistencia era ya inútil. Recordó al marqués su origen y le pidió auxilio. El marqués se lo negó seca y lacónicamente. Pedro volvió á su casa con el corazón destrozado y refirió á su mujer y á sus hijos lo que le había sucedido. No había esperanza. La única tabla de salvación con que contaba, se había sumergido en el mar.

Desde aquel día, la situación había ido empeorando.

El reloj dió la una.

Lívido, con las facciones contraídas, se levantó, encendió la linterna y salió de la cocina vacilante como si estuviera borracho.

Al pasar por el salón de retratos, se le figuró que le miraban airadamente sus antecesores.

Llegó por fin á la habitación donde dormía Noel, y se detuvo ante la puerta, aplicando el oído á la cerradura.

V.

La cartera de viaje de Noel

Sólo oyó la acompasada respiración de Noel, que dormía tranquila y confiadamente.

Entonces, abrió la puerta tomando grandes precauciones y la volvió á cerrar del mismo modo.

Dejó la linterna sobre la mesa y se acercó á la cama de su huésped y pariente, cuyas formas huesosas y pronunciadas, parecían, debajo de las mantas, las formas de un cadáver.

Debajo de la almohada en que descansaba su cabeza, echada hácia atrás, estaba la cartera de viaje, tentando con su vista á Pedro.

Aquella cartera contenía el término de sus humillaciones, el reposo de su vida entera y el porvenir de toda su familia.

Puso la mano sobre ella.

Noel seguía durmiendo.

De repente se le figuró que había hecho un movimiento y brilló un rayo en sus ojos.

El ladrón, ante el temor de ser descubierto, se hizo asesino, y agarrotando entre sus manos de hierro el cuello de su víctima, la estranguló sin que hiciera otro movimiento que abrir desmesuradamente los ojos y clavarlos en Pedro de una manera indefinible.

Pedro volvió la cabeza y continuó su obra.

Noel dejó de agitarse, murmurando sus labios dos ó tres palabras de las cuales sólo una oyó distintamente Pedro: Juana.

Entonces el asesino volvió á mirar á su víctima y, después de ponerla la mano sobre el corazón para convencerse de que había dejado de latir, se dirigió hácia la puerta y escuchó.

Sólo se oía el ruido del viento,

Se miró en un espejo y tuvo miedo de sí mismo.

Estaba más pálido que el muerto.

Retrocedió espantado, pero la vista de la cartera de viaje que había puesto sobre la mesa, le recordó la realidad de su situación.

El precio de su crimen estaba allí, al alcance de su mano.

Abrió la cartera y contó los billetes y el oro que al bolcarla sobre la mesa salieron de ella.

Los ochenta mil francos por los cuales había mata-

do á un hombre, á un pariente próximo, á un amigo que se había confiado á su lealtad, estaban completos.

Nadie podía disputárselos ya.

Pero era preciso borrar las huellas del crimen.

Se asomó á la ventana. La luna estaba á punto de desaparecer del horizonte entre las nubes que la envolvían completamente.

La oscuridad era tan grande, que no hubiera podido distinguirse á un hombre á dos pasos de distancia.

Kerandal cogió la cartera de viaje, la ocultó en el fondo de un armario vacío, se dirigió al granero para buscar un saco, echó en él los vestidos del muerto y al mismo muerto, y después de atarlo con una cuerda, se le cargó á la espalda con la misma facilidad que si se tratara de un niño, y bajó á la cuadra.

El caballo estaba echado sobre la paja y dormía profundamente.

Kerandal le despertó dándole una patada en los lomos.

Cuando el padre ó sus dos hijos, Jacobo ó Corentin, mataban en el bosque un jabalí ó un ciervo, iban por el caballo para que condujera el botín de la caza hasta Penhoet.

Pedro unció el caballo al carruaje que habían llevado á Noel á Penoet y depositó en su fondo el cadáver.

El caballo se encabritó como si hubiera presentado

algo siniestro; pero Pedro le tranquilizó, y temeroso de que sus hijos ó su mujer se despertaran, abrió las dos hojas de la puerta, sacó el carruaje al campo y volvió á cerrar.

María Ana se despertó efectivamente y se asomó á la ventana, pero la noche era oscura y no vió nada, oyendo solamente el rodar del carruaje.

El coche atravesó el camino que conducía á las landas.

Ni un alma velaba á aquellas horas, y sin embargo, el asesino temblaba al más leve rumor.

Llegado al centro de las landas, detuvo el carruaje y, después de un momento de vacilación, le hizo entrar en un camino estrecho y tortuoso.

No había andado cien metros, cuando le hizo detener de nuevo.

Desenganchó el caballo, y sacando del fondo del carruaje el fúnebre saco, le cargó con él.

Eran próximamente las cuatro y media de la mañana.

Las cornejas graznaban en las ramas de los árboles y á lo lejos se oían los aullidos de los lobos.

A pesar de su salvaje valor, Pedro estaba trémulo de espanto. No llevaba armas para el caso de que alguien se cruzara en su camino y sorprendiera su secreto. Se le había olvidado este detalle. Pero, en último caso, contaba con su fuerza material para deshacerse de cualquier curioso.

Cogió el caballo de la brida y echó á andar.

Conocía palmo á palmo el bosque.

Cuando llegó al paraje donde debía depositar el cadáver, empezaba á clarear.

De repente se detuvo.

Creó haber oído á corta distancia el ruido de las hojas que chocaban entre sí como si alguien las pisara.

Miró, no vió nada y siguió su camino.

Con una mano iba apartando las ramas que le cebraban el paso y con la otra dirigiendo el caballo.

Llegó por fin á una profunda laguna que había en el centro del bosque y, levantando en peso la fúnebre carga del caballo, la arrojó en medio de las cenagosas aguas.

—Ahora, exclamó lanzando un suspiro, que te busque quien te eche de menos.

En el momento de volver á coger las riendas del caballo para alejarse de aquel sitio de maldición, se le figuró ver una sombra que cruzaba el bosque en dirección contraria á la que él llevaba.

VI.

La sombra.

Al salir del bosque, Pedro se detuvo al pié de un árbol, y empezó á mirar á su alrededor.

algo siniestro; pero Pedro le tranquilizó, y temeroso de que sus hijos ó su mujer se despertaran, abrió las dos hojas de la puerta, sacó el carruaje al campo y volvió á cerrar.

María Ana se despertó efectivamente y se asomó á la ventana, pero la noche era oscura y no vió nada, oyendo solamente el rodar del carruaje.

El coche atravesó el camino que conducía á las landas.

Ni un alma velaba á aquellas horas, y sin embargo, el asesino temblaba al más leve rumor.

Llegado al centro de las landas, detuvo el carruaje y, después de un momento de vacilación, le hizo entrar en un camino estrecho y tortuoso.

No había andado cien metros, cuando le hizo detener de nuevo.

Desenganchó el caballo, y sacando del fondo del carruaje el fúnebre saco, le cargó con él.

Eran próximamente las cuatro y media de la mañana.

Las cornejas graznaban en las ramas de los árboles y á lo lejos se oían los aullidos de los lobos.

A pesar de su salvaje valor, Pedro estaba trémulo de espanto. No llevaba armas para el caso de que alguien se cruzara en su camino y sorprendiera su secreto. Se le había olvidado este detalle. Pero, en último caso, contaba con su fuerza material para deshacerse de cualquier curioso.

Cogió el caballo de la brida y echó á andar.

Conocía palmo á palmo el bosque.

Cuando llegó al paraje donde debía depositar el cadáver, empezaba á clarear.

De repente se detuvo.

Creó haber oído á corta distancia el ruido de las hojas que chocaban entre sí como si alguien las pisara.

Miró, no vió nada y siguió su camino.

Con una mano iba apartando las ramas que le cebraban el paso y con la otra dirigiendo el caballo.

Llegó por fin á una profunda laguna que había en el centro del bosque y, levantando en peso la fúnebre carga del caballo, la arrojó en medio de las cenagosas aguas.

—Ahora, exclamó lanzando un suspiro, que te busque quien te eche de menos.

En el momento de volver á coger las riendas del caballo para alejarse de aquel sitio de maldición, se le figuró ver una sombra que cruzaba el bosque en dirección contraria á la que él llevaba.

VI.

La sombra.

Al salir del bosque, Pedro se detuvo al pié de un árbol, y empezó á mirar á su alrededor.

Acostumbrado á ver en la oscuridad no distinguió nada.

Tranquilizado un tanto, siguió su camino.

Pero, en el momento de desaparecer en dirección al sitio en que había dejado el carruaje, se volvió á dibujar entre los árboles la sombra que le había atemorizado.

Era un hombre con traje de cazador, ó más bien de guarda de campo, á juzgar por la bandolera que cruzaba su pecho con una placa de acero en el centro, en la que brillaban las armas de la casa Fonterose.

—¿Qué habrá venido á hacer aquí á estas horas ese hombre? se preguntó.

Atravesó los linderos del bosque y llegó al sitio donde había visto detenerse á Kerandal.

Las huellas del hombre y del caballo esaban impresas en la arena.

El guarda se bajó y las observó atentamente.

—Juraría que ha puesto aquí la herradura el caballo de Kerandal.

Y siguiendo las huellas, llegó á la laguna, deteniéndose en el mismo sitio en que el cadáver de Noel había sido lanzado al agua.

—Indudablemente, aquí ha estado un Kerandal, murmuró. Pero, ¿cuál de ellos habrá sido?

Fácil le hubiera sido adivinarlo, pero, en último caso, aunque hubiera ido al bosque con alguna intención siniestra alguno de los Kerandal, él no había

de detenerle, porque estaba unido á ellos por lazos que no quería romper.

Había nacido en casa de los Kerandal, fruto de los amores de una vaquera y de un ayuda de cámara de Santa Gilda, que tanto por descargarse del peso de su hijo, como por estar cansado de la vida de provincia, desapareció del país de la noche á la mañana.

La vaquera burlada se murió de pesadumbre, quedando abandonado el pobre huérfano, que hubiera muerto también, á no haberse hecho cargo de él, por caridad, los Kerandal, el maestro y el cura de Phenoe.

Se crió tan delgado, que le pusieron por nombre la *Aguja*, aunque su verdadero nombre era Juan.

A su extremada delgadez debió el ser exceptuado del servicio militar.

Sin embargo tenía una salud de hierro, y á subir una cuesta ó correr, no había quien le ganara en el país.

El mayordomo de Santa Gilda, el Sr. Malo Briquebec, compadecido de su suerte, le nombró guarda de campo del señor marqués de Fonterose, y desplegó tal celo en el desempeño de su cargo, que no se disparaba una escopeta en el bosque sin que supiera al cuarto de hora quién había sido el merodeador.

Pero cuando este era uno de los Kerandal, tomaba, para sorprenderle, el camino más largo, dándole tiempo para escaparse.

Sin embargo, aquel día se había picado su curiosidad.

Lo que había visto era extraño, inexplicable.

Los Kerandal, cuando cazaban, no arrojaban la caza al agua.

Todo el día le pasó pensando en lo que habría ido á hacer al bosque Kerandal aquella noche.

Al caer la tarde se dirigió á Penhoet.

Su visita tenía además otro objeto

A pesar de su fealdad, era extremadamente enamorado; amaba, aunque nunca lo había dado á entender, á María Ana, y siempre que sus ocupaciones se lo permitían, iba á verla.

La familia Kerandal le dispensaba la mas cordial acogida, y cuando llegaba á las horas de comer, le hacían sentarse á la mesa.

Cuando llegó á Penhoet había ya cerrado la noche.

Nada revelaba en el interior de la casa el drama que se había representado en ella.

Estaban acabando de cenar cuando Juan hizo su presentación.

—Aquí está Juanillo, dijo la criada, anunciándole.

—He visto luz, al pasar, dijo Juan, y he entrado á daros las buenas noches

—Bien venido, Juan, contestó Pedro. Siéntate y bebe un vaso de sidra con nosotros.

—Muy tarde andais por el campo, le dijo María Ana.

—Es la hora de la ronda.

—¿No os dá miedo cruzar el bosque á estas horas?

—Los lobos hayen de él, repuso Pedro sonriéndose. No tiene mas que huesos.

—Mas bien debería temer al viento, que el día menos pensado se le puede llevar como una hoja seca añadió en el mismo tono de broma uno de los hijos de Pedro.

—Al menos esta noche hace luna, replicó la criada. Habeis tenido mas fortuna que el forastero que llegó anoche.

—¿Un forastero? preguntó Juan.

—Sí, un primo de mi padre que llegó anoche y se fué esta madrugada, acompañado por mi padre, dijo María Ana.

—¡Ah! exclamó involuntariamente Juan.

—Sí. Recordó que tenía que despachar un negocio urgente y nos abandonó pocas horas después de llegar.

El guarda no volvió siquiera la cabeza para mirar á Pedro. Los hombres de los bosques acaban por hacerse tan sagaces como las fieras, obligados constantemente á velar por su seguridad; pero la imagen del hombre y del caballo que había visto la noche antes, se reprodujeron en su memoria.

Pedro Kerandal, por su parte, estaba tranquilo. Nadie había oído el menor ruido durante la noche, y por consecuencia nadie sospechaba nada.

Cuando volvió, á las nueve de la noche, guiando su caruaje, dijo á su mujer y á sus hijos que venía de acompañar á Noel que, con motivo de un negocio urgente, había tenido que apresurar su partida, prometiéndole, no obstante, que volvería pasado algún tiempo para establecerse en el país.

Las palabras de Pedro no las discutía nadie. Eran artículos de fé ante los cuales toda la familia inclinaba la cabeza.

En Bretaña la autoridad del jefe de la familia es soberana.

Además, ¿qué interés podía tener Pedro en enganar á los suyos? María Ana estaba más alegre que de costumbre. Pedro parecía menos preocupado, y cuando él era feliz, ella lo era también.

Juan, por el contrario, estaba meditabundo y ab-sorto. Aquel misterio le preocupaba hondamente. Parecía que el peso que se le había quitado de encima á Pedro, había caído todo entero sobre su corazón. Sospechaba algo terrible, y no pudiendo re-primír por más tiempo su impaciencia, se levantó, dió la mano á Pedro y María Ana, y salió.

La serenidad de la noche contrastaba con el horror de la anterior.

La luna brillaba en medio del cielo, y el viento murmuraba cadenciosamente entre las ramas de los árboles.

Juan tomó á paso largo el camino de su casa, que estaba próximamente á una legua de Penhoet.

Los Kerandal estaban arruinados. Su desgracia no era un secreto para nadie. El Sr. Lesguedou, alguacil de Pornigua, decía á todo el que le quería oír, que el día menos pensado se sacaría á pública subasta la caverna de los lobos de Penhoet. Sin embargo, Pedro estaba tranquilo y se había permitido aquella noche algunas bromas respecto á Lesguedou, dando á entender que no le temía. Todos estos detalles turbaban el ánimo de Juan. Algo extraordinario sucedía que no estaba al alcance de su inteligencia, y era preciso averiguarlo, no para vender el secreto de los Kerandal, si nó para satisfacer su curiosidad y desvanecer sus propios temores.

Llegó á su casa, una casita pequeña pero pintoresca, edificada en medio de un jardín, se dirigió al establo donde en vez de ganado había unas cuantas aves, descolgó una especie de garrocha con un garfio en la punta, y con la garrocha en una mano y la escopeta en la otra, se dirigió hácia el sitio en que la noche anterior había visto al hombre y al caballo.

Marchaba tan rápidamente, que un caballo no hubiera podido seguirle, así es que en breve tiempo salvó la distancia que le separaba de la laguna.

Juan conocía el terreno palmo á palmo, y aunque no le hubiera conocido, le habrían puesto en camino los juncos rotos que señalaban el paso del hombre cuyo secreto iba á sorprender.

Llegó á la orilla, sumergió en las aguas la garrocha

por el lado que tenía el garfio, y no tardó en tropezar con un objeto que al fin apareció sobre la superficie de la laguna.

Juan reconoció con espanto, bajo la tela del saco, la rigidez del cadáver de Noel.

Ya no era posible dudar.

La noche anterior se había cometido un crimen en aquel sitio.

Juan reflexionó, siendo su primer movimiento de miedo.

Miró á su alrededor y no vió á nadie.

¿Qué hacer.? Su deber le mandaba dar cuenta del descubrimiento que había hecho á su superior gerárquico el Sr. Malo Briquebec; pero la imágen de María Ana, que apareció de improviso ante sus ojos, le detuvo.

Recordó los cuidados que le habían prodigado los Kerandal en su niñez; las veces que le habían sentado á su mesa siendo hombre; la hermosura de María Ana; la inocencia de Santa; la honradez de Ibo, y no quiso hacerse juez de Pedro, vendiendo su secreto.

¿Quién era el desconocido, cuyo cadáver tenía delante.? Lo ignoraba. Vaciló un momento. Pero al cabo volvió á dejarlo caer en el fondo de la laguna. Si algun día era preciso buscarle, allí le encontraría.

Media hora despues entraba en su casa, volviendo la cabeza como si temiese que alguien le hubiera seguido.

VII.

Salvaje como una fiera.

En las épocas de guerra y de perturbaciones públicas, la desaparición de un hombre pasa inadvertida.

La muerte de Noel fué un misterio para todo el mundo, entre otras razones, porque nadie tuvo noticia de su llegada á Penhoet.

Los Kerandal eran poco comunicativos y no hablaban á nadie de sus asuntos, y si se hubiera preguntado en el Havre, como nadie conocía á Noel, nadie habría podido asegurar que había desembarcado en aquel puerto un hombre llamado así.

Sólo su hija se inquietó por su silencio, pero su hija era una niña.

Al cabo de un mes confió sus temores á la directora del colegio en que la había dejado su padre, pero la directora ignoraba el punto de Francia á que aquel se había dirigido. Por otra parte, las comunicaciones entre el Havre y el resto del país estaban interrumpidas. Se entraba y se salía por mar. Por tierra servían de correo las palomas mensajeras, y este medio tenía de inseguro todo lo que tenía de ingenioso.

Pasaron las semanas y los meses sin tener noticias de Noel Trelan.

Los temores de Juana iban en aumento. Temía que su padre hubiese muerto ó hubiera caído prisionero de guerra. Y para colmo de desdichas, el amigo de Noel, depositario de la mayor parte de su fortuna, un judío de la Bolsa llamado Moisés Blunner, antiguo dependiente de comercio, convertido en millonario, hombre sin fé ni ley, para quien el robo era una obra meritoria, sabiendo que no existía ninguna prueba del depósito que se le había confiado, explotó en su favor la desaparición de su acreedor.

Juana, por consiguiente, perdió á la vez su padre y su fortuna.

Un día, mucho tiempo despues, un desconocido, dejó en el colegio una carta con sobre para Juana Trelan.

Aquella carta contenía el importe de tres meses de pensión y una nota, en la que se la decía que no contase con nuevos auxilios para lo porvenir.

Juana, aunque solo contaba á la sazón once años, tenía todo el desarrollo de las criollas y todas las promesas de una hermosura deslumbradora.

Su inteligencia tambien respondía á los caracteres salientes de su raza; era ardiente y viva.

Hablaba correctamente el francés, el inglés y el español.

No obstante su juventud y su inexperiencia, com-

prendió todo el alcance de su desgracia. Despues de aquella carta no era posible dudar. Su padre había sido asesinado y despojado de su fortuna.

Lloró amargamente, despues de haber sufrido las ansiedades de tres meses de confusiones y perplejidades.

Pero, con una fuerza de voluntad superior á sus pocos años, se consagró al estudio y al trabajo, primero para bastarse á sí misma, y despues para entregarse en cuerpo y alma á averiguar cuándo y cómo había desaparecido su padre.

En el castillo de Santa Gilda vivía la marquesa de Fonterose, como una reclusa, con ostentaciones de dolor y de piedad.

Olimpia de Fontanac se había casado con el marqués de Eonterose á los veintitres años, y era un alma fría y orgullosa, entregada á las prácticas de una devoción rancia y mal entendida.

Su exterior estaba en relación con la sequedad de su alma: era alta y delgada, de pómulos salientes, nariz aflada, ojos hundidos y cabellos tan amarillos que parecían rojos.

Su marido la miraba con lo mayor indiferencia, no teniendo, como no tenía, mas que dos pasiones que le dominasen violentamente: los placeres de la mesa y los placeres de la caza.

Pero si no tenía con la marquesa ninguna efusión del alma, tampoco tenía el menor disgusto: era una

excelente ama de casa y recibía galantemente á sus visitas.

De este matrimonio nació una hija.

En 1870 tenía, como Juana, que era su prima, aunque lo ignorase, doce años, y por fortuna suya no se parecía en nada á su madre ni en lo físico ni en lo moral.

Nicolasa de Fonterose, era esbelta como una palma rubia como una espiga y pálida como una azucena.

Tenía toda la gracia de los primeros años y dejaba adivinar ya sus futuros encantos, en sus grandes ojos, de un azul sombrío, en su abundosa cabellera, suave y reluciente, en su cuello artísticamente modelado, y en las líneas pronunciadas de su seno.

Era decidora, intrépida y terca y no tenía miedo á nada, ni á un caballo, ni á la oscuridad, ni á la soledad de los grandes bosques y de las landas.

Su padre la adoraba y ella adoraba á su padre; pero en cuanto á su madre, mas bien que cariño, la tenía respeto, á consecuencia de sus costumbres rígidas y un tanto escépticas.

Durante su ausencia, el marqués la escribía todos los días para darla noticias suyas.

En los primeros días de diciembre empezaron á ser menos frecuentes las cartas del marqués, y, á fin de mes, hubo intervalos entre una y otra de cinco y de seis días.

Segun las últimas noticias, el marqués se hallaba

en los alrededores de Besançon y hablaba á su hija de una acción inminente y decisiva, revelando todo el texto de su carta un gran desaliento y una viva inquietud por la suerte del ejército.

El día 5 de Enero, el intendente de Santa Gilda, señor Malo Briquebec, que habia tenido que ir á Penhoet, volvió al castillo con el semblante demudado.

Los Kerandal habian recibido una carta de su hijo Jacobo, que formaba parte del batallón de Fonterose, anunciándoles una terrible desgracia.

El marqués habia sido muerto en un reconocimiento, hácia Villarsexel, donde algunos días despues se debía dar una gran batalla.

No era posible dudar de la exactitud de la noticia.

Jacobo Kerandal habia visto exhalar el último suspiro al marqués.

El señor Ma'o Briquebec se valió de toda clase de precauciones para dar esta triste noticia á sus amas, haciendo asistir al acto al rector de Santa Gilda.

—Señora marquesa, exclamó despues de un largo exordio, sois viuda.

La marquesa de Fonterose encerró su dolor en los límites de la mas exquisita conveniencia.

Sé dejó caer al pié de un crucifijo de marfil, que habia á la cabecera de su lecho, y se cubrió la cara con las manos, rompiendo á llorar.

—Señor, exclamó como Job, vos me le habeis dado y vos me le quitais... ¡Cúmplase vuestra voluntad!

Nicolasa era muy joven. La muerte de su padre la habría conmovido más si la hubiera presenciado, y como hacía tiempo que no le veía, aquella ausencia eterna la afectó menos de lo que era de esperar, dado el amor que le tenía.

La muerte del marqués quedó envuelta en el misterio, no sabiéndose de ella más que lo que había dicho Jacobo.

El marqués salió de noche con cuatro móviles a hacer un reconocimiento, y de repente cayó herido de un tiro que le atravesó el pecho.

Los móviles que le acompañaban no vieron a las fuerzas enemigas, de entre las cuales había partido el tiro.

Hubo quien sospechó que el autor de la muerte había sido un soldado de su mismo batallón, llamado Jacobo Kerandal, que asistió al reconocimiento.

Jacobe Kerandal era un bretón de aspecto salvaje y fuerzas hercúleas, que se había dado á conocer en la guerra por su indomable valor: con la misma serenidad avanzaba hacia un hombre que hacía la boca de un cañón.

Jacobe Kerandal hizo cuatro ó cinco disparos á pretexto de que había visto entre los árboles del camino un grupo de alemanes.

Uno de aquellos disparos se cree que puso fin á la vida del marqués.

Jacobe Kerandal, después de hacer prodigios de

valor, forzó las líneas alemanas en las fronteras de Suiza, y creyendo que la campaña había terminado, como terminó en efecto, atravesó á pie toda Francia y regresó Penhoet.

Su padre, gracias á la cartera de viaje, pagó poco á poco sus deudas, ocultando sagazmente su riqueza con la venta de parte de sus tierras y pidiendo nuevos plazos á sus acreedores.

Dos años después, y cuando ya no debía nada, apareció una noche muerto en el bosque de Santa Gilda.

Cuando se encontró su cadáver, á los tres días de su desaparición de Penhoet, se dijo que había muerto á consecuencia de la ruptura de un aneurisma.

La verdad es que se envenenó con digital para librarse de sus remordimientos.

A todas horas, de día y de noche, veía la sombra de Noel Trelan con los ojos clavados en él como en el momento en que le estranguló para robarle.

Abramos un paréntesis de diez años y lleguemos á la época en que se desarrollan los acontecimientos que vamos á referir.

VIII

La suerte de las huérfanas

Una noche de los últimos días de agosto de 1880

30563

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO HERRERA"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Nicolasa era muy jóven. La muerte de su padre la habria conmovido mas si la hubiera presenciado, y como hacia tiempo que no le veia, aquella ausencia eterna la afectó menos de lo que era de esperar, dado el amor que le tenia.

La muerte del marqués quedó envuelta en el misterio, no sabiéndose de ella más que lo que habia dicho Jacobo.

El marqués salió de noche con cuatro móviles a hacer un reconocimiento, y de repente cayó herido de un tiro que le atravesó el pecho.

Los móviles que le acompañaban no vieron á las fuerzas enemigas, de entre las cuales habia partido el tiro.

Hubo quien sospechó que el autor de la muerte habia sido un soldado de su mismo batallón, llamado Jacobo Kerandal, que asistió al reconocimiento.

Jacobe Kerandal era un bretón de aspecto salvaje y fuerzas hercúleas, que se habia dado á conocer en la guerra por su indomable valor: con la misma serenidad avanzaba hácia un hombre que hácia la boca de un cañon.

Jacobe Kerandal hizo cuatro ó cinco disparos á pretexto de que habia visto entre los árboles del camino un grupo de alemanes.

Uno de aquellos disparos se cree que puso fin á la vida del marqués.

Jacobe Kerandal, despues de hacer prodigios de

valor, forzó las líneas alemanas en las fronteras de Suiza, y creyendo que la campaña habia terminado, como terminó en efecto, atravesó á pie toda Francia y regresó Penhoet.

Su padre, gracias á la cartera de viaje, pagó poco á poco sus deudas, ocultando sagazmente su riqueza con la venta de parte de sus tierras y pidiendo nuevos plazos á sus acreedores.

Dos años despues, y cuando ya no debia nada, apareció una noche muerto en el bosque de Santa Gilda.

Cuando se encontró su cadáver, á los tres dias de su desaparicion de Penhoet, se dijo que habia muerto á consecuencia de la ruptura de un aneurisma.

La verdad es que se envenenó con digital para librarse de sus remordimientos.

A todas horas, de dia y de noche, veia la sombra de Noel Trelan con los ojos clavados en él como en el momento en que le estranguló para robarle.

Abramos un paréntesis de diez años y lleguemos á la época en que se desarrollan los acontecimientos que vamos á referir.

VIII

La suerte de las huérfanas

Una noche de los ultimos dias de agosto de 1880

30563

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO HERRERA"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

un hombre y una mujer, jóvenes ambos, salían del Hipódromo, cuya cúpula lanzaba torrentes de claridad que iluminaban todo el barrio del Trocadero.

Las calles próximas estaban llenas de carruajes y de curiosos paseándose por las aceras unos y otros formando grupos á las puertas de los cafés.

La orquesta monstruo del Circo tocaba una polka, cuyo hermoso ritmo llenaba el espacio.

Un carruaje con dos caballos esperaba á los jóvenes.

—Subid, Juana, dijo el hombre.

—¿A dónde vamos?

—A cualquier parte, al bosque, donde queráis. Es temprano para volver á casa.

La joven era alta y esbelta, y andaba contoneándose con la dejadez y el abandono proverbiales de las criollas.

Hizo un gesto de resignación, se levantó el vestido y, poniendo el diminuto pié en el estribo, se dejó caer en el fondo del carruaje.

Su compañero se sentó á su lado y cogió las riendas de los caballos.

En el momento de partir el carruaje, se acercó al estribo un joven de bigotes rubios y fisonomía simpática, vestido á la última moda.

—¿Á dónde van tan tarde los enamorados? dijo á la feliz pareja.

—Adonde nos lleve la casualidad,

—¿Y despues?

—Iré al Circulo.

—Llévame hasta allí, dijo el joven rubio tomando asiento en el carruaje antes de recibir la vénia para ello.

Y apenas sentado, dió rienda suelta á su verbosidad, clavando al descuido penetrantes miradas en el semblante de la graciosa morena.

Hemos dicho graciosa, pero en realidad merecia el nombre de encantadora.

La hermosura de Juana Trelan habia superado todas las esperanzas que hizo concebir cuando todavia era una niña; ojos brillantes, cabellos esplendidos, dientes de marfil, labios de púrpura, y unia á todos estos encantos de mujer la distincion de una gran señora.

Su amante, porque evidentemente el lazo que los unia era un lazo ilícito, tenia el mismo color moreno pronunciado, la misma mirada de fuego y la misma expresion simpática y avasalladora.

Su levita abotonada hasta el cuello, y la roseta en carnada que brillaba en uno de sus ojales, le daban el aspecto de un oficial de caballería que habia ganado la cruz de la Legion de Honor, durante la guerra de 1870.

Roger de Ambarés, como todos los hijos de las familias que ostentaban un título, montaban bien á caballo, ó brillaban en la alta sociedad, habia vuelto á la guerra condecorado.

—Veo con placer que cada día estais mas enamorados, dijo el improvisado acompañante le nuestros dos jóvenes. Yo, francamente hablando, nunca hubiera creído que esta mariposilla, que Roger de Ambarés, estuviese tanto tiempo posada en una misma flor. ¡Dos años! Podeis estar orgullosa. Ninguna mujer ha conseguido lo que vos. Bien es verdad que tambien Roger debe estar orgulloso. No hay ninguna mujer como vos. Y naturalmente, nadie habla en París mas que de vuestros amores. Sólo hay una dama bastante osada para disputaros el corazon de Roger: la sota de copas. ¿Qué edad tienes, Roger?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Ahora lo sabrás.

—Debo tener ya treinta años.

—Sí Roger tiene treinta años, debe hacer lo menos veinte que adora las cartas. Es el jugador mas incorregible que conozco. Pero las cartas son peores que las mujeres. Tienen inconstancias diabólicas. Donde clavan las uñas arrancan la tajada.

Roger pisó discretamente á su amigo la punta del pié, pero su amigo no se dió por entendido y siguió explotando el mismo tema.

Tal vez lo hacia intencionalmente.

—Si yo, Máximo, marqués de Presle, me viera á dos pasos de la bancarrota, antes de sucumbir bajo los escombros de mi fortuna, buscaria una rica he-

redera con quien casarme. La perdonaria la fealdad.

—Tú, cuando juegas, ganas, dijo con cierta acritud Roger.

Juego poco, y si es verdad que gano, en otras cosas soy desgraciado.

—¿Desgraciado? preguntó la criolla.

—Afortunado en el juego... Ya sabeis el refran.

Al decir estas palabras clavó en Juana una mirada que equivalia á una declaracion.

—A propósito, Roger, añadió cambiando por fin de conversacion, ¿cuándo te vas?

—¿Pensais iros? preguntó Juana á su amante. No me habiais dicho nada...

—Pensaba decíroslo hoy mismo, contestó Roger visiblemente contrariado. Pero como el marqués se ha adelantado... Sí, Juana, voy á dejaros, pero sólo por unos cuantos dias. Tengo en Bretaña una tía, la marquesa de Fonterose, que me persigue hace muchos años con la pretension de que le haga una visita...

—Una viuda que está todavía de muy buen ver, observó el marqués de Presle...

—Una apergaminada, replicó Roger. Lo menos debe tener cuarenta años.

—Pero tiene una hija de veinte, repuso el marqués con manifiesta malignidad.

—Por mi prima no iría á Bretaña, contestó Roger.

—Pues harías mal. Es preciosa y tiene el dote de una princesa. Este detalle no es para olvidado.

—Siempre será una colegiala... Una hermosura de provincia. Buen color, buenas carnes... Una verdadera muñeca.

El marqués de Pesle no se desconcertaba por nada.

—De esas colegialas y de esas muñecas se hacen las duquesas, repuso.

Juana se sentía tan contrariada como Roger, y no acertaba á explicarse el objeto de aquella conversacion.

Máximo de Pesle era el mejor amigo de Roger de Ambarés.

Desde que Juana era querida de Roger, por una série de circunstancias que mas tarde referiremos, Máximo tenía siempre un asiento en su mesa, en su carruaje y en su palco.

Sin hacerla la córte mas que en concep'to de un buen amigo, Máximo había fijado en Juana mas de una mirada de ternura y de compasion, cuando Roger, dejándose llevar de su entusiasmo amoroso, la juraba fidelidad eterna.

Juana, tambien en el paroxismo de la pasion, no había comprendido, ó no había querido comprender aquel lenguaje mudo.

Pero á la sazón, menos ciega. veía en las palabras del marqués una especie de revelacion.

Evidentemente se tramaba algo contra ella.

Máximo había hablado de matrimonio, y Máximo, que no era un aturdido como Roger, nunca hablaba por hablar.

—¿Habeis dicho que vuestra tia se llama la marquesa de Fonterose? preguntó Juana.

—Sí.

—¿Reside en Bretaña?

—Sí.

—¿En qué parte?

—¿Qué curiosa os vais haciendo! ¿Qué interés teneis en saberlo?

—¿Y vos, qué interés teneis en ocultármelo?

—Ninguno.

—Entonces, decídmelo.

—Hacia el lado de Vannes.

—¿Muy lejos?

—No. A algunas leguas de distancia. En un sitio medio salvaje.

—¿Qué se llama?...

—Santa Gilda de Las Landas.

—Gracias.

—El carruaje, despues de haber dado la vuelta á los lagos, descendió por la avenida de los Campos Eliseos, y tomando la calle Real y la de Tronchet, se detuvo en esta delante de un hotelito.

—Ya estais en vuestra casa, amiga mia, dijo el marqués.

—¿No entráis, Jorge? preguntó Juana.

—Me esperan en el Circulo. Tengo que arreglar algunos asuntos antes de partir.

—Entonces, hasta mañana.

—Sí, hasta mañana.

—Adiós, Máximo. ¿Cuándo nos veremos?

Mañana vendré á almorzar, si me lo permitís.

—Sí, os espero.

Juana dió la mano á Roger, y sin volver la cabeza para mirarle, entró en el hotel inquieta y agitada.

El eco de las palabras del marqués de Presle resonaba todavía en sus oídos.

Eran una advertencia y una amenaza.

El marqués de Presle con sus ochenta mil libras de renta en buenas tierras, sus treinta años y su hotel en la calle de la Universidad, se creía el hombre mas feliz de la tierra.

Gallardo continente, fisonomía simpática, mucho talento, malicioso desde la punta de los cabellos hasta la punta de los piés, con una casa elegante y artísticamente amueblada, siempre con dinero disponible en los cajones de su mesa y en casa de su banquero, con todas sus cuentas liquidadas al día, con criados que no cambiaba nunca y con queridas que reemplazaba frecuentemente... hé aquí el retrato físico y moral del marqués de Presle:

Un detalle que merece consignarse.

Amaba á Juana, la deseaba ardientemente, pero no abusó nunca de la confianza que habia depositado en él Roger de Ambarés.

El tipo del marqués de Presle no es tan vulgar ni tan comun como parece á primera vista.

Las palabras que habian turbado tan profundamente la paz del corazón de Juana no habian sido pronunciadas sin un objeto determinado.

Quería prepararla para una desgracia que le parecia inminente y que, si el amor no fuera ciego, debia haber conocido hacia mucho tiempo.

Sin embargo, por ciertos síntomas, Juana habia presentido que, en la vida de Roger de Ambarés, pasaba algo extraordinario. De algun tiempo á aquella parte su carácter se habia agriado; la menor contrariedad le encolerizaba; cada día su tristeza y su abatimiento eran mayores, y cuando Juana le preguntaba qué tenia, contestaba invariablemente: nada.

Era indudable que en la vida de Roger habia un secreto, y como Juana no podia dudar de su amor, acabó por creer que estaria apurado de dinero.

Roger vivía en la calle de Aguesseau en una anti-gua y suntuosa casa heredada de sus padres.

El hotel que habia alquilado para Juana era pequeño, pero estaba amueblado con riqueza y con gusto.

Sólamente en París existen estos nidos de amor donde todo admira y seduce, y donde se goza del mismo bienestar, despues del cansancio y el aburrimiento de los negocios, que el viajero que, despues de una larga peregrinacion, se sumerge en un baño de agua tibia y perfumada.

La escalera de mármol con pasamanos de cedro, conducia directamente á la habitacion de Juana, que era una reduccion, una miniatura de las habitaciones mas elegantes y artísticas de la época de Luis XVI.

El lecho estaba copiado del que tenia María Antonieta en Trianon, las sillas eran tambien de la época, y las telas que cubrian las paredes, de las mas ricas que produce la industria moderna.

Allí habia pasado Juana su primera noche de amor. La historia de Juana era una de tantas historias parisienses.

En cuanto recibió la carta con el importe de los tres meses de pension, comprendiendo que ya no tenia nada que esperar, se consagró al trabajo con una constancia y una fuerza de voluntad superior á sus años.

Era preciso vivir.

¿Pero cómo puede vivir una mujer con su trabajo?

La eleccion de camino era difícil.

Por fin se decidió á entrar de segunda pasanta en

un colegio de la calle de Rocher, cuya directora la señaló cuarenta francos al mes, cantidad superior á la que generalmente se gana en una profesion que tienen que abandonar todas las jóvenes que se consagran á ella sino quieren morir de hambre.

Una mujer del campo gana mas que una de esas infelices á quienes se trata como á criadas, sin serio, y que ocupan un lugar intermedio entre la baja y la alta domesticidad.

Desilusionada de su nueva posicion, no tardó en abandonarla para entrar de institutriz en una casa particular del barrio de Saint-Honoré, en casa del baron de Fontrailles.

Tenia entonces diez y nueve años y gozaba fama, en verdad merecida, de una gran belleza; á su hermosura precisamente debia su entrada en casa del baron de Fontrailles.

Una de las desgracias de la hermosura pobre, es que todas las mujeres del gran mundo temen abrirla las puertas de su casa, por ser generalmente origen de perturbaciones y discordias domésticas.

Pero la baronesa de Fontrailles tenia un pensamiento

Hermosa todavia, y empeñada en aventuras galantes, á pesar de sus cuarenta años, queria compensar la soledad en que dejaba á su marido, dándole una compañera que se la hiciera menos triste.

El plan estaba bien trazado, y tratándose de una

mujer como Juana, no podía menos de tener el éxito apetecido.

No era posible resistir á la influencia de aquellos ojos que, á cierta distancia, hubieran inflamado la pólvora.

Y sucedió lo que debía suceder.

Al cabo de ocho días de vida comun, el baron de Fontrailles, que tenia quince años mas que su mujer, se enamoró perdidamente de Juana, desapareciendo de los paseos, de los teatros, de las reuniones y del Círculo para no separarse un momento de ella.

Todas sus pasiones se fundieron en una sola.

Juana era pobre; él rico; nada se resiste al dinero, y el baron no dudó un solo minuto de su triunfo.

Era cuestion de tiempo.

Juana no parecía haberse fijado en sus atenciones y, si entendia sus palabras de doble sentido, aparentaba no entenderlas, dejando que se perdiesen en el vacío, así como sus miradas de amor.

Cuando el baron, dejándose llevar de su entusiasmo, aventuraba las primeras frases de una declaración, una mirada fria é imponente de Juana le sellaba los labios.

Al lado del hotel del baron de Fontrailles habia otro hotel, el hotel de Roger de Ambarés, con vistas al jardín del primero: pero esta vecindad de la juventud y la vejez, que podía haber llamado la aten-

cion de Juana, no influyó en lo mas mínimo en la ciega confianza que tenia el baron en el éxito de su empresa.

La resistencia de Juana, á juicio del baron, no era mas que un recurso estratégico para mejorar las condiciones de la capitulacion.

Despues de dos meses de sitio, se decidió el baron á intentar un ataque nocturno; pero fué rechazado, á pesar de su valor y de su audacia.

El enemigo durmió en sus posiciones, despues de haber rechazado el asalto, sin experimentar la menor pérdida.

Juana dijo al baron lo que debía decirle, sin arranques de cólera, ni gritos de indignacion, contestando á las proposiciones de amor con proposiciones de sincera amistad, que fueron aceptadas por el baron, como una promesa de triunfo para lo porvenir.

Pero, desde aquella noche, se modificó ostensiblemente el carácter de Juana, haciéndose, de expansivo que era, triste y sombrío.

—Tarde ó temprano, la habia dicho el baron, tendreis que aceptar lo que rechazais ahora y tal vez en peores condiciones, si no os resignais á vegetar en la indigencia, prestándoos á los servicios mas humillantes.

El baron la habia dicho la verdad.

Y la experiencia no tardó en demostrárselo.

No era el baron el único hombre que rendia culto

á su hermosura: eran todos los hombres que frecuentaban el hotel Fontrailles.

El sitio abandonado por el baron le renovó un capitán de dragones, Mr. de Estrelles, y y despues un sobrino del baron, que no fué mas afortunado que sus antecesores, por mas que fué mas audaz.

Esta lucha continua empezó á fatigar á Juana, llevando el desaliento y la duda hasta lo mas íntimo de su alma.

Ya estaba decidida á renunciar á sus funciones y abandonar la casa del baron, cuando un acontecimiento imprevisto la hizo variar de propósito.

Uno de los concurrentes mas asíduos al hotel de Fontrailles era Roger de Ambarés.

Hizo lo que todos y acabó por enamorarse perdidamente de Juana.

Pero escarmentado en cabeza agena, no siguió la táctica de todos.

Juana había declarado que no sería mas que del hombre que la hiciera su mujer, y por consiguiente, que, siendo pobre, nunca se había forjado la ilusion de encontrar marido en el hotel del baron de Fontrailles.

Roger, por las confidencias de sus amigos, y especialmente por las del capitán de dragones conocia los sentimientos de Juana, y en vez de lanzarse al asalto como sus antecesores, estableció las líneas de una verdadera y respetuosa amistad, que, al cabo, de

algunas semanas, se convirtió en una pasión furiosa.

Roger tenía veinte y nueve años y cien mil libras de renta, con la esperanza de heredar igual cantidad de su abuela.

No era un buen mozo en toda la extensión de la palabra; pero era simpático en extremo y no carecia de elegancia y distincion.

Algunas mujeres pretendian que fascinaba con sus miradas; pero Juana se resistió á aquella fascinacion, y Roger lo comprendió instintivamente, y fué gradualmente introduciéndose en su intimidad.

Primero la dijo que se conceptuaría dichoso consagrándole su vida; despues la juró que no se casaría con otra mujer que no fuese ella, en cuanto pudiera vencer las susceptibilidades de su abuela, criada en otros tiempos y con otras ideas.

Todos los dias la escribía una ó dos cartas llenas de amor y de promesas que, dicho sea en honor de la verdad, sentia, porque la hermosura de la criolla le había trastornado el juicio.

Juana resistió mucho tiempo; pero al fin Roger consiguió llevarla al hotel que había alquilado para ocultar su ventura, hasta que pudiera hacerla pública, convirtiendo á su querida en su mujer.

Dos años habían trascurrido desde la caída de Juana, y aunque la abuela de Roger estaba ya en mejor vida, los dos amantes no eran todavía esposos.

Siempre que Juana abordaba aquel asunto le contestaba Roger evasivamente.

¿Les faltaba algo para ser dichosos?

A Roger, efectivamente, no le faltaba nada.

Juana, sin embargo, no había dudado hasta entonces de su amante, y no porque el marqués de Presle no le hubiera dado motivo con sus bromas para dudar.

Juana comprendía que el amigo de su amante estaba enamorado de ella; pero estaba tranquila, porque el marqués era un amigo leal y en ningún caso, hubiera tratado de suplantar á Roger, haciendo á su amistad tan cobarde traición.

Pero aquella noche las palabras de Máximo la impresionaron vivamente y sintió la necesidad de despejar de una vez para siempre su situación.

Despidió á su doncella, y una vez sola, se sentó delante de su *secrétaire*, le abrió y sacó un legajo de cartas atado con una cinta de terciopelo.

Aquellas cartas eran la historia de su amor.

En una de ellas la decía Ambarés, antes de triunfar de su resistencia:

«No busco en vos una querida, sino una esposa. El lazo del amor no es eterno, como yo lo quiero, si Dios no lo sanciona. Tened confianza en mí. Os empeño mi palabra de honor de no abandonaros nunca y de daros mi nombre en cuanto pueda, no haciéndolo mañana mismo por ahorrarr un disgusto á una

»pobre vieja á quien debo amar y respetar, á pesar de sus preocupaciones y de sus terquedades.»

En otra carta le decía, despues de haber triunfado de su resistencia:

»Ahora que sois mía; ahora que me habeis concedido el supremo bien á que aspiraba: ahora que sois mi esposa ante Dios, os renuevo todas las promesas que os tengo hechas. Dormid tranquila. Sed feliz. Sólomente podrá haber otra noche mas deliciosa para mí que la primera noche que he pasado á vuestro lado; la noche en que pueda llamaros mía delante de todo el mundo.»

—Es preciso que me haya vuelto loca para dudar de Roger, exclamó Juana levantándose y volviendo á encerrar las cartas en el *secrétaire*. No me engaña... Es imposible que me engañe... Por miserable que sea un hombre, no puede mentir así.

Un cuarto de hora despues, Juana dormía en paz y era feliz siguiendo el consejo de Roger.

IX.

El abandono

Tambien, al separarse de Juana, parecía Roger triste y contrariado.

Las reflexiones de su amigo le habían puesto en un estado de exasperacion que sólo necesitaba un pretexto para estallar.

Siempre que Juana abordaba aquel asunto le contestaba Roger evasivamente.

¿Les faltaba algo para ser dichosos?

A Roger, efectivamente, no le faltaba nada.

Juana, sin embargo, no había dudado hasta entonces de su amante, y no porque el marqués de Presle no le hubiera dado motivo con sus bromas para dudar.

Juana comprendía que el amigo de su amante estaba enamorado de ella; pero estaba tranquila, porque el marqués era un amigo leal y en ningún caso, hubiera tratado de suplantar á Roger, haciendo á su amistad tan cobarde traición.

Pero aquella noche las palabras de Máximo la impresionaron vivamente y sintió la necesidad de despejar de una vez para siempre su situación.

Despidió á su doncella, y una vez sola, se sentó delante de su *secretaire*, le abrió y sacó un legajo de cartas atado con una cinta de terciopelo.

Aquellas cartas eran la historia de su amor.

En una de ellas la decía Ambarés, antes de triunfar de su resistencia:

«No busco en vos una querida, sino una esposa. El lazo del amor no es eterno, como yo lo quiero, si Dios no lo sanciona. Tened confianza en mí. Os empeño mi palabra de honor de no abandonaros nunca y de daros mi nombre en cuanto pueda, no haciéndolo mañana mismo por ahorrarr un disgusto á una

»pobre vieja á quien debo amar y respetar, á pesar de sus preocupaciones y de sus terquedades.»

En otra carta le decía, despues de haber triunfado de su resistencia:

»Ahora que sois mía; ahora que me habeis concedido el supremo bien á que aspiraba: ahora que sois mi esposa ante Dios, os renuevo todas las promesas que os tengo hechas. Dormid tranquila. Sed feliz. Sólomente podrá haber otra noche mas deliciosa para mí que la primera noche que he pasado á vuestrolado; la noche en que pueda llamaros mia delante de todo el mundo.»

—Es preciso que me haya vuelto loca para dudar de Roger, exclamó Juana levantándose y volviendo á encerrar las cartas en el *secretaire*. No me engaña... Es imposible que me engañe... Por miserable que sea un hombre, no puede mentir así.

Un cuarto de hora despues, Juana dormía en paz y era feliz siguiendo el consejo de Roger.

IX.

El abandono

Tambien, al separarse de Juana, parecía Roger triste y contrariado.

Las reflexiones de su amigo le habían puesto en un estado de exasperacion que sólo necesitaba un pretexto para estallar.

El carruaje subía por la calle de Amsterdam.

—Confiesa, le dijo Máximo, que estás furioso y furioso conmigo, que es el colmo de la necedad.

—No estoy precisamente furioso, le contestó Roger, haciendo inauditos esfuerzos para contenerse, pero confieso que tus bromas me han hecho pasar un mal rato. ¿Te has propuesto comprometerme con Juana? ¿No sabes lo mucho que la amo?

—Lo mucho que la has amado, has debido decir para hablar con mas propiedad, repuso Máximo.

—La amo lo mismo que la amaba; la amo con todo mi corazón, replicó Roger. ¿Se puede dejar de amar á una mujer como Juana? Solo un hombre de hielo como tú sería capaz de no dejarse rendir por sus encantos.

—Conozco á Juana lo mismo que tú. Es una mujer adorable bajo todos conceptos. Si no fuese tan amigo tuyo, te la hubiera robado ya.

—Has hecho bien en no intentarlo.

—¿Por qué?

—Porque te hubiera metido una bala en el pecho con la mayor amistad:

—O yo á tí, porque el tiempo que tú pierdes en la Bolsa, ó jugando en el Círculo, le utilizo yo ensayándome en tirar todas las armas. Te dejas robar el dinero. También te dejarías robar la querida. Pero á pesar de tus defectos te quiero.

—No soy ingrato á tu afecto.

—Pero, volvamos á Juana, á tu adorable Juana; ¿sino estás cansado de ella, por qué piensas abandonarla?

—¿Quién te ha dicho que yo trato de abandonarla?

—¿No vas á casarte?

—¿Casarme yo?

—No habria nada más natural.

—Pero...

—Hablemos francamente. Tienes una querida. Esta querida cree en ti como en Dios, acaso más. Y se equivoca. Tú no piensas más que en encontrar un medio decoroso para deshacerte de ella. Para conseguirla, la hiciste toda clase de jnramentos. No la has cumplido ninguno. No lo niegues. Más pronto ó más tarde, Juana comprenderá la verdad, toda la verdad.

No sólomente no será tu mujer, sinó que el día menos pensado la pondrás en medio de la calle. ¿No sería preferible que la fueses preparando para recibir el golpe con que la amenazas? A la mujer de un obrero se la anuncia con las precauciones debidas que su marido se ha caído de un andamio, dejándose los sesos en las piedras de la calle. Eso es lo que he empezado á hacer yo por caridad, viendo que tú no lo hacías. Ya puedes estar tranquilo. No tendrás que plantear la cuestión. Ella te la planteará mañana mismo á la hora del almuerzo. Mis palabras la han abierto los

ojos. Ve pensando lo que vas á contestarla. Todo depende de tu diplomacia. Si es cierto lo que dicen, estás arruinado.

—¿Y quién se ha atrevido?...

—El judío Blunner dice á todo el que lo quiere oír que le debes una suma importante.

—Es verdad.

—¿Cuánto?

—Setecientos mil francos.

—Lo menos te ha robado las tres cuartas partes.

—Pero le debo los setecientos mil francos.

—También dice Blunner que tienes hipotecadas en más de lo que valen tus posesiones de Ambarés.

—También es verdad.

—Que le has cedido á retroventa tu palacio, que tu hotel de París...

—¡Cierto! ¡Cierto!

—Pero se equivocan. No estás arruinado completamente.

—Explicame eso.

—Yo tengo siempre á tu disposición cien mil francos.

—Tú has sabido vivir.

—Sí, he sabido rechazar las caricias de los agentes de Bolsa que acaban por vaciar los bolsillos de los inocentes como tú; he sabido ser fuerte contra las tentaciones del juego, y sobre todo, he sabido dejarme vencer por las exigencias de las mujeres. Toda mi

filosofía consiste en pasar el presente sin comprometer el porvenir.

El carruaje se paró delante de la puerta del Círculo.

—¿Entras? preguntó Máximo á Roger.

Roger vaciló un momento.

—Entra, añadió Máximo. No jugaremos y proseguiremos más cómodamente nuestra conversacion.

Roger, batido en sus últimas trincheras, acabó por confesar á Máximo que estaba completamente arruinado.

En la última baja de la Bolsa había perdido una cantidad considerable, que tuvo que pedir á varios usureros, uno de ellos Blunner.

A todas horas se veía asediado por sus acreedores, y en su hotel, se representaban frecuentemente escenas de violencia.

Sólo un medio podía salvarle de la ruina y de la deshonra.

Un matrimonio con una mujer rica.

La marquesa de Fonterose le había escrito precisamente en aquellas circunstancias.

Le unían algunos lazos de parentesco con ella, y al mismo tiempo había sido compañera de colegio é íntima amiga de su madre.

Del contenido de la carta podía deducirse que la marquesa de Fonterose vería con gusto un matrimonio entre su hija y Roger.

La perspectiva de este matrimonio había tranquil-

lizado á Blunner, y en su consecuencia había dado á Roger algunos meses de plazo para arreglar sus cuentas.

Roger no podía resignarse con la idea de casarse con la hija de la marquesa de Fonterose.

Amaba á Juana y quería cumplir la palabra que la había dado.

¿Pero cómo aceptar una vida de privaciones y de miseria, aunque fuese á su lado?

No tenía valor para tanto.

Máximo de Presle, escuchó á Roger sin interrumpirle.

—¿De manera, le preguntó bruscamente, que todavía no has resuelto lo que debes hacer?

—Ir tirando como Dios me dé á entender.

—Son dos cobardías.

—Muy dura me parece la palabra.

—¿Qué nombre das tú á la mala acción de engañar á dos mujeres á la vez, á la una por amor y á la otra por interés?

—El amor que profeso á Juana disculpa mi proceder. ¡Todo menos perderla!

Máximo de Presle se encogió de hombros.

—Siembras mentiras, y recogerás odio, dijo.

—¿Qué harías tú en mi lugar? preguntó Roger.

—No me atrevo á aconsejarte nada, contestó Máximo despues de una larga pausa. Te vas á enterrar en vida. Me produces el mismo efecto que me produciría

un moribundo, yo soy tu presunto heredero. Si fuera un miserable, te dejaría morir; pero eres mi amigo, y mis sentimientos siempre han sido caballerescos. Nunca te lo he dicho; pero desde el primer día me pareció mal, muy mal que sacases á Juana de casa de Fontrailles. Me gustaba como á todos. Tenía verdadero capricho por ella. Me quitaste la novia. En lugar de decirlo, como á todas las mujeres:—«Estoy locamente enamorado de vos»—y de arrojarte á sus pies, la juraste elevarla hasta la categoría de tu mujer. Lo repito: esto me pareció mal, muy mal. Sé lo que vas á decirme. No pensabas cumplir tu juramento. Yo he estudiado el carácter de Juana. Para llegar hasta ella hay que ir por el camino recto. Es preciso decirlo. ¿Quereis ser mi querida?

—Me hubiera rechazado.

—Y nada hubieras perdido en ello, Juana no es la única mujer que hay en el mundo, y al fin otra te hubiera consolado, y al menos tendrías ahora tranquila la conciencia. Y haciendo lo contrario de lo que debías hacer, la dijiste.—¿Quereis ser mi mujer? —Juana dió crédito á tus palabras, y hasta ahora ha vivido en la mas ciega confianza. Se cree tu mujer y no lo será nunca. ¡Qué despertar tan triste la preparas! No sé lo que hará; pero preveo, dadas las especiales condiciones de su carácter, que vuestros amores van á tener un desenlace terrible.

Hasta el salon en que sostenian este diálogo Máxi-

mo y Roger, llegaba el ruido del dinero al caer sobre las mesas de juego.

La pasión del juego se despertó en el corazón de Roger.

Sus dedos temblaban como si tuviese ya las cartas en la mano.

—Todavía no me has dado el consejo que te he pedido, dijo con impaciencia á Máximo

—Oyelo, contestó Máximo. Estás en una situación muy grave. Tu ruina te ofrece el medio de salir de ella. Sal. Vé á Juana. Dila francamente lo que te sucede, haciéndola juez de la determinación que debes tomar. Se trata de tu honor, y al honor se deben sacrificar los más sagrados juramentos. Abandónala, si debes abandonarla, y no engañes á las dos, á tu querida y á tu futura. De lo contrario te expones á perder á ambas.

—¡Basta ya! exclamó Roger. Pensaré lo que conviene hacer. Préstame cien luises.

—¿Vas á jugar?

—Por última vez.

Presle se encogió de hombros, haciendo un gesto de incredulidad.

—Toma, le dijo dándole los cien luises y buenas noches. Me voy á acostar.

Roger tomaba asiento en una mesa de baccarat pocos momentos después.

A las cuatro de la mañana abandonó el Círculo, con el semblante rebosando alegría.

Con los cien luises de Máximo, había ganado sesenta mil francos.

A las diez de la mañana mandó que engancharan el fílburi y se dirigió al hotel de Juana.

Juana no recordaba haberle visto tan alegre hacía mucho tiempo.

En los primeros momentos tuvo intención de seguir el consejo de Máximo, revelándole la verdadera situación, pero la imprevista ganancia de los sesenta mil francos le hizo variar de propósito.

No comprendía que aquella cantidad no podía proporcionarle más que algunos días de tranquilidad.

Debía cien veces más.

Juana se acercó á Roger y apoyó dulcemente las manos en sus hombros.

—¡Que hermosa os encuentro hoy! exclamó Roger ciñéndola el talle con el brazo.

—Vos no estais tan preocupado y tan sombrío como ayer, y este cambio me hace feliz.

—Hoy estoy alegre.

—¿Qué teníais ayer?

—Disgustos.

—¿De qué clase?

—De dinero, Había perdido.

—¡Siempre el juego! ¿Qué tiene esa pasión que así os domina?

—Es la enfermedad de la época. En todas partes se juega: en la Bolsa, en los Círculos, en los Casinos, en las carreras, en Monte-Carlo...

—Es preciso que os cureis de esa enfermedad, Roger. ¿Tanto dinero se necesita para ser dichoso?

—Sí, sí, para ser dichoso se necesita mucho dinero. La vida es una partida de placer que cuesta muy cara. Anoche gané. Tomad para lo mas preciso. Hace mucho tiempo que no os doy nada. No debéis tener un franco.

Y sacando de la cartera diez billetes de Banco de 4 1.000 francos, se los dió á Juana.

—Roger, exclamó Juana, ¿queréis hacerme verdaderamente feliz?

—Sin duda alguna.

—Pues renuncia al juego. No vayas más al Círculo. No me dejes sola tanto tiempo. Si has perdido una parte de tu fortuna, haremos economías, gastando tan solo lo estrictamente necesario. Estando mas tiempo á mi lado me querrás mas. Tienes secretos y me los ocultas. Tu amigo Máximo dijo ayer cosas que me afectaron dolorosamente. Pero no quiero pensar en ellas ni comprender su sentido. Tengo confianza en tí. Sé que eres bueno y leal. No debes, no puedes engañarme. ¿No es verdad? Si vieras qué mala noche he pasado, soñando que no me querías ya, que ibas abandonarme...

Roger se sintió profundamente conmovido, y sentando á Juana sobre sus rodillas, exclamó:

—Duda de todo menos de mi amor.

—¡Ah! ¡Si me engañases algún dial murmuró Juana.

Roger empezaba á tranquilizarla, diciéndola que habia perdido el juicio al creer que podria vivir sin ella, cuando se abrió la puerta y la criada de Juana anunció al marqués de Presle.

Máximo creyó que habia llegado el momento en que Roger consultaba con Juana sus proyectos matrimoniales.

—Si estorbo... dijo haciendo ademán de retirarse.

—No hablamos de nada que no puedas oír, le contestó Roger. Además, ¿no eres de la casa? Entre nosotros no hay secretos.

—El almuerzo está en la mesa, dijo la criada de Juana, volviendo á abrir la puerta.

Máximo no acertaba la alegría de Roger.

No sabia que la noche anterior habia ganado sesenta mil francos.

Roger le puso al corriente de lo sucedido.

Entonces Máximo lo comprendió todo.

Con la lógica especial de los jugadores, Ambarés creia estar ya en camino de recuperar su perdida fortuna.

Máximo le miró con lástima y se sentó á la mesa con el apetito de un hombre que tiene la conciencia tranquila.

El almuerzo fué servido en el comedor del hotel, que era una preciosa habitación con empotrados de roble sobre fondo de gules, como se diría en lenguaje heráldico.

El cristal y la plata, brillaban sobre la mesa, quebrando en cambiantes mil los rayos del sol que penetraban por el balcón.

Hablaron de cosas indiferentes.

Máximo, á quien las ilusiones de Roger habían contrariado vivamente, renunció á mezclarse en sus asuntos y habló de historias de amor y de juego, de literatura y de un crimen que á la sazón impresionaba al público de París

—No comprende á ese hombre, dijo Juana.

—¿Teneis celos? preguntó Máximo sonriéndose y pisando el pié á Roger por debajo de la mesa.

—Como una leona. No comprendo el amor sin celos. ¿Y el viaje que pensabais hacer, Roger? ¿Habeis desistido de hacerle?

—Estoy indeciso, repuse Roger. Pero de todas maneras, supongo que no excitará vuestros celos. Las hermosuras del Morbían no tienen tanto poder.

—¿Por qué no? No sois galante con las bretonas. Yo desciendo de Bretaña, por parte de mi padre que hacia muchos años que habia abandonado el país cuando yo nació.

Estaba mal dispuesta para la alegría, y todos los esfuerzos que hizo para fingirla fueron inútiles.

Las palabras de Máximo resonaban todavía en sus oídos.

Roger, sino triste, parecia tambien profundamente preocupado, y mas que amor, revelaban lástima las miradas que, de vez en cuando, fijaba en Juana.

En cuanto terminó el almuerzo, Máximo se levantó para retirarse, contra lo que tenia de costumbre.

—Si quieres verme, estaré en casa todo el día, dijo á Roger estrechándole la mano.

Evidentemente algun peligro amenazaba á Juana. ¿Pero de qué género era?

Por espacio de algunos minutos, despues de la partida de Roger, permaneció sentada delante de la mesa, luchando con sus tristes presentimientos, sin poder vencerlos.

De repente se levantó, y acercándose á Roger, que estaba arrellanado muellemente en una butaca, al lado de la chimenea, le dijo:

—¡Es imposible!

Roger, asombrado por aquella inesperada salida, levantó la cabeza y clavó en Juana una mirada penetrante.

—¿Que tienes? la preguntó.

—Nada, contestó Juana poniéndose encarnada como la grana.

—Has hablado de imposibles.

—Estaria soñando.

—¿Con qué?

Y levantándose á su vez y entrelazándola el talle con el brazo, añadió:

—Díme lo que soñabas.

—No me lo preguntes, contestó Juana. Era una locura.

—¿Tienes secretos para mí?

—No. Me tiene inquieta el viaje que va á separarnos.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿Se pueden explicar los presentimientos? ¿Por qué no me llevas contigo?

—¡Á casa de mi tía la marquesa de Fonterose! exclamó Roger. Si te referias á eso, tenias razon en decir que era imposible. ¡Si conocieras á mí tía! Es una mujer complemente á la antigua.

—No te digo que me lleves á casa de tu tía precisamente. Pero te puedo esperar alojada en una fonda de algun punto próximo á Santa Gilda. En Vannes, por ejemplo. Podríamos vernos, sino todos los dias, al menos con frecuencia.

—Eso es mas razonable, repuso Roger. Pensaré en ello. Pero va á ser tan breve mi ausencia... ¿Es eso lo que tenias que decirme?

—Nada mas.

—No te creo. Tienes que decirme algo mas y no te atreves. Me ofende que haya secretos y oscuridades entre nosotros. ¿No me amas ya?

—Sí.

—Entonces debes tener confianza en mí para revelármelo todo. Sé sincera. Parece que has llorado, y se llora por algo. ¿Qué tienes ¿Qué temes?

—Pues bien, dijo Juana haciendo un esfuerzo para decidirse á hablar, no estoy tranquila .. Tengo miedo.

—¡Miedo! ¿De qué?

—De perderte, de quedarme sola, de verme abandonada como una mujer á quien sólo se ha querido seducir. Esto es absurdo, imposible, lo comprendo. Pero el miedo á este terrible desengaño es mas fuerte que yo. Tu amigo Máximo, con sus imprudentes palabras, ha tenido la culpa de todo.

Y despues de una breve pausa, añadió con acento suplicante:

—Sé que te ofendo desconfiando de ti, pero no lo puedo remediar, ¡Perdóname! ¡Si supieras cuánto sufro!

—¿Sufres?

—¿No adivinas por qué?

Roger Vaciló un momento.

—No, contestó.

—Me tienes abandonada. ¡Has estado tres meses sin verme con pretexto de un viaje que no has podido eludir! Aun estando en París dejas pasar tres ó cuatro dias sin venir, una vez porque vas de caza con tus amigos, otra vez porque vas á visitar tus posesiones de Ambarés. En otro tiempo no podias dejar de

verme un solo día. No te separabas nunca de mi lado, si hubieses continuado así sabrías lo que pasa.

— ¿Qué pasa?

— Que pronto tendrás un heredero, exclamó Juana echándose en los brazos de Roger.

Roger hizo un movimiento de sorpresa que no pasó inadvertido para la joven criolla.

— ¿Te causa pena esta noticia?

— No, no, contesto Roger balbuciendo.

— Había creído...

— ¡Qué locura! ¿Por qué me has ocultado ese secreto tanto tiempo?

— ¿Cuántas veces me has visto desde que yo le conozco? No haces más que entrar y salir, y algunas veces te encuentro tan triste que no me atrevo á hablarte de mí. Veinte veces he querido hacerte partícipe de esta esperanza, y otras tantas mi secreto ha espirado en mis labios. Dudaba si disminuiría tus tristezas ó las aumentaría. ¡Sí, dudaba! ¿Comprendes ahora cuán grande habrá sido mi ansiedad? Soy tu mujer ante Dios, pero no ante los hombres. Hoy mi hijo no podrá llevar más que el nombre de su madre. ¡No has cumplido todavía la palabra que me distes! Hasta ahora he callado, pero hoy como madre, tengo el derecho de recordarte tus juramentos.

Juana parecía tranquila, pero no obstante, sus sospechas, en vez de desaparecer, iban tomando cuerpo

Roger tampoco estaba tranquilo, pero la conciencia no le decía nada.

Después de oír á Juana, clavó en su semblante una mirada indefinible.

Su resolución estaba tomada.

No había esperanza para Juana.

¿Cómo cumplir sus promesas si estaba arruinado?

— No seas loca, murmuró. ¿Cómo quieres que pueda vivir sin verte? ¿Piensas que te quiero menos que te quería? Y por otra parte, ¿dónde había de encontrar una mujer que valga lo que tú? Quien ha tenido la fortuna de estrecharte una vez entre sus brazos, no puede renunciar á la ventura de llamarte suya eternamente. Si te olvidase, si te abandonase, el digno de lástima sería yo. Suceda lo que suceda, estamos unidos por lazos indisolubles. Eres mía. Quiero que seas mía. Nunca serás de otro. Tengo grandes disgustos. Este es el secreto de mi tristeza. Mi fortuna ha sufrido grandes quebrantos de algún tiempo á esta parte, pero no temas nada. Me basta tu amor para ser feliz. No necesito otros placeres. Perdona á tu Roger todo lo que haya podido hacer para disgustarte. ¿Le amarás siempre?

Juana escuchaba á su amante inmóvil, anhelante, esperando que abordaría resueltamente la cuestión referente á su honra y al porvenir de su hijo.

Pero Roger no empleó su elocuencia más que en hacerla nuevas protestas de amor.

La estatua no se animaba.

Juana no desplegó los labios.

Se desprendió suavemente de los brazos de Roger y se acercó al balcón.

Roger la siguió con una mirada melancólica, entregrándose despues á sus tristes reflexiones.

La marquesa de Fonterose le asediaba. Hacia mucho tiempo que resistia á sus súplicas, y aquella situacion no podía prolongarse sin traer un rompimiento definitivo. Roger era el único pariente que tenia, y además de no haberle visto desde su infancia, tenia que pedirle algunos consejos. Estaba resuelto á ir á Bretaña; pero no estaria ausente de París mas que ocho días y escribiria á Juana frecuentemente. Tal vez la haria ir á Vannes. Pero este viaje no estaba decidido como el suyo.

El relój dió las cuatro.

—¡Las cuatro ya! exclamó Roger. ¡Qué pronto pasa el tiempo á tu lado, ídolo mio!

Y dando un beso en la frente á Juana, se despidió de ella hasta el dia siguiente.

Al llegar á su casa, le entregó su ayuda de cámara una carta de Vannes.

Al mismo tiempo entró Máximo de Presle.

La marquesa de Fonterose escribia de nuevo á Roger que le esperaba para tomar una determinacion.

El capitán Estrelles habia pedido la mano de Nicolsa; pero la marquesa no se la concederia mientras

no tuviera la seguridad de que Roger renunciaba á casarse con su prima.

—¿Y qué piensas hacer? le preguntó Máximo.

—Pienso... hacer la maleta.

—¿La suerte está echada?

—Sí.

—¿Y Juana?

—Pensaré lo que debo hacer con ella y te escribiré.

No corre prisa. ¿Cuándo irás á verme?

—Cuando estés instalado. Dentro de dos ó tres días. Anúnciame.

—¿Sigue á mi disposicion tu dinero?

—Sin duda.

—Tal vez lo necesitaré.

—Pídeme lo que quieras.

—Dime, Máximo, ¿no me disputarás á mi prima?

—Ya sabes que no soy peligroso. Además, no quiero casarme.

—Hay cosas que no pueden asegurarse.

Aquella noche comieron Roger y Máximo en casa de Durand.

A los postres:

—¿Estás decidido á casarte con la señorita de Fonterose sin abandonar á Juana? preguntó Máximo á Roger.

—Mas decidide que nunca.

—Ya te he dicho que es un juego peligroso. Mejor harías en cederme á Juana. La amo con un amor mas

tranquilo que tú, y conseguiré fácilmente quitarte ese estorbo de enmedio. ¿No? Lo que tú quieras. Véte tranquilo. No saldrá de mis labios una sola palabra de amor. Esperaré á que me dejes el campo libre.

Roger se sonrió.

Tenia mas confianza en Juana que en Máximo; de manera que, aunque éste faltara á su palabra, no tenia nada que temer.

—Pues paciencia te mando para esperar, contestó Roger.

—La tendré. . . Seré un nuevo Job.

—Hasta la vista, le interrumpió Roger levantándose y dándole la mano.

—Buen viaje, le contestó Máximo.

Añadiendo, cuando perdió de vista á Roger.

—Si no fuera una locura regañar con los amigos por las mujeres, mis relaciones con Roger debieran terminar hoy mismo.

X.

Santa Gilda de las Landas

— El Morbian es sin duda alguna el departamento mas agreste de la Bretaña, y el canton de Porniguen, donde radica Santa Gilda de las Landas, el mas agreste de Morbian.

Este canton, excepcion hecha de algunas parce-

las que rodean la aldea de Porniguen, por el lado de Malestroít, pertenece casi por completo al castillo de Fonterose, que se eleva en la cumbre de una colina que domina el valle del Guer, ó mas bien la laguna interminable que descende hasta el mar, distante seis leguas, á vuelo de pájaro, del sombrío Castillo.

Desde la muerte de su marido, ocurrida en 1870 á consecuencia de un balazo que nadie supo de dónde habia partido, la marquesa se habia confinado en la soledad de aquella residencia verdaderamente salvaje, cuyo aspecto de tristeza estaba en armonia con sus pensamientos sombríos y sus ideas místicas que hacian de ella una monja fuera de clausura.

El castillo de Santa Gilda es una construccion informe y lúgubre del siglo XV, que tiene tanto de fortaleza como de convento.

Al principio del reinado de Luis XIII, el baron Hugo de Kerandal le restauró, ó mas bien le hizo de nuevo, no dejando de él mas que los cimientos y las paredes.

El marqués de Fonterose se habia establecido en Santa Gilda precisamente á causa de su posicion agreste é inaccesible, que le permitia hacer la vida de cazador.

Como creemos haber dicho ya, la caza era su pasion dominante.

El 3 de Setiembre de 1880, un hombre bajo y obe-

tranquilo que tú, y conseguiré fácilmente quitarte ese estorbo de enmedio. ¿No? Lo que tú quieras. Véte tranquilo. No saldrá de mis labios una sola palabra de amor. Esperaré á que me dejes el campo libre.

Roger se sonrió.

Tenia mas confianza en Juana que en Máximo; de manera que, aunque éste faltara á su palabra, no tenia nada que temer.

—Pues paciencia te mando para esperar, contestó Roger.

—La tendré. . . Seré un nuevo Job.

—Hasta la vista, le interrumpió Roger levantándose y dándole la mano.

—Buen viaje, le contestó Máximo.

Añadiendo, cuando perdió de vista á Roger.

—Si no fuera una locura regañar con los amigos por las mujeres, mis relaciones con Roger debieran terminar hoy mismo.

X.

Santa Gilda de las Landas

— El Morbian es sin duda alguna el departamento mas agreste de la Bretaña, y el canton de Porniguen, donde radica Santa Gilda de las Landas, el mas agreste de Morbian.

Este canton, excepcion hecha de algunas parce-

las que rodean la aldea de Porniguen, por el lado de Malestroít, pertenece casi por completo al castillo de Fonterose, que se eleva en la cumbre de una colina que domina el valle del Guer, ó mas bien la laguna interminable que descende hasta el mar, distante seis leguas, á vuelo de pájaro, del sombrío Castillo.

Desde la muerte de su marido, ocurrida en 1870 á consecuencia de un balazo que nadie supo de dónde habia partido, la marquesa se habia confinado en la soledad de aquella residencia verdaderamente salvaje, cuyo aspecto de tristeza estaba en armonia con sus pensamientos sombríos y sus ideas místicas que hacian de ella una monja fuera de clausura.

El castillo de Santa Gilda es una construccion informe y lúgubre del siglo XV, que tiene tanto de fortaleza como de convento.

Al principio del reinado de Luis XIII, el baron Hugo de Kerandal le restauró, ó mas bien le hizo de nuevo, no dejando de él mas que los cimientos y las paredes.

El marqués de Fonterose se habia establecido en Santa Gilda precisamente á causa de su posicion agreste é inaccesible, que le permitia hacer la vida de cazador.

Como creemos haber dicho ya, la caza era su pasion dominante.

El 3 de Setiembre de 1880, un hombre bajo y obe-

so, de cabellos blancos y semblante cruzado por arrugas, frente pequeña y ojos vivos, salía del castillo con el sombrero en la mano.

Una mujer, como de cuarenta años de edad, de agradable aspecto y porte distinguido, le seguía.

Era la marquesa de Fonterosé.

—No es esta la primera vez que os lo digo, Malo, exclamó deteniéndose de repente, no quiero que nadie, absolutamente nadie, dispare un fusil en mis tierras.

El viejo breton, en quien habrán reconocido nuestros lectores al intendente de Santa Gilda, Malo Briquebec se rascó la oreja y contestó con cierta turbación á la marquesa:

—La señora marquesa sabe también como yo que en el país no hay cazadores furtivos, excepción hecha de...

—De los Kerandal. ¿No es esto lo que queréis decir?

—Sí, señora marquesa. Mas que cazadores, esos hombres son fieras incorregibles.

—Precisamente á ellos se refieren mis órdenes. No siento que talen mis bosques, pero no puedo consentir que el día menos pensado se crucen en el camino de mi hija. Esos hombres tienen una reputación deplorabile.

—Únicamente son temibles Jacobo y Corentin, señora marquesa. Su hermano Ibo, por el contrario, es

bueno como el pan, y se pasa el día trabajando sus tierras.

—Lo sé, Malo; pero, no obstante, quiero que se cumplan mis órdenes.

Y acentuó tan enérgicamente estas palabras, que Malo no se atrevió á hacer la menor objeción.

—La señora marquesa será obedecida, dijo saludando respetuosamente y tomando el camino del bosque.

Antes de internarse en él, gritó:

—¡Bonie!

Un campesino con blusa azul y almadreñas, salió de entre los árboles al oír aquel grito.

—Tráeme el caballo.

Mientras Bonie cumplía sus órdenes, murmuraba Briquebec:

—Querer sujetar á los Kerandal, es lo mismo que tratar de poner al diablo en buenas relaciones con el agua bendita.

Cuando la marquesa, al perder de vista á Briquebec, se volvía para entrar en el castillo, se oyó á corta distancia el trotar de un caballo.

—Será mi hija, murmuró la marquesa deteniéndose.

Efectivamente, era Nicolasa, que desde 1870 se había convertido de una niña en una mujer, realizando todas las esperanzas que desde la más tierna edad había hecho concebir su hermosura.

Sus ojos revelaban una energía impropia de su sexo y de su edad, mezclada con una singular expresión de altanería y de desdén.

¿Para quién?

¿Para las personas que la rodeaban? No, porque era buena é indulgente. Nadie llamaba á su corazón que no fuese socorrido.

¿Para el peligro?

El único peligro á que se exponía era á que su caballo la estrellase contra un árbol ó la lanzara al fondo de un abismo, cuando á la luz de la luna recorría el bosque.

¿Para la vida?

Todo la sonreía. Era hermosa y rica. Además de ser suyo el castillo de Santa Gilda y todas las tierras que le rodeaban, tenía en París y en sus alrededores palacio y propiedades.

Sin embargo, había un secreto en el fondo de sus ojos, negros como la noche.

Dejó caer la brida sobre el cuello del caballo y se apeó, dirigiéndose hácia la marquesa.

Madre é hija se abrazaron.

—Te esperaba, la dijo la marquesa. ¿Estás cansada?

Nicolasa se encogió de hombros.

—He dado un gran paseo, contestó. ¿Sabeis á quién he visto?

—No

—A Santa Kerandal.

—¿La has hablado?

—Me lo habeis prohibido. La he visto en casa del señor Plumerel, á quien por cierto he dejado agonizando, ¡Pobre viejo!

—¿Y tu criado Joel?

—Su caballo no pudo seguir al mio, y debe estar todavía muy lejos. No quiero que me acompañe Joel. Es demasiado tímido.

—Vé á vestirme y sube despues á mi cuarto. Tenemos que hablar.

—¿Sériamente?

—Muy sériamente.

—¡Todo es sério en esta casa! exclamó Nicolasa. Pero yo estoy decidida á no entristecerme por nada.

Y entró en el castillo restralando alegremente el látigo.

XI

Madre é hija

Un momento despues, Nicolasa y la marquesa de Fonterose discurrían de esta manera.

—¿Tan solemne es lo que teneis que decirme, madre mia? preguntó Nicolasa.

—Sí, hija mia, le contestó la marquesa.

—Veamos de qué se trata.

—Se trata... de un matrimonio, dijo pausadamente la marquesa para dar mas importancia á sus palabras.

—¡Un matrimonio! repitió Nicolasa clavando sus hermosos ojos en el pálido semblante de su madre. ¿Y quién se casa?

—Es un matrimonio razonable y necesario, repuso la marquesa evadiendo la contestacion á la pregunta de Nicolasa.

—¿Necesario? objetó ésta.

—Tarde ó temprano tendrías que casarte.

—¿Se trata de mí? En este caso, cuanto mas tarde, mejor, y si es posible nunca. No quiero casarme, madre.

—Eres singular en todo.

—Casada no podré ser mas feliz que hoy contestó Nicolasa acercando su silla á la de la marquesa. Un marido es un titano y yo amo la libertad. Puede llevar á su mujer donde quiera, segun el Código, y yo estoy aquí muy bien.

La erudicion de su hija asombró á la marquesa.

—¿Eso dice el Código? preguntó.

—Sí, señora. He leído el artículo.

—¿Has leído el artículo? repitió la marquesa aterrada por esta revelacion.

—Sin duda. Es tan pobre nuestra biblioteca, que, no teniendo que leer, he leído el Código. Ya conocéis el refran. Cuando el diablo no tiene que hacer...

Para matar el tiempo todo es bueno. La mujer está obligada á seguir á su marido. Bien es verdad que el Código añade: el marido debe proteccion á su mujer. Pero yo no necesito que el Código me proteja. Me basto para protegerme á mí misma. Ya estoy acostumbrada á hacerlo. Al principio me costó mucho trabajo. ¡Cuántas noches he pasado encerrada entre las cuatro paredes de mi cuarto, oyendo mugir el viento, sin otra compañía que mi institutriz, la señora Simonet, que, por lo hipócrita, debe estar emparentada con Tartufe! No es mas devota que mi perro, y á todas horas está santiguándose y anda siempre con los ojos bajos y las manos puestas en cruz. Pero gracias á Dios ya pasaron aquellos tiempos. Hoy soy completamente feliz. Tengo libertad y no cambiaré mi independencia por la corona de Francia. Si como decis es necesario, tarde ó temprano, tener un marido, tiempo me queda para buscarle. En estos momentos no echo de menos nada.

La marquesa de Fonterose miraba con estupefaccion á su hija, no acertando á explicarse cómo una joven, educada con tanto cuidado bajo la direccion de la señora Natalia Simonet, una mujer ejemplar, elegida por ella misma de acuerdo con un prelado, podia expresarse en aquellos términos y ofrecer la menor resistencia á sus órdenes.

En la conducta de su hija habia seguramente un punto negro que era preciso poner en claro.

Por fin, despues de una larga pausa, la marquesa se atrevió á insinuar á su hija que el invierno anterior, durante su breve estancia en París, había creído advertir que un jóven perteneciente á su misma familia, y por lo tanto á su clase, la miraba con marcado interés.

—¿Os referís al señor de Ambarés?

—Sí, á Roger de Ambarés, contestó la marquesa, y te confieso que veria con mucho gusto este matrimonio. Su madre ha sido íntima amiga mia. Entre nosotros no ha habido nunca secretos. Por ella sé las buenas inclinaciones de Roger, y mas de cuatro veces hemos acariciado la esperanza de ver casados á nuestros hijos.

Aquí la marquesa hizo otra pausa.

Nicolasa la escuchaba con la cabeza caida sobre el pecho y los brazos cruzados, como un estudiante que se queda dormido mientras su maestro le regaña.

Nicolasa no dormía, pero seguramente no hubiera podido dar razon de lo que le estaba diciendo su madre, que terminó su discurso anunciando que en breve llegaría Roger á Santa Gilda, acompañado de algunos de sus amigos.

En cuanto Nicolasa comprendió que la marquesa había terminado su homilia, tomó la palabra para afirmarse en la resolucion de permanecer soltera.

—Al menos, exclamó la marquesa, vencida en sus

últimas trincheras, espero que no faltes á ninguna conveniencia. Ten presente que, si no tu futuro, Roger va á ser nuestro huésped.

—Os aseguro que volverá satisfecho de mí, y sus amigos tambien. Procuraré adivinarles los pensamientos. Pero nada mas.

Y se levantó.

Un momento despues se separaba de su madre y entraba en su habitación cantando á media voz el wals de *Las campanas de Corneville*.

La marquesa, entre tanto, hizo llamar á la institutriz de Nicolasa.

—Acabo de tener una conferencia con vuestra pupila, la dijo con cierta severidad, y he quedado verdaderamente edificada.

—¿Hablais de la señorita Nicolasa? preguntó la señora Simonet.

No teneis otra pupila.

—Tiene un excelente corazon, si bien su carácter es un poco violento, añadió la institutriz. Prefiere á las ocupaciones de las mujeres los ejercicios de los hombres; montar á caballo, cazar, tirar al blanco. El peligro es su elemento. Estas mismas inclinaciones tenia cuando me hice cargo de su educacion, y todos mis esfuerzos han sido inútiles para modificarlas.

La marquesa estaba tan pensativa, que apenas oyó las respetuosas explicaciones de la institutriz.

Pero de repente la sacó de su abstracción la voz de Nicolasa, que seguía cantando el wals de *Las campanas de Corneville*.

Se asomó al balcón y vió á su hija que abandonaba el castillo de nuevo.

—Venid, dijo á la institutriz, en todo esto hay un misterio que necesito aclarar.

Y la marquesa y la institutriz, se dirigieron al cuarto de Nicolasa, que fué objeto de la mas escrupulosa investigacion.

Abrieron los armarios, las cómodas, los *secretaires*, y ya iban á abandonar desalentadas aquella que podría llamarse en el lenguaje político visita domiciliaria, cuando los ojos de la marquesa descubrieron en el rincón mas oscuro del cuarto un montón de libros.

Los examinaron uno por uno.

Era una colección completa de las novelas de Balzac, Dumas, Feuillet, Paul Feval, Flaubert, Belot y ¡Zola! (1) que una mano desconocida habia hecho llegar hasta Nicolasa.

El origen del mal estaba conocido.

La marquesa clavó una terrible mirada en la institutriz, que se defendió como pudo de aquella muda acusacion.

(1) En los Catálogos de EL COSMOS EDITORIAL, Madrid, Arco de Santa María, 4, bajo, figuran también las obras de todos estos autores.

XIII

Corentin Kerandal.

Eran las cuatro de la tarde.

Después de media hora de camino, el señor Malo Briquebec hizo alto en una pequeña eminencia, desde la cual se divisaban el castillo de Santa Gilda, los bosques, las landas y la laguna.

—Vamos, Gil, dijo después de un momento de descanso, espoleando á su poney, que se llamaba así. Todavía nos falta una legua que andar para llegar á la aldea.

Gil echó á andar lentamente, y caballo y caballero, después de veinte minutos de marcha, descendían lentamente por un estrecho sendero hecho á pico en la garganta de una montaña, cuando el último oyó á corta distancia el disparo de un arma de fuego al mismo tiempo que caía á los pies del primero un jabalí herido de muerte.

Gil se encabritó, y sin sus condiciones de buen jinete, Briquebec hubiera medido el suelo con las espaldas, contribuyendo también á salvarle un hombre que salió de entre los árboles que servían de lindero al bosque, y cogió las riendas del caballo para detenerle.

—¡Hola, hola, Corentin! exclamó Briquebec, mirando atentamente al desconocido. ¿Se pasa el tiempo cazando jabalies en los bosques de la señora marquesa de Fonterose?

El profundo sarcasmo que encerraban estas palabras no alteró en lo más mínimo la serenidad de Corentin.

—La pieza como veis, es magnífica, contestó señalando al jabalí, y no he podido resistir á la tentación de hacer fuego sobre ella. Ese jabalí menos se comerán los señores que espera de París vuestra ama. Antes que ellos son los Kerandal, los verdaderos Kerandal.

Mientras Corentin hablaba, Briquebec meditaba la forma menos brusca de comunicarle la orden que le había dado la marquesa.

Indudablemente el culpable parecía menos preocupado que el representante de la autoridad.

—¿Sabeis, Corentin, dijo por fin, lo que acaba de decirme la señora marquesa?

—Veamos lo que os decía mi querida prima, repuso Corentin sacando del bolsillo la pipa y encendiéndola. Porque, á pesar de todo su orgullo, la marquesa de Fonterose es prima de los Kerandal, y si muriese de una enfermedad de pecho, de unas calenturas ó de la caída de un caballo, los Kerandal heredarían el castillo y las posesiones de Santa Gilda. ¿No es verdad, señor Briquebec?

—¡Hum! ¡Hum! tartamudeó Briquebec.

—La señora marquesa de Fonterose, prosiguió Corentin, es muy buena cristiana y no querría condenarse por desheredarnos. Santa Gilda y todos sus bosques y tierras y lagunas son nuestras.

—¿Y la ley, Corentin?

—¡La ley! La ley está mal hecha: las mujeres no deben heredar, para que no transmitan al primer desconocido con quien se casen los bienes de toda una familia, de toda una generación. Por una mujer perdieron toda su fortuna los Kerandal, y por otra mujer la recobrarán.

—Pero mientras tanto, la señora marquesa no quiere que nadie cace en sus posesiones

—¿Qué decís, señor Briquebec? preguntó Corentin frunciendo el entrecejo.

—¿Sois sordo?

—No estoy seguro de haberos entendido bien.

—La señora marquesa, repitió Briquebec, no quiere que nadie cace en sus bosques.

—¿Nadie?

—Nadie.

—¿Ni siquiera sus primos los Kerandal?

Nadie.

No obstante el imperio que ejercía sobre sí mismo, Corentin se puso extremadamente pálido.

Aquella ofensa le llegó á lo más íntimo del alma.

—¿Y quién es el encargado de cumplir las órdenes

de la señora marquesa? murmuró con voz sorda acariciando el cañón de su escopeta.

—Los guardas del castillo, contestó sencillamente Briquebec.

—¿Cuántos son?

—¿No lo sabeis?

—Es que no bastan para hacerlas cumplir los seis guardas del castillo

—Eso ya lo veremos. Yo cumplo con comunicaros la orden que he recibido. Este es el último jabali que matais. ¡Si pasase por aquí un gendarme!...

Corentin clavó una mirada de profundo desprecio en Briquebec.

—En Malestroit y en Borniguen encontrareis, no uno, sino todos los gendarmes que necesiteis. Id por ellos. Yo os espero aquí. Pero antes oid una palabra.

—Despachaos, porque tengo prisa. Los dias son cortos y tengo que hacer.

—Señor Briquebec, los Kerandal valen mas que su reputación. Podrian hacer mayor mal del que hacen. Dicen que somos holgazanes porque no trabajamos. Hacemos la misma vida que han hecho nuestros padres desde que el mundo es mundo. Los Kerandal no han retrocedido nunca cuando hay que dar ó recibir tajos y mandobles. Bretaña no es ya la misma, pero nosotros sí, Jacobo y yo lo hemos demostrado en la guerra. Ibo trabajaba la tierra; Santa es mujer y Cláudio era un niño. Somos cinco. Necesitamos

vivir. No hay mas que un oficio noble, cultivar la tierra; pero, para cultivar la tierra, es preciso tener tierra, y nosotros no la tenemos. De aquí que tengamos que vivir merodeando. La tierra da el pan; el rio, los peces; el bosque, la carne. Mi prima tiene mas caza que la que puede necesitar. ¡Por qué no hemos de ayudarla á comérsela! Casi le hacemos un favor. Las landas son de los Kerandal hace mucho tiempo. Si quiere arrojarnos de ellas hace mal, muy mal. Nosotros no lo consentiremos. ¿Y por quién trata de desposeernos? Por unos cuantos extraños á quienes hace cortesías porque están mejor vestidos que nosotros y se titulan barones ó marqueses.

La voz de Corentin temblaba ligeramente al pronunciar estas palabras.

Se detuvo un momento para tranquilizarse, y luego prosiguió:

—Vos sois una persona razonable, señor Briquebec, y conoceis el país. Aconsejad á la marquesa que no se indisponga con los pobres. Los Kerandal no ladrán: muerden.

Corentin vació la pipa, que se habia apagado, y se la metió en el bolsillo.

El señor Briquebec, contrariado por las razones de Corentin, que no carecian de fundamento, le contestó amistosamente:

—Yo no puedo hacer mas, Corentin, que cumplir las órdenes que me han dado. Los guardas están

advertidos. Si os encuentran en el bosque, tomará la justicia cartas en el asunto. Os lo prevengo. Vivid sobre aviso.

—¿Esa es vuestra última palabra?

—Sí.

—Hablaré á mis hermanos sobre el particular. Adios, señor Briquebec.

Y echándose la escopeta al hombro, tomó el camino de Penhoet.

Briquebec volvió grupas, y á su vez tomó el camino de la aldea de Santa Gilda, á la que llegó cuando ya habia cerrado la noche.

XIII.

Una noche en Penhoet

Daban las siete en el relój de la iglesia de Penhoet.

Y aunque apenas se veía ya en el sombrío patio del viejo castillo de los Kerandal, Ibo desunca del arado sus dos caballos blancos, y Catalina, la criada, á quien hemos presentado á nuestros lectores en uno de los primeros capitulos de esta narracion, conducia las vacas al establo.

En cuanto Ibo dejó en la cuadra los caballos delante de las pesebreras, llenas de avena y de paja, se lavó las manos en la pila del agua y se dirigió á la cocina, única habitacion en que habia luz.

Ibo, como hemos dicho, no se parecia á sus dos hermanos Jacobo y Corentín.

El descendiente de los compañeros de los Rohan y de los Beaumanoir tenia el aspecto prosáico de un mozo de labranza, y aunque podia hacerse llamar baron, porque era el primogénito, se habia reducido voluntariamente á desempeñar el papel de máquina agrícola de la casa.

Cuando abrió la puerta de la cocina, una imperceptible sonrisa se dibujó en sus labios.

—Si no fuera por mí, ¿qué seria de mi madre y de mis hermanos?

Efectivamente, Ibo, á mas de trabajar la tierra, era el único que poseia el secreto de la existencia del millar de luisés sobrantes, de la cantidad que su padre habia robado á Trelan, despues de pagar las deudas de la casa religiosamente.

Hemos dicho que sólo Ibo conocia este secreto cometiendo un error, porque tambien le conocia Catalina, para quien el mayor de los Kerandal no tenia nada oculto.

La habia visto nacer y crecer y la amaba tiernamente, siendo su protector en aquella caverna de salvajes.

Ella no era ingrata á su amor.

—Buenas noches, Santa, dijo Ibo á su hermana que estaba sentada al lado de la chimenea. ¡Qué bien huele! ¿Está ya la cena preparada?

advertidos. Si os encuentran en el bosque, tomará la justicia cartas en el asunto. Os lo prevengo. Vivid sobre aviso.

—¿Esa es vuestra última palabra?

—Sí.

—Hablaré á mis hermanos sobre el particular. Adios, señor Briquebec.

Y echándose la escopeta al hombro, tomó el camino de Penhoet.

Briquebec volvió grupas, y á su vez tomó el camino de la aldea de Santa Gilda, á la que llegó cuando ya habia cerrado la noche.

XIII.

Una noche en Penhoet

Daban las siete en el relój de la iglesia de Penhoet.

Y aunque apenas se veía ya en el sombrío patio del viejo castillo de los Kerandal, Ibo desunía del arado sus dos caballos blancos, y Catalina, la criada, á quien hemos presentado á nuestros lectores en uno de los primeros capitulos de esta narracion, conducía las vacas al establo.

En cuanto Ibo dejó en la cuadra los caballos delante de las pesebreras, llenas de avena y de paja, se lavó las manos en la pila del agua y se dirigió á la cocina, única habitacion en que habia luz.

Ibo, como hemos dicho, no se parecía á sus dos hermanos Jacobo y Corentín.

El descendiente de los compañeros de los Rohan y de los Beaumanoir tenia el aspecto prosáico de un mozo de labranza, y aunque podia hacerse llamar baron, porque era el primogénito, se habia reducido voluntariamente á desempeñar el papel de máquina agrícola de la casa.

Cuando abrió la puerta de la cocina, una imperceptible sonrisa se dibujó en sus labios.

—Si no fuera por mí, ¿qué seria de mi madre y de mis hermanos?

Efectivamente, Ibo, á mas de trabajar la tierra, era el único que poseia el secreto de la existencia del millar de luisés sobrantes, de la cantidad que su padre habia robado á Trelan, despues de pagar las deudas de la casa religiosamente.

Hemos dicho que sólo Ibo conocia este secreto cometiendo un error, porque tambien le conocia Catalina, para quien el mayor de los Kerandal no tenia nada oculto.

La habia visto nacer y crecer y la amaba tiernamente, siendo su protector en aquella caverna de salvajes.

Ella no era ingrata á su amor.

—Buenas noches, Santa, dijo Ibo á su hermana que estaba sentada al lado de la chimenea. ¡Qué bien huele! ¿Está ya la cena preparada?

—Ibo quiere cenar, madre, repuso Santa volviéndose hacia el rincón mas sombrío de la cocina donde estaba su madre.

María Ana no contestó.

—Déjala tranquila, contestó Jacobo, que completaba el cuadro de la familia.. Estará durmiendo como siempre y soñando con los ángeles.

Entonces María Ana levantó la cabeza y contestó:

—No sueño con los ángeles, sinó con los muertos.

—Esas tristes ideas acabarán con vos, dijo Ibo acercándose á su madre y dándole un beso en la frente. No se debe olvidar á los muertos, pero tampoco pensar tanto en ellos que su recuerdo amargue constantemente la vida.

—Es verdad, Ibo, contestó María Ana; pero no lo puedo remediar. A todas horas los tengo delante, envueltos en sus blancos sudarios. Ahí están los dos.

Y como arrepentida de lo que había dicho, añadió vivamente:

—Ya sabes que estoy loca. No me hagais caso. Sólo veo á tu padre.

Se levantó trabajosamente de la silla y se acercó á la mesa, que estaba puesta.

La hermosa bretona no era su sombra.

Su frescura había desaparecido, sus mejillas se habían demacrado y sus cabellos tenían mas hilos de plata que de ébano.

—Dormía y soñaba, dijo lentamente. Sí he dicho

alguna inconveniencia, no me hagais caso. Ya sabeis que la muerte de vuestro padre me ha trastornado el juicio.

Y volviéndose hacia Jacobo, prosiguió:

—¿Qué me preguntabas, hijo mio?

—Era yo, contestó Santa, que os decia que Ibo traia ganas de cenar, ¿Esperamos á alguién?

María Ana se pasó la mano por la frente.—No recuerdo en este momento, dijo... ¡Ah! sí.. Vendrá el señor rector.

—Y mi amigo el cabo de gendarmes de Porniguen, añadió Jacobo. Es un buen compañero de caza y de mesa. Ibo, prepara una botella de nuestro mejor vino.

Ibo se había sentado delante de la chimenea en una silla de paja, desde donde seguia todos los movimientos de Catalina, que iba de un lado á otro.

—Con una buena sopa de ajo, un pedazo de carne asada, una ensalada y café, podremos matar el hambre, ¿no es verdad, Catiche?

Catalina no contestó, limitándose á dirigir una mirada sentimental á su compañero de trabajo.

—No se debe comer todo en un dia, prosiguió Ibo. Para ir lejos es preciso ir despacio.

—Tiene razon Ibo, repuso Santa. No se necesitan tantas ceremonias tratándose del señor cura, que conoce nuestra situacion, y de un gendarme que, por mal que coma aquí, comerá mejor que en el cuartel.

—Nuestras economías van desapareciendo.

—Nada mas que mediana, contestó Ibo. ¿No es verdad, Catalina? Además, el señor cura no es muy exigente. En cuanto al amigo de Jacobo, Michaud, todos sabemos que no viene por cenar.

—Hasta ahí pudieran llegar las bromas, exclamó Jacobo frunciendo el entrecejo, Michaud será mi amigo, pero no será mi cuñado. Una Kerandal no puede casarse con un cabo de gendarmes.

—Santa no tiene dote, murmuró María Ana.

—Entonces no se casará ó la buscaremos dote.

—¿Dónde?

—¡Basta, exclamó Jacobo dando un puñetazo en la mesa.

A propósito, preguntó Ibo para cortar la conversación, ¿no ha vuelto Corentin?

—Mientras tú aras, Corentin caza. ¡Sino fuera por las landas, no comeríamos carne!

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Corentin.

Jacobo se levantó para descargarle del peso del jabalí que llevaba echado sobre la espalda.

—Un tiro bien aprovechado, dijo á su hermano.

—Pero es preciso bajarle á la cueva, observó Ibo. Esperamos á cenar á un gendarme y estamos en tiempo de veda. Denunciándote, no haria mas que cumplir con su deber.

—Michaud es un amigo, repuso Corentin, y hará la vista gorda. Otra cosa hay mas grave que esa.

—Veamos, dijo Ibo levantándose y acercándose á sus dos hermanos, ¿qué es lo que hay?

—Hay, que el viejo Briquebec me ha sorprendido en el momento de matar el jabalí.

—No me parece tan grave el asunto como á tí, repuso Ibo.

—¿Sabeis lo que ha tenido la audacia de decirme? prosiguió Corentin, sin fijarse en las palabras de Ibo.

—Habla, exclamó con impaciencia Jacobo.

—Me ha dicho que la señora marquesa de Fonterose nos prohíbe cazar en sus tierras. De hoy en adelante tendremos que respetarlas.

Jacobo articuló una especie de rugido.

Santa se habia acercado ya á sus hermanos y formaba parte del grupo.

—¡Es grave! Es grave murmuró Ibo rascándose la frente.

—Constituye un déficit enorme para la cocina, dijo Corentin.

—¿De qué hablais? preguntó Santa.

—De un asunto que no interesa á las mujeres, contestó bruscamente el antiguo móvil. Alguien llega. Vó á recibirle.

Los ladridos de los perros anunciaron la presencia de un desconocido en la casa.

Era el cabo de gendarmes.

María Ana se despertó para recibir á sus huéspedes.

Como hemos dicho, en diez años había envejecido veinte, revelando la expresión de su semblante todas las angustias que destrozaban su corazón.

Desde la muerte de su marido, todo lo que pasaba á su alrededor parecía serle indiferente.

Los días los pasaba en la iglesia y las noches encerrada en su habitación, que sólo abandonaba á la hora de la cena.

Mas de una vez la habían encontrado privada de conocimiento, ya en la iglesia, ya en su casa, ya en la calle.

Un malmisterioso consumía á la vez las fuerzas de su cuerpo y de su alma.

Su exaltación era cada día mayor.

Sus vecinos de Penhoet atribuían su estado al dolor de la pérdida de su marido.

No había mas que un hombre que conocía la verdadera causa de su estado.

Juan, el guarda montes de la marquesa de Fonterose.

Sí: María Ana era víctima de un secreto terrible, que ocultaba en lo mas íntimo de su alma.

Su marido, antes de morir, la había contado la historia de Noel Trelan, confiándole los detalles de la terrible noche en que había cometido el doble crimen de robar y asesinar al que era á la vez su pariente y su huésped.

Y aquella generosa mujer, oveja extraviada en una

guarida de lobos, veía todas las noches la sombra de Noel Trelan pidiendo venganza.

Los bretones son supersticiosos.

María Ana vivía todavía corporalmente; pero su alma estaba herida de muerte, y su inteligencia, apagada por el dolor, sólo lanzaba algun destello luminoso á largos intervalos.

Pedro la había obligado á jurar que no revelaría á nadie su secreto, y el silencio, á que se veía obligada, la ahogaba.

Un día, paseándose con Juana por el bosque, para distraerse, el guardamonte señaló con mano convulsa la laguna en cuyo fondo yacía el cadáver de Noel Trelan.

María Ana cayó de rodillas, y tapándose la cara con las manos, murmuró:

—¡Dios mío, tened piedad de nosotros!

El nombre de Trelan no había vuelto á pronunciarse en el viejo castillo de Penhoet.

Sin embargo, María Ana le oía á todas horas y en todas partes: en el bullicio del día y en la soledad de la noche, en el campo y en la iglesia; en la calle y en su casa.

En aquella familia caída, sólo se conservaba una cosa: el respeto á la madre.

María Ana era objeto de la adoración de sus hijos.

Ella no se mezclaba en sus conversaciones: ellos no interrumpían su silencio.

—Buenas noches, dijo el cabo de gendarmes entrando en la cocina seguido de Ibo, Jacobo, Corentin y Catalina. ¿Cómo seguís de salud, señora María Ana? ¿Y vos, adorable Santa?

Y sin esperar á que le contestasen madre é hija, añadió:

—Lo celebro en el alma. Tomad este ramo que traigo para vos, señorita Santa, se entiende, si vuestra madre no se opone á ello. Todas las flores son de mi jardín. Están cultivadas por mí mismo. Manejo el azadon lo mismo que la espada.

—Muchas gracias, señor Michaud, dijo Santa tomando el ramo.

—Galante, á fuer de buen militar, dijo Ibo

—¡A la mesa! gritó Corentin.

Los dueños de Penhoet y sus convidados se colocaron en el mismo orden que tres siglos antes se hubieran colocado sus antecesores: la castellana, teniendo á su derecha al señor rector y á su izquierda al cabo de gendarmes, despues Santa, Ibo, Corentin y Jacobo, y por último, un muchacho que cuidaba las vacas, llamado José Trenenc.

La conversación fué languideciendo poco á poco.

Corentin, Michaud é Ibo habian hecho apetito; el primero cazando, el segundo recorriendo el distrito á caballo, y el último arando sus tierras.

El rector era un excelente gastrónomo y tenia con-

centrada toda su atencion en los manjares que cubrian la mesa.

Nadie pensaba en discurrir.

Santa fué quien primero rompió el silencio.

—¿Teneis noticias del castillo de Santa Gilda? preguntó al rector.

Santa era muy jóven. Habia estado dos años en un convento de Vannes. No conocia el mundo, pero habia oido hablar de él vagamente. Sus compañeras de colegio eran hijas de labradores y de familias de la clase media. Pero los esplendores de Fonterose la deslumbraban, no por envidia, sinó por admiracion.

Sólo Corentin y Jacobo habian heredado los instintos feroces de la raza de los Kerandal; María Ana era una excelente mujer. Santa, una naturaleza privilegiada; pero, por el contrario que su madre, á su bondad y sencillez congénitas, unia todas las distinciones de la nobleza de su sangre.

Cuando veia pasar á la señorita de Fonterose por delante de su casa, con su elegante traje de amazona y la saludaba con el látigo, se la oprimia el corazon de pena. ¡Nicolasa tan rica y ella tan pobre!

El rector dejó un momento de comer para contestar á la pregunta de Santa.

—Sí, señorita, tengo noticias de Santa Gilda, dijo.

—Contádnoslas, repuso Santa alegremente.

El rector se hizo el desentendido y siguió comiendo.

—Deben morir de aburrimiento en el castillo de Santa Gilda la señora marquesa y su hija, observó el cabo de gendarmes. ¡Dos mujeres solas!

—Si fuera nuestro el castillo de Santa Gilda, repuso Corentin, no haríamos la misma vida que la marquesa y su hija. La marquesa es ridícula, orgullosa é hipócrita.

El rector volvió á dejar de comer para protestar de estas afirmaciones.

—¡Oh! No, dijo.

—Tengo mis razones para creerlo, replicó Corentin. ¡Y pensar que el castillo de Santa Gilda y todos sus vastos dominios debían ser nuestros!

—¿Seríais mas feliz? preguntó el gendarme clavando en Santa una mirada que la hizo ruborizarse. Vuestra casa tambien es buena y vuestras tierras producen trigo, patatas, uvas y manzanas...

—Gracias á Ibo que las cultiva.

—Yo no me quejo de mi suerte, contestó Ibo.

—Además, prosiguió Michaud, vosotros cazais cuando quereis, y en vuestra mesa nunca falta carne de venado y de jabalí. ¿Qué mas podeis apetecer? Nada. ¿No es verdad, señora Kerandal?

María Ana levantó los ojos para mirar al gendarme, pero no le contestó.

—Mi madre anda siempre por las nubes, dijo Corentin. No la hagais bajar á la tierra.

—Si tuviéramos que vender la casa, dijo Jacobo, nos moriríamos de hambre.

—No tendremos que venderla, se apresuró á replicar Ibo. Moriremos aquí como nuestro padre y todos los Kerandal.

Corentin se encaró con Ibo.

—Nosotros en ningun caso nos moriremos de hambre, le dijo. ¿Pero y Santa? ¿Con quién la casarás?

—Santa permanecerá á nuestro lado, donde es feliz, repuso Ibo. ¿No es verdad, Santa?

—Sí, contestó esta.

Catalina, aunque ocupada en servir á la mesa, no perdía una sola palabra de la conversacion.

—Si tuviera la fortuna de la señorita Nicolasa, dijo, no tendríais que devanaros los sesos pensando con quién la casaríais.

—Maridos nunca faltan, se atrevió á decir el pequeño guarda de las vacas. ¡Es tan rica la señorita de Santa Gilda!

—¡Y tan hermosa! añadió Santa.

—Menos que vos, replicó el galante militar.

—Ahora voy á deciros lo que pasa en Santa Gilda, exclamó el señor rector, despues de tomar la última cucharada de sopa.

—Hablad, señor rector.

—Lo sé de buena tinta.

—Os escuchamos con interés.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA DE MONTERREY
"ALFONSO REYES"
1916 MONTERREY, MEXICO

—La señorita Nicolasa se casa.

Corentin y Jacobo se inmutaron á la vez, mirándose el uno al otro.

Parecia que un rayo habia caído á sus piés.

El gendarme sorprendió las miradas que habian cambiado los dos hermanos.

—¿Sabeis cómo se llama el futuro de Nicolasa? preguntó Corentin con voz sorda.

—Lo sé, pero no me acuerdo en este momento, contestó el señor rector, á quien le interesaba mas limpiar de carne el alon de ave que tenia en la mano.

—¡Olvidar el nombre del personaje que va á ser dueño del país! exclamó Corentin. ¿En qué estais pensando, señor rector?

—Esperad... Esperad... contestó el rector. Se llama Alvarez... No, no, Ambarés... Estoy seguro. Ambarés. Es un apellido ilustre.

—¿Y cuándo es la boda?

Pronto. Mañana ó pasado debe llegar á Santa Gilda el señor Ambarés, acompañado de algunos de sus amigos. En Santa Gilda se están haciendo grandes preparativos para recibirlos.

—Se comprende, dijo Corentin, que habia recordado su presencia de ánimo. Tratándose de un matrimonio tan ventajoso...

—¡Hum! murmuró sordamente Jacobo.

Pero su hermano le detuvo dándole un fuerte pisotón.

—Michaud sintió el pisotón como habia advertido las miradas.

—¿Qué maquinarán estos dos lobos? se dijo.

Pero otras ideas le preocupaban mas que lo que pudieran maquinar los dos hermanos.

Santa estaba á su lado, la amaba y por consideracion á ella, habria dejado á Corentin y Jacobo, no sólo cazar en tiempo de veda, despoblando de conejos, perdices, jabalies y venados todos los montes del departamento, sino cometer toda clase de crímenes, sin darse por notificado de ellos.

Pero Santa no recibia con agrado las atenciones de Michaud, no porque no fuera un arrogante mozo, sino porque no respondia al ideal del hombre con quien soñaba, ó mas bien que la habian hecho concebir las novelas que á hurtadillas de las monjas, habia leído en el convento de Vannes.

La noticia del matrimonio de la señorita de Fonterose dió origen á toda clase de preguntas.

Santa quiso saber el vestido y las joyas que llevaria el dia de la boda.

Corentin preguntó si aquel matrimonio era un matrimonio de conveniencia ó de amor.

—Las madres no consultan ahora el corazon de sus hijas para casarlas, contestó el rector. La señorita Nicolasa está muy bien educada y no habrá opuesto la menor objecion al enlace que la ha propuesto su madre.

El cabo de gendarmes no parecía prestar gran atención á lo que decía el señor rector; pero, en cambio, Corentin y Jacobo no perdieron una sola de sus palabras.

El guarda de las vacas, José, y Catalina, para quienes tampoco ofrecía interés aquel asunto, aprovecharon la ocasión, el primero para ir á recogerse, y la segunda para sentarse al lado de Ibo, y dejando caer la cabeza sobre su hombro, dormirse profundamente.

El fuego de la chimenea empezaba á apagarse.

El señor rector se llevó una vez mas el vaso á los labios, y despues de saborear su contenido, preguntó:

—¿Habeis tenido noticias de Claudio?

—El sabio! murmuró Jacobo despreciativamente.

—No se digna escribirnos mas que cada dos ó tres meses una carta de ocho ó diez líneas, contestó Ibo. Mas hubiera valido no mandarle á París. Para ganar un pedazo de pan y ser útil á los suyos no es necesario consagrar la mitad de la vida á los libros.

El movimiento de hombros con que Ibo acompañó estas palabras, despertó á Catalina, que le dijo con una mirada:

—El sabio de la familia sois vos.

El señor rector se levantó para despedirse, y el cabo de gendarmes, bien á pesar suyo, hizo lo mismo, clavando una última mirada de amor en Santa.

—¿Quién anda ahí? gritó Corentin creyendo oír ruido en el patio.

—Cuando el perro no ladra, será algun amigo repuso Ibo levantándose y dirigiéndose hacia la puerta, que se abrió en el mismo momento para dar paso á nuestro antiguo conocido Juan, el guarda de Santa Gilda.

Antes de saludar á los presentes, se adelantó hacia el sitio en que estaba Maria Ana y la dió un beso en la frente, con el amor y el respeto que pudiera haberlo hecho uno de sus hijos.

—¡Eres tú, Juan! exclamó Maria Ana, abriendo los ojos y dándole la mano.

Juan estrechó despues entre las suyas las de todos los presentes, empezando por el señor rector.

—Muy tarde andais por los caminos, señor Juan, dijo el gendarme.

Juan contestó que habia tenido que ir á Saint-Maloir á llevar una carta de la señora marquesa, y que, habiendo visto luz al pasar por delante de la casa de sus bienhechores y amigos, los Kerandal, habia entrado á darles las buenas noches.

La llegada de Juan sirvió de pretexto para volver á llenar los vasos.

Media hora despues sólo velaban en la casa solariega de Penhoet, Corentin, Jacobo y Juan, que era considerado como de la familia.

Juan, despues de descubrir el cadáver de Noel, huyó de la casa de su asesino como de una casa maldecida.

El crimen de Pedro le había horrorizado.

Pero al fin, cediendo el encanto que ejercía sobre él María Ana, volvió á frecuentar el trato de los Kerandal.

Era tan ingrata la figura de aquel desheredado del amor, que todas las muchachas del país, aunque las bretonas son fáciles de contentar, se burlaban de él.

Sólo en Penhoet había encontrado calor y cariño, y desterrarse de Penhoet, era para él desterrarse del mundo.

María Ana, cuando enviudó, tenía treinta y nueve años y era todavía bella.

Juan, diez años mas jóven, dejó trascurrir el año del luto, y por fin un día, olvidando toda clase de respetos, declaró su amor á María Ana.

La viuda de Kerandal, cuya razon estaba extraviada, mas que por la pérdida de su marido, por el descubrimiento del asesinato de Noel Trelan, trató de convencerle de la imposibilidad de un casamiento entre ellos, y de la gravedad que entrañaba una union ilegítima, teniendo hijos.

La lucha fué porfiada, pero por último triunfó Juan de los escrúpulos y de la debilidad de María Ana.

Ibo, pero sobre todo Corentin y Jacobo, eran demasiado suspicaces para no adivinar la clase de afecto que unía á su madre y á Juan; pero cerraron los ojos á todo, y Juan salía y entraba en la casa á todas horas con la misma libertad que Ibo, Corentin y Jacobo.

Juan odiaba á Corentin y Jacobo, porque los creía capaces de cometer el mismo ó tal vez mayores crímenes que su padre; pero declararse en abierta hostilidad con ellos, equivalía á cerrarse las puertas de la casa de Penhoet.

El tiempo, que había destruido ya la hermosura de la señora de Kerandal, no había entibiado la adoracion de Juan.

Cuando estuvieron solos Corentin, Jacobo y Juan, dijo éste:

—Hay novedades allá abajo.

—Lo sabemos, contestó Corentin. Primeramente, la señora marquesa no volverá á dejarnos cazar en sus tierras.

—Esta tarde nos ha reunido el señor Briquebec para darnos esa orden.

—Nos quiere tratar como cazadores furtivos. ¡Cargue el diablo con el alma de esa hipócrita!

—Si volveis á cazar en los dominios de Fonterose, sereis entregados á los tribunales.

—¿Y dónde hemos de cazar, sino cazamos en los dominios de Fonterose? Todo el país es de la marquesa.

—Es verdad.

—Su orden es una declaracion de guerra.

Jacobo se sonrió de una manera siniestra.

Hace mal en meterse con nosotros la señora marquesa, dijo, volviendo la cabeza para ver si alguien le había oído.

—No hay nadie, repuso Corentin para tranquilizarle.

—Tú eres de la casa, Juan, prosiguió Jacobo clavando en el guarda una mirada terrible, y por consiguiente, lo que oyes queda enterrado en tí. Antes te dejarías hacer pedazos que vendernos. Jacobo y yo tenemos un proyecto y te necesitamos.

—Estoy á vuestras órdenes. Antes que causaros el menor daño, renunciaré mi empleo de guarda.

—Al contrario, es preciso que lo conserves.

—¿Qué debo hacer?

—¿Es verdad que la señorita Nicolasa se casa?

—Eso se dice, pero todavía no hay nada resuelto.

—Todas las noches vendrás á decirnos lo que hay acerca de ese matrimonio.

—¿No me necesitáis mas que para eso?

—Para eso nada mas.

—Pues bien facil es de hacer el encargo.

—Me intereso por la señorita de Fonterose, dijo Corentin con una tranquilidad que desmentía el extraño fulgor de sus miradas.

—Y yo tambien, añadió Jacobo.

Los tres permanecieron un momento en silencio, envueltos en el humo que se desprendía de sus pipas.

Despues se levantó Juan, se echó la carabina al hombro y salió tarareando una cancion de caza.

XIV.

Los dos hermanos.

Al llegar al extremo de la calle volvió Juan la cabeza y vió que todavía habia luz en la cocina de los Kerandal.

Algo siniestro tramaban Corentin y Jacobo.

¿Pero contra quién lo tramaban?

¿Qué tenían que ver con el matrimonio de la señorita Nicolasa aquellos dos lobos, como les habia llamado el cabo de gendarmes?

Juan procuró en vano adivinarlo.

Pero la mirada de Jacobo, que no tenia como Corentin suficiente fuerza para ocultar sus sentimientos, no presagiaba nada bueno.

Los dos hermanos, en efecto, permanecian en la cocina sumidos en el mas profundo silencio.

El relój de Alsacia, que habia colgado sobre la chimenea, dió las once.

Entonces Corentin se levantó, se dirigió hácia la puerta, la abrió, y despues de convencerse de que no habia nadie en el patio, la volvió á cerrar y echó el cerrojo.

Jacobo, con su flema habitual, siguió todos los

movimientos de su hermano, dejándole maniobrar sin pronunciar una palabra.

—Estamos solos, dijo Corentin, y nadie nos oye. Podemos hablar.

Y acercando la boca al oído de Jacobo, añadió:

—Hay cosas que no pueden decirse en el bosque ni en los caminos, por temor de que las recoja algún oído indiscreto. Ibo no está aquí. Tanto mejor. Es bueno, no tiene ambición y no nos entendería. Con sus aperos de labranza y su Catalina tiene bastante para ser feliz. Juan también estará roncando á estas horas como un bendito de Dios. De las mujeres no debemos preocuparnos. Nuestra madre no está en este mundo. Santa es muy hermosa y sólo piensa en mirarse al espejo. La edad la disculpa. El asunto que vamos á tratar no incumbe á nadie más que á nosotros.

Jacobo había dejado la pipa sobre la repisa de la chimenea.

—Hemos hecho mal en sujetarnos á la clase de vida que hacemos desde que murió nuestro padre, prosiguió Corentin. La muerte de nuestro padre no ha sido natural. Hay en ella un misterio que no podemos esclarecer. ¿Crees tú que las deudas que nos agobiaban se han pagado solas? A nuestra madre la aflige un pesar oculto. Este es otro dato que confirma nuestras sospechas. La he oído hablar de un pariente de América que estuvo aquí mientras nosotros es-

tábamos en la guerra. Llegó un día, de noche, y al día siguiente de madrugada partió precipitadamente. Nuestro padre ha tenido más corazón que nosotros. Si tú y yo hubiéramos querido, cuando el marqués de Fonterose desapareció, también misteriosamente, la fortuna de los Kerandal hubiera vuelto á nosotros. No nos separaban de ella más que una niña de diez años y una mujer. Hemos perdido un tiempo precioso.

—La culpa es tuya, dijo Jacobo, llenando un vaso de aguardiente. Dá tus órdenes. Mi mano no vaciló cuando se trató del marqués.

Corentin hizo como que no le había oído y continuó:

—Casada Nicolasa se nos escapa. Se la lleva ese señor de Ambarés, á París, á Londres, donde quiera, y en París y en Londres no se guarda tan fácilmente un secreto como en las Landas. Allí no se puede hacer desaparecer un perro sin que lo sepa la policía. Es un foso tan ancho, que no se puede saltar. ¿Vamos á dejarnos acorralar como los jabalíes en el bosque? ¿No te parece que Penhoet es una residencia demasiado estrecha para nosotros? Necesitamos aire que respirar y espacio en que movernos. Hay otra consideración. No somos solos. ¿Qué será de Santa? Yo no me resignaré nunca á que se case con un cabo de gendarmes. Y sin embargo, no puede aspirar á mejor boda siendo pobre. No basta la juventud, la her-

mosura y la nobleza de la sangre. Hace falta tener dinero, mucho dinero. Hoy, el dinero es Dios, la nobleza, el honor, el poder, y se necesita para ser amado, para tener la consideración de los demás, para comer, para llamarse noble sin que nadie se ría de uno. Es preciso tener dinero, Jacobo. Estoy cansado de vivir como vivimos. Quiero ser rico. La landa es nuestra. Hagamos lo que nuestros antecesores. Conquistémosla. No hay más que una diferencia. Nuestros antecesores peleaban á la luz del día. Nosotros tenemos que pelear en la oscuridad.

—Bien dicho, Corentin.

—Entre nosotros y la fortuna hay un obstáculo. Hagamos que desaparezca.

—¿Cómo?

—Lo pensaremos. ¡Qué porvenir, Jacobo! ¡Ser dueño de todas las tierras, los bosques, las aldeas y los pueblos que se ven desde las torres del castillo de Santa Gilda! ¡Vivir sin saber siquiera que hay mundo! ¡Poder mandar al infierno á ese maldito de Briquebec! Ahora es tiempo. Hagamos lo que debemos hacer.

—Cuando quieras.

—Hay otra razón, añadió Corentin animándose.

—¿Cuál?

—Si tú amaras á una mujer y quisieran casarla con otro, ¿qué harías?

—Segun, contestó Ja obo estremeciéndose.

—No necesito que me digas lo que harías.

Lo sé.

Te conozco. Antes que verla en brazos de otro, la matarías. Pasarías las noches esperándola. Perderías el sueño de un año por verla una hora. Andarías de rodillas leguas y leguas, si fuera preciso para llegar hasta ella. Te deslizarías como una serpiente por debajo de la puerta de su casa. Escucha, Jacobo. Yo no amo á la señorita de Fonterose. Solo la he dirigido la palabra alguna que otra vez. Si me hubiese atrevido á hablarla de amor, me habría confundido con una palabra de desprecio, ó me hubiera cruzado la cara con su latiguillo de oro. Indudablemente nos debe considerar como una especie de monos ó de hombres de los bosques, de una raza inferior y estúpida. Ignoro el sentimiento que me inspira esa mujer, esbelta como una palma, blanca como una paloma, hermosa como una noche de luna. Es más, no quiero saberlo. Pero ¡te lo juro! mientras yo viva, no se casará con ese señor de Ambarés, ni con nadie. ¿Juras tú lo mismo?

—No, contestó Jacobo. Si otro hombre amara á la misma mujer que yo, mataría á mi rival, á mi amada no; sólomente en un caso la mataría á ella: en el caso de ser él un hermano mio. ¿Me comprendes?

—Sí, repuso Corentin.

Jacobo no había apartado los ojos del semblante de Corentin en solo momento.

Pero Corentin tuvo bastante dominio sobre sí mismo para permanecer impasible.

Jacobo volvió á llenar el vaso y lo apuró de un sorbo.

Tienes razón, murmuró. Es preciso que esa mujer desaparezca.

—Pero es una empresa en la que arriesgamos el pellejo, repuso Corentin pasándose la mano por el cuello.

—¡Bah! exclamó despreciativamente Jacobo. No se muere mas que una vez. Nadie puede averiguar quién ha disparado una bala que se pierde en el bosque. ¿Cuándo damos el golpe?

Corentin se levantó, y cogiendo un candelero de bronce, lo encendió.

—Vamos á acostarnos, dijo. Mañana tenemos tiempo de pensar lo que debemos de hacer.

Un momento despues, Jacobo dormía profundamente y Corentin soñaba que veía á Nicolasa, de quien estaba ferozmente enamorado, cruzar el bosque al trote de su caballo, hermosa y altanera como una reina.

XV.

El secreto de Nicolasa

El castillo de Santa Gilda, más que una residencia de seres vivientes, parecía una vasta necrópolis.

Para dar animacion y vida á aquella inmensa mole de piedra, se hubiera necesitado todo el aparato de las antiguas cortes feudales: hombres de armas, pajes, alconeros, damas, galanes, caballos piafando en los patios y jaurias de perros ladrando alegremente.

La gravedad conventual de la marquesa de Fontenrose aumentaba la tristeza de aquel palacio de la Bella durmiente; pero un día del mes de Setiembre, con sorpresa general de los habitantes del castillo, cambió la decoracion.

Roger de Ambarés era esperado de un momento á otro y el conde Máximo de Presle había ya anunciado oficialmente su visita.

La misma actividad que en el castillo se advertía en sus dependencias.

El señor Malo Briquebec iba de un lado á otro dando órdenes á los criados y cuidando de que fuesen ejecutadas fielmente.

Los cocheros reparaban las pinturas de los carruajes y limpiaban los arneses.

Los jardineros limpiaban de malezas las calles de árboles que conducían al castillo.

Las criadas barriaban los inmensos salones y sacudían el polvo de los tapices que cubrían las paredes y las colgaduras monumentales de los balcones.

Los hornos estaban encendidos y los cocineros, alumbrados por sus rojizos resplandores, parecían una legión de demonios.

Pero Corentin tuvo bastante dominio sobre sí mismo para permanecer impasible.

Jacobo volvió á llenar el vaso y lo apuró de un sorbo.

Tienes razón, murmuró. Es preciso que esa mujer desaparezca.

—Pero es una empresa en la que arriesgamos el pellejo, repuso Corentin pasándose la mano por el cuello.

—¡Bah! exclamó despreciativamente Jacobo. No se muere mas que una vez. Nadie puede averiguar quién ha disparado una bala que se pierde en el bosque. ¿Cuándo damos el golpe?

Corentin se levantó, y cogiendo un candelero de bronce, lo encendió.

—Vamos á acostarnos, dijo. Mañana tenemos tiempo de pensar lo que debemos de hacer.

Un momento despues, Jacobo dormía profundamente y Corentin soñaba que veía á Nicolasa, de quien estaba ferozmente enamorado, cruzar el bosque al trote de su caballo, hermosa y altanera como una reina.

XV.

El secreto de Nicolasa

El castillo de Santa Gilda, más que una residencia de seres vivientes, parecía una vasta necrópolis.

Para dar animacion y vida á aquella inmensa mole de piedra, se hubiera necesitado todo el aparato de las antiguas cortes feudales: hombres de armas, pajes, alconeros, damas, galanes, caballos piafando en los patios y jaurias de perros ladrando alegremente.

La gravedad conventual de la marquesa de Fontenrose aumentaba la tristeza de aquel palacio de la Bella durmiente; pero un día del mes de Setiembre, con sorpresa general de los habitantes del castillo, cambió la decoracion.

Roger de Ambarés era esperado de un momento á otro y el conde Máximo de Presle había ya anunciado oficialmente su visita.

La misma actividad que en el castillo se advertía en sus dependencias.

El señor Malo Briquebec iba de un lado á otro dando órdenes á los criados y cuidando de que fuesen ejecutadas fielmente.

Los cocheros reparaban las pinturas de los carruajes y limpiaban los arneses.

Los jardineros limpiaban de malezas las calles de árboles que conducían al castillo.

Las criadas barriaban los inmensos salones y sacudían el polvo de los tapices que cubrían las paredes y las colgaduras monumentales de los balcones.

Los hornos estaban encendidos y los cocineros, alumbrados por sus rojizos resplandores, parecían una legión de demonios.

La vida había reemplazado á la muerte.

Eran las siete de la tarde.

Ya habían llegado al castillo, hacia dos días, el baron de Fontrailles, la baronesa, su hija, la vizcondesa de Revilly, encantadora viuda, que todavía no se había despedido del amor, el viejo general Chamberfot, ruina ilustre del ejército y de la galantería, y el capitán Estrelles, que había conseguido un mes de licencia.

Nicolasa y la vizcondesa esperaban á que cerrase la noche paseándose por el jardín.

—¿Con que esta noche llega por fin? preguntó la vizcondesa.

Nicolasa contestó con un movimiento de cabeza afirmativo.

—No parece que es de vuestro agrado el matrimonio que se prepara.

—Pero es del agrado de mi madre.

—Sin embargo, no es vuestra madre quien se casa.

—Es verdad; pero, según dice la señora Simonet, que está sentada en aquel banco pasando las cuentas de su rosario, las hijas no pueden ni deben tener mas voluntad que la de sus madres.

—¿Y os habeis dejado convencer?

—Convencer, no; pero me dejo llevar.

—Tal vez hagais bien. Yo elegí por mi misma, negándome á oír y seguir toda clase de consejos, siendo el favorecido el vizconde de Revilly, que era uno

de los hombres mas distinguidos de su tiempo. Dirigía un cotillon como un maestro de baile, y montaba á caballo como un maestro de equitacion. Su conversacion seducía...

—¿Y fuisteis dichosa con él? preguntó Nicelasa.

—No.

—¿No?

—Pero en cambio, la señorita de Brayssac, á quien conocéis y con quien yo me eduqué en el colegio del Sagrado Corazon, hizo lo contrario, escarmentada por mi ejemplo, y se unió, con los ojos cerrados, al hombre á quien la destinó su familia. Un excelente muchacho, educado en el amor y en el temor de Dios, que no sabia del mundo ni de la sociedad sino lo que le habian contado...

—¿Y sería feliz?

—Ha sido mas desgraciada que yo, porque todavía no ha enviudado, y según todas las probabilidades, la enterrará su marido.

—De manera que el matrimonio...

—¡No me hableis de él!

—¿Os volveréis á casar?

—No lo creo. Los hombres son como las setas. Abundan mas las malas que las buenas.

—Y sin embargo, unas y otras se comen.

En otra parte del jardín discutian el baron de Fontrailles y la marquesa sobre algunos puntos de teología muy oscuros.

Se trataba de los misterios.

El baron no era una gran antorcha para iluminar las tinieblas sagradas, contentándose con oponer á las afirmaciones de la marquesa, su incredulidad.

En esto sonó la campana del castillo que llamaba á los huéspedes al comedor.

La noche habia cerrado completamente.

El general Chamberfot, que queria emplear útilmente su tiempo, entró en el comedor dando el brazo á la institutriz de Nicolasa, la señora Simonet.

El capitán Estrelles dió el suyo á la vizcondesa de Revilly.

La marquesa hizo sentar á su lado al rector de Santa Gilda.

—A propósito, dijo el gendarme despues de haber apurado el primer plato de sopa, y dirigiéndose á la baronesa de Fontrailles, ¿qué ha sido de la institutriz que conocí en vuestra casa hace dos ó tres años?

—No lo sé, contestó la baronesa, que era indulgente con todo el mundo. Ha renunciado á una posición que es ingrata de por sí, y creo que ha hecho bien.

—Era una muchacha encantadora, añadió el general. ¿Cómo se llama?

—Juana Trelan.

—Nicolasa volvió bruscamente la cabeza para mirar al general.

—Los Kerandal tenían unos parientes que llevaban

aquel apellido y, si sus padres lo habian olvidado, ella lo recordaba.

—Baronesa, prosiguió el general; una mujer tan hermosa no se puede tener impunemente en una casa. Habeis hecho bien en despedirla.

—En efecto, he visto pocas mujeres mas hermosas, se atrevió á decir el baron. ¿No es verdad, capitán?

El capitán Estrelles se puso encarnado como la grana.

No habia olvidado la escena en que habia desempeñado tan triste papel.

—¿Conociais á esa jóven, le preguntó la vizcondesa.

—Sí, contestó el capitán.

—¡Es singular! exclamó Nicolasa. ¿De dónde era esa muchacha?

—De la isla de Borbón. Es criolla.

—Y huérfana, añadió la baronesa.

La comida habia terminado, y los huéspedes de la marquesa pasaron al salon, que reunia á la grandiosidad de todas las construcciones de su época, el lujo de los tiempos modernos.

El general se sentó al lado de la señora Simonet, que, para un hombre de su edad, no era una conquista despreciable.

Al primer golpe comprendió que el enemigo no tenía confianza en sus fuerzas, y se preparó al ataque.

Los demás personajes, unos se paseaban en grupos

á lo largo del salón, y otros contemplaban las maravillas de arte que encerraba.

La marquesa departía á la puerta con el señor Malo Briquebec y el baren de Fontrailles acerca de los preparativos de una gran partida de caza que quería ofrecer á sus huéspedes.

Nicolasa iba á sentarse al piano, cuando un criado anunció al señor de Ambarés

Roger hizo su entrada en el salón con el aplomo de un actor consumado.

Sus pesares íntimos no se reflejaban en sus facciones, pero como era tarde, después de los primeros cumplidos, los convidados de la marquesa empezaron á desfilarse en dirección á sus respectivas habitaciones.

Cuando Nicolasa entró en las suyas, el reloj dió las once.

Después de reemplazar su espléndido vestido de seda por una bata de muselina, se sentó al lado de su *secretaire*, sacó de uno de sus cajones un pliego de papel azulado, escribió en él estas tres palabras: «Mi querida Marta» y arrojando la pluma sobre la mesa, se levantó y se asomó á la ventana.

Recostada sobre su alfeizar, fijó primero una mirada en el cielo y luego dirigió sus ojos hacia la inmensidad de los campos que rodeaban el castillo.

Era el silencio en las tinieblas, la soledad del vacío

fundiéndose á lo lejos en las profundidades de un océano sin fin.

Y su vida le parecía tan triste, tan sombría y tan solitaria, como aquel horizonte perdido en la sombra, donde no brillaba más luz que la de los faros de la costa, donde no oía otro ruido, que el grito lúgubre de las aves nocturnas que se llamaban unas á otras.

Era joven, era rica, y sin embargo, en sus labios vagaba esta exclamación:

—¡Qué triste es la vida!

En el aislamiento á que sus padres la habían condenado, Nicolasa no había encontrado más que un refugio: sus sueños.

Y se encerró en ellos como en un convento, no dando á nadie la llave del santuario en que guardaba los ideales de su imaginación sobreexcitada:

Se había impuesto un fin y quería alcanzarle.

Pero, de repente, su madre vino á colocarse entre aquel fin y ella.

¿Qué debía hacer?

¿Sacrificar la voluntad de su madre á sus ideales, ó hacer prevalecer sus ideales sobre la voluntad de su madre?

Cuando más entregada estaba á la resolución de este problema, sintió el ruido de una ventana que se abría en la torrecilla del castillo que daba enfrente de su pabellón; y vió dibujarse una sombra delante de ella.

Nicolasa y la sombra permanecieron inmóviles un momento y absortos en la misma contemplación.

Peró antes de retirarse la sombra, creyó Nicolasa que la había mandado un beso con la mano.

Y no se engañaba.

Era Roger, que habiéndola visto, se había asomado á la ventana enviándola aquella enamorada y muda declaración.

Nicolasa retrocedió, cerrando bruscamente la ventana, y volvió á sentarse delante de su *secrétaire*.

«Querida Marta,» había escrito en el pliego de papel azulado, y cogiendo la pluma continuó:

»Tengo necesidad de una persona á quien »abrir »mi corazón, y pormás que la busco á mi alrededor »no la encuentro.

»Sé tú esa persona y, abandonando por un momento tus placeres, tus galas y á tu marido óyeme:

»Es una obra de caridad que Dios te premiará en el otro mundo.

»Tú eres feliz, Marta. Tienes dos amores á que consagrar tu vida; Tu marido y tú hija. Yo no tengo ninguno. Estoy triste y sola, sin un corazón que palpite al unisono con el mio.

»Me equivoco. Hay dos personas que me aman sinceramente: mi palafranco Binic, que es el hombre más gordo del país, y un guarda-bosque que se llama Juanillo y que es tan flaco que le llaman de mote *la aguja*. Los dos se dejarían matar por mí.

»Me asaltan pensamientos muy tristes. ¿Qué dirás que he hecho hoy? He redactado mi testamento. ¡Qué distracción tan singular! excluirás. Tengo momentos de verdadera desesperación. Pregunto á tu marido, que sabe tanto, si la soledad puede engendrar la locura. Sí, Marta, tu Nicolasa, tu compañera de colegio en el Sagrado Corazón, se pasa la vida llorando entre cuatro paredes. Pero no lo sabe nadie. Todo el mundo me cree feliz y me envidia.

»¿Serás discreta? Tengo una tercera persona que me ama, pero de una manera tan singular, que no sé si es amor ó es odio lo que le inspiro, y tengo miedo saberlo.

»Cuando estuve en París pensé hablarte de esto, pero no me atreví.

»Tal vez no me hubieras comprendido.

»Esta timidez te asombrará en mí, que presumo de valiente, pero no por eso es menos cierto que soy tímida como una oveja. Sólo á tí te lo confesaría.

»Vamos por partes.

»Entre las distracciones que he buscado para hacer mas llevadera mi soledad, una ha sido estudiar la genealogía de mi familia. Y ¿sabes lo que he conseguido averiguar como resultado de mis largos y profundos estudios?

»He averiguado que el día que muera, los herederos de mi nombre y de mi fortuna, serán las gentes mas pobres del país.

»Viven á tres leguas de Santa Gilda, en Penhoet, en un caseron inmenso y medio destruido, se llaman los Kerandal, y son realmente los descendientes de los Kerandal, el apellido mas antiguo y mas noble de la Bretaña.

»Habia otra rama de la familia, los Trelau, más pobre todavía, pero esta rama ha desaparecido.

»El hermano mayor de los Kerandal labra la tierra, y los otros dos son cazadores furtivos. Nuestros bosques son su campo de batalla.

»Yo no les culpo. ¿Qué han de hacer?

»Mi madre les aborrece. No sé por qué. La pobreza no es pecado. Dentro de un siglo puede que los Fonterose tengan que hacer lo mismo para no morir de hambre.

»Te preguntarás la relacion que puede haber entre mi tercer enamorado y esta historia.

»Vas á saberlo:

»Debes suponer que estoy todo lo menos que puedo al lado de mi madre.

»Ella gusta de la soledad que á mí me espanta y procuro no turbarla sinó muy rara vez. Tengo un compañero con el cual recorro el bosque. Mi caballo. Un soberbio caballo á quien he bautizado con el nombre de Záfiro.

»Siempre que voy al bosque, y en los sitios mas agrestes, veo dos ojos del mismo color de mi caballo fijos tenazmente en mí.

»Me miran de una manera, que unas veces me halaga y otras me espanta, turbándome siempre.

»Aquellos dos ojos pertenecen á un hombre alto, fornido, y de un aspecto tan gallardo, tan noble, que revela al primer golpe de vista su origen.

»¡Qué diferencia entre este hombre y los hombres de los salones de París!

»Voy á presentártelo.

—»Marta, este caballero es mi primo Corentin Kerandal.

»Salúdale y continuemos.

»¡Pobre muchacho!

»¡Si vieras qué mal vestido va! Pero, ¡si vieras la pureza de las formas que se dibujan debajo de aquellos andrajos!

»Siempre que päsó á su lado se quita respetuosamente el sombrero.

»Hace diez años que le veo todos los días. Siempre está lo mismo. Parece que el tiempo no pasa para él.

»Algunas veces creo ver en sus miradas una súplica y otras veces una reprensión.

»Mi padre les han abandonado á su suerte porque el suyo se casó con una mujer pobre y que no era de su clase.

»¿Puede ser esto un crimen?

»Si la amaba, hizo bien en casarse con ella.

»Son cuatro hermanos y una hermana, que es todo lo hermosa que quieras figurártela.

»Su madre vive todavía, pero dicen que no está en su cabal juicio.

»El hermano que yo no conozco está estudiando en París.

»Voy á decirte los términos en que está concebido mi testamento:

—»Lego todos mis bienes á mi primo Corentin Kerandal; si él muere, á sus hermanos y á su hermana, y á falta de éstos, á mis parientes mas próximos por parte de mi padre. Además, dejo dos mandas de 3.000 francos de renta cada una, á mi palafranero Binic y al guarda de campo Juan, conocido con el mote de *la Aguja*.

»Mis bienes proceden de los Kerandal y quiero que vuelvan á los Kerandal.

»¿Qué te parece?

»Te advierto que no he consultado con nadie mi última voluntad, y me ratificaré en ella dentro de ocho días.

»Yo no amo á nadie, y algo he de hacer por las tres personas que me aman.

»¿Qué iban á hacer con toda mi fortuna Binic y Juan?

»Por eso se la dejo á Corentin y á su familia.

»Cuando te digo que me ama, puedes creerme. En esto no nos equivocamos nunca las mujeres.

»Sin embargo, créeme, nunca se ha atrevido á darme á conocerme su amor.

»Apenas me ha dicho una docena de veces en los diez años que hace que le conozco;—«Buenos días ó buenas tardes, señorita Nicolasa.»

»Si lo supiera mi madre, le haría colgar de un árbol.

»Cuando vengas á Santa Gilda, te enseñaré el sitio en que nos vemos todos los días.

»Se me olvidaba decirte que ya tenemos aquí á los barones de Fontrailles y al capitán Estrelles, que no hace otra cosa en todo el día que mirarse al espejo. También nos han honrado con su visita el general Chamberfot, que trata de refrescar sus laureles de calavera haciendo la corte á mi institutriz la señora Simonet, y también ha venido la vizcondesa de Revilly.

»He dejado para lo último á Roger de Ambarés, que es el marido que quiere darme mi madre.

»No hemos hecho más que cambiar unas cuantas palabras.

»¿Qué diferencia entre él y Corentin, Marta!

»La misma diferencia que hay entre un figurín y un hombre.

»Sin embargo, haré todo lo que pueda por acostumbrarme á él, á fin de dar gusto á mi madre.

»¿Sabes lo que acaba de hacer?

»Me ha enviado un beso con la mano, desde su ventana.

»Yo le he contestado cerrando de golpe la mía.
 »¡Qué atrevimiento! ¡Tan pronto!
 »Es la una de la madrugada. Ya es hora de cerrar esta carta.
 »No te pido por estas cuatro páginas más que diez ó doce líneas hablándome de tí, de tu hija y de tu marido.
 »Si no te molesto, te escribiré todo lo que vaya ocurriendo.
 »Adios, adios, Marta mía.

»NICOLASA»

XVI.

A todos los vientos

Roger, despues de haber saludado de tan singular manera á su prometida, cerró á su vez la ventana, y, como Nicolasa, se sentó al lado de una mesa en que habia papel, tintero y plumas y se puso á escribir esta carta:

«Mi querido é inclito amigo: Estoy tentado por reescribirte en fabla antigua. Desde que me encuentro aquí se me figura que he retrocedido dos siglos cuando menos. Todo lo que veo, empezando por mí, me parece fuera de época.

»Muros] de cárcel, torres redondas, cuadradas y

»octógonas, veletas giratorias, techos empizarrados y fosos llenos de agua lamiendo los muros.

»He aquí el exterior

»En el interior, inmensos corredores de piedra, escaleras de piedra y habitaciones tan altas de techo, que reducen al hombre de mayor estatura á las proporciones de un liliputiense.

»Esta es la jaula, y por cierto que no le falta grandiosidad.

»Pero todo esto es triste, muy triste, y sólo podría soportarlo un mes seguido una mujer de los gustos y de las costumbres de la señora marquesa de Fontrose, que, mas que para el mundo, ha nacido para el silencio y la soledad de los conventos.

»Es muy solemne mi buena tía.

»Siempre oficia de pontifical.

»Será una buena suegra, porque vive alejada de todas las cosas de este mundo.

»Me ha acogido con el cariño de una madre.

»Nadie la creía en el castillo capaz de tanta ternura.

»Cualquiera se hubiera figurado que era ella la novicia.

»El corazón de las mujeres es un abismo insondable.

»Pero... sigue leyendo.

»¿Qué luz dirás que basta á llenar de resplandores

»deslumbrantes, estos salones inmensos y estas galerías sombrías que se pierden de vista?

»La luz de los ojos de la señorita Nicolasa de Fonterose.

»Ya era hermosa cuando la ví por primera vez en París; ahora es encantadora.

»Ni sus ojos, ni su frente, ni su estatura, ni su talle, tienen nada de particular, pero su conjunto es un dechado de gracia y de distinción, que seduce y arrebató.

»He salido de París con la resignación de la víctima que camina al sacrificio.

»¡Extraña metamorfosis! No hace más que dos horas que he llegado á Santa Gilda y ya estoy enamorado, perdidamente enamorado.

»He hecho mi presentación en el momento de estar reunidos en el salón de honor del castillo todos los huéspedes de la marquesa.

»Entre ellos estaban el barón y la baronesa de Fontailles.

»Afortunadamente no saben nada, y ahora me felicito del secreto de que he rodeado mis amores. La baronesa tiene la lengua demasiado suelta, y hubiera cometido una imprudencia. El barón, si sospecha algo, es un hombre de mundo, y no me venderá. Los demás, excepción hecha de Estrelles, no conocen á Juana. ¡Pobre Juana! Quisiera olvidarla y no puedo. Me parece que nos separan miles

de leguas. En cuanto me case, la indemnizaré de mi ingratitud.

»También está aquí el viejo general Chamberfot. Es un tipo curioso.

»He creído sorprender entre él y la institutriz de Nicolasa miradas de inteligencia.

»Pero mi única preocupación en estos momentos es Nicolasa.

»Creo que la marquesa tenía razón. No la soy indiferente. Me ha recibido con la mayor afabilidad. Para pasado mañana me ha propuesto una excursión á caballo por sus dominios. Mañana vamos de caza.

»Si va Nicolasa, figuraré en la partida. Si no va, pretextaré una indisposición para quedarme con ella.

»Apresura tu viaje. Quiero que juzgues por tí mismo si es exagerado mi entusiasmo.

»Ahora acabo de ver á mi prometida asomada á la ventana de su cuarto. No me he podido contener y la he mandado un beso con la mano.

»Creo que se ha asustado, porque me ha dado con la ventana en las narices.

»Ven, ven pronto.

»Si ves á Juana, silencio, silencio por Dios ¡Pobre Juana!

»Te estrecha la mano.

»Tu amigo

»ROGER.»

»P. D. He escrito dos líneas á Blunner, diciéndole que mis negocios van bien, para tranquilizarle. Despues de vendidos todos mis bienes, quedará á deberle un millón próximamente. Pero un millón para mí es una miseria. La fortuna de Nicólasa es colesal, amigo mío, colosal...»

Cuando Máximo recibió esta carta no se habia levantado todavía, y su lectura le produjo una viva irritacion.

Pero no tardó en tranquilizarse.

Despues de todo, no se trataba de un asunto propio. ¡Dos mujeres burladas! Si se vengaban al descubrir el engaño de que habian sido victimas, él en ningun caso podría ser el que perdiera.

Mas fácilmente perdonaba Máximo el lazo tendido á la señorita de Fonterose que la traicion hecha á Juana, tan bella y tan digna de ser amada.

Se concentró en sí mismo y reflexionó.

¿Tendria celos de los éxitos de Roger?. No. Pero le mortificaba, sin querer, la fortuna de aquel hombre á quien le bastaba presentar la batalla para ganarla: su ruina excusaba su doble traicion. Pero él, ¿no habia pospuesto nunca una mujer á otra?

El resultado de sus meditaciones fué afirmarse en el propósito de realizar su proyecto de viaje á Santa Gilda, dejando el mundo como le habia encontrado, con mujeres faciles y mujeres inocentes, hombres volubles y hombres timoratos.

Los personajes reunidos en Santa Gilda le ofrecian una temporada agradable en aquel rincon de la Bretaña, á más de los encantos de la naturaleza del país, exhuberante de belleza y de grandiosidad.

Tomada su resolucion, levantó perezosamente el brazo y tirando del cordón de la campanilla, llamó á su ayuda de cámara para que le vistiese.

XVII.

Ansiedades.

A la misma hora que Máximo, se levantaba Juana despues de una noche de insomnio y de calentura.

Se envolvió en una bata de muselina y llamó, cuando el reloj daba las nueve.

—¿He tenido alguna carta? preguntó á su doncella con mal disimulada ansiedad.

—No, señora.

—Es singular. Abrid los balcones.

La luz del dia iluminó de lleno el semblante de Juana, pálido y desencajado.

—¿Habeis pasado mala noche, señora? le preguntó su doncella.

—Sí.

—No os sentís bien.

—No sé lo que tengo. Quiero vestirme.

—¿Vais á salir?

—Sí, contestó Juana acercándose al tocador.

Y despues de mirarse al espejo, murmuró:

—Estoy horrible.

—Se pasó un peine por la cabeza, se puso el vestido que la dió su doncella sin fijarse en cual era, se calzó los guantes y salió precipitadamente, montando en el primer carruaje de alquiler que halló al paso.

A la calle de la Universidad, dijo al cochero.

Máximo estaba ya en su despacho cuando su ayuda de cámara le anunció que una señora deseaba verle, dándole una tarjeta.

—«Juana Trelan» leyó, no sin asombro. Que entre á esa señora inmediatamente.

Al primer golpe de vista comprendió el estado de ánimo de Juana.

—¡Vos aquí exclamó Máximo tendiéndola la mano.

—Confesad que mi visita no os parece natural.

—Si Ambarés no fuera tan amigo mio, vuestra visita, en vez de extrañarme, me llenaria de júbilo.

—Sois muy galante, pero esta vez habeis elegido mal la ocasion de recordármelo. No vengo por vos, si no por mí. Debías esperarme y á vuestra penetracion no se oculta ciertamente el objeto de mi visita.

—Estais muy agitada.

—Sufro mucho.

—¿Por que?

—Me abruma el presentimiento de una gran desgracia.

Máximo se sentó al lado de Juana y la cogió una mano.

—Os la abandono como si en vez de ser mi amigo fuérais mi médico. Tengo calentura, ¿no es verdad?

—Tranquilizáos, y confiad en mí. Ya sabeis el sincero afecto que me inspirais.

—Lo sé; por eso espero que me digais toda la verdad. Roger me engaña. Mas aún: Roger me vende miserablemente.

—Es una suposicion.

—He estado mucho tiempo ciega, pero hoy veo la horrible realidad de mi situacion. Roger es un traidor. Me avergüenzo de haberle amado. Sed vos conmigo más leal que él. ¿Os ha escrito?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta misma mañana he tenido carta suya.

—Sois un hombre de honor.

—Procuro serlo.

—Dadme á leer la carta de Roger.

Máximo se estremeció.

La carta estaba sobre la mesa, é instintivamente hizo un movimiento para cogerla y metérsela en el bolsillo.

Pero Juana, reconociendo la letra, se levantó bruscamente y se la arrebató de entre las manos.

—No la leereis, exclamó Máximo levantándose á su vez.

—Teneis razon, murmuró Juana arrojándola nuevamente sobre la mesa. ¿Para qué he de leerla? Sé

todo lo que dice. He dicho que sois un hombre de honor, y siéndolo, no podeis vender el secreto de vuestro amigo. Roger va á casarse. Ya no puedo dudarlo. Si, va á casarse olvidando todos sus juramentos. Yo no se los exigí. Ellos hizo voluntariamente. Pero ¡engañar á una mujer! ¿Qué significa engañar á una mujer? No he sido para él más que un juego, un entretenimiento, un pasatiempo. Le estorbo para sus planes y se deshace de mí. No tengo ningun derecho sobre él, y no daré ningun paso para hacer que vuelva á mis brazos. Es libre, completamente libre. No tenia más que su palabra; pero... ya veis lo que vale la palabra de un hombre que presume de noble.

Juana, con los ojos bañados en lágrimas, dió un paso hácia la puerta

Máximo la obligó á sentarse.

—¿No le amais ya? la preguntó.

—No lo sé, estoy loca. Toda la sangre de mi cuerpo la tengo en la cabeza. ¡Qué feliz sois! No comprendéis el dolor de una mujer que lo ha sacrificado todo al amor de un hombre. No podeis comprenderlo. Si me preguntais lo que pienso hacer, no podré contestaros. Abandonaré mi casa, abandonaré mis joyas y mis galas, huyendo de todos estos testigos de mi infamia, quedaré tan pobre como era cuando conocí á ese hombre á quien no volveré á ver nunca. Os lo juro, y sabed que mis juramentos no son como los de vuestro amigo. Despues... despues no sé lo que será de

mí. Tal vez volveré á ser una mujer honrada, reduciéndome á mi antigua condicion de institutriz. Tal vez me arrojaré en el lodo del vicio para vengarme de los hombres, burlando su amor como ha sido burlado el mio.

Máximo oia á Juana con profunda emocion.

—Os escucho y os compadezco, la dijo para tranquilizarla, porque vuestros temores no descansan mas que en una suposicion quimérica. Esperad, para juzgar á vuestro amante, á tener una prueba indudable de su traicion. De algun tiempo á esta parte, su situacion financiera es muy grave. Ha perdido sumas enormes en la Bolsa, en las casas de juego y en el Círculo. Tiene acreedores, y de ellos es de quienes ha huido. En esta carta me confia todas sus penas. ¿Quereis convencersos por vos misma?

Juana hizo un movimiento negativo.

—Si no os ha dicho nada, ha sido para evitaros el disgusto que la verdad de su situacion os causaria. Es una atencion que debeis agradecerle. Creo que no dudareis de mi amistad. Tened en adelante confianza en mí, y confiadme todos vuestros pesares. ¿Quién no lleva algun dolor dentro del alma? Sois una mujer adorable. Hay en vos algo que me atrae irresistiblemente y que no puedo explicar. No comprendo que el hombre que os ame y os posea pueda abandonaros ni pensar en otras felicidades. Pero la vida está llena de sorpresas. Roger, que ha sido mi camarada de

colegio, tiene sus defectos. Nadie es perfecto en este mundo. Su pasión por el juego le ha perdido. Además, carece de voluntad para resistir sus deseos. No retrocede ante ningún obstáculo para satisfacerlos. Sin embargo, no puedo creer que falte á los compromisos que tiene contraídos con vos. Creedme, Juana. Esperad. Os escribiré. Tal vez esté ya la carta en el camino. ¡Quién sabe si la encontrareis ya en vuestra casa! Os ama. Me lo dijo al despedirnos. Sus pérdidas le han trastornado el juicio. Perdonadle el misterio en que ha envuelto su viaje, No ha tenido valor para daros el último abrazo.

—Si me amara, ¿tendría secretos para mí? Si es pobre, yo le hubiera consolado y dado fuerzas para luchar. No le amaba por su fortuna. Ya sé todo lo que quería saber. Os doy las gracias por el interés que os inspire, y, siguiendo vuestros consejos, esperaré.

Máximo miraba á Juana con admiración.

—¿Os vais? dijo al ver que se levantaba.

—Sí, le contestó Juana.

Y fijándose en una maleta de viaje que había al lado de la chimenea, añadió:

—¿Estais preparando vuestra maleta?

—Sí. Esta noche salgo de París.

—¿Vais á reunirnos con Roger?

—Sí.

—¿Debemos decirnos adios, ó hasta la vista?

—Hasta la vista. Roger no es malo como creéis.

—¡No le defendais! exclamó Juana, con mal disimulada indignación. ¿Seríais vos capaz de hacer lo que ha hecho él?

Máximo no la contestó, pero fué una contestación la mirada que clavó en su pálido semblante y la fuerza con que la estrechó la mano.

XVIII.

La ventana de Santa.

Mientras Juana Trelan y el Conde de Presle formaban el proceso de la traición de Roger, una numerosa y lucida cabalgata atravesaba la parte del bosque de Santa Gilda, lindante con Penhoet.

Esta cabalgata se componía de la vizcondesa de Revilly, el capitán Estrelles, el general Chamberfot y el barón de Fontrailles.

A su cabeza, pero á alguna distancia, galopaban, uno al lado del otro, la señorita de Fonterose y Roger.

Nicolasa, menos preocupada que de costumbre, escuchaba las declaraciones de Roger, excesivamente líricas.

No le contestaba sino con monosílabos, pero aprobaba, unas veces sonriéndose y otras con elocuentes movimientos de cabeza, sus arranques de pasión y sus frases ingeniosas.

colegio, tiene sus defectos. Nadie es perfecto en este mundo. Su pasión por el juego le ha perdido. Además, carece de voluntad para resistir sus deseos. No retrocede ante ningún obstáculo para satisfacerlos. Sin embargo, no puedo creer que falte á los compromisos que tiene contraídos con vos. Creedme, Juana. Esperad. Os escribiré. Tal vez esté ya la carta en el camino. ¡Quién sabe si la encontrareis ya en vuestra casa! Os ama. Me lo dijo al despedirnos. Sus pérdidas le han trastornado el juicio. Perdonadle el misterio en que ha envuelto su viaje, No ha tenido valor para daros el último abrazo.

—Si me amara, ¿tendría secretos para mí? Si es pobre, yo le hubiera consolado y dado fuerzas para luchar. No le amaba por su fortuna. Ya sé todo lo que quería saber. Os doy las gracias por el interés que os inspire, y, siguiendo vuestros consejos, esperaré.

Máximo miraba á Juana con admiración.

—¿Os vais? dijo al ver que se levantaba.

—Sí, le contestó Juana.

Y fijándose en una maleta de viaje que había al lado de la chimenea, añadió:

—¿Estais preparando vuestra maleta?

—Sí. Esta noche salgo de París.

—¿Vais á reunirnos con Roger?

—Sí.

—¿Debemos decirnos adios, ó hasta la vista?

—Hasta la vista. Roger no es malo como creéis.

—¡No le defendais! exclamó Juana, con mal disimulada indignación. ¿Seríais vos capaz de hacer lo que ha hecho él?

Máximo no la contestó, pero fué una contestación la mirada que clavó en su pálido semblante y la fuerza con que la estrechó la mano.

XVIII.

La ventana de Santa.

Mientras Juana Trelan y el Conde de Presle formaban el proceso de la traición de Roger, una numerosa y lucida cabalgata atravesaba la parte del bosque de Santa Gilda, lindante con Penhoet.

Esta cabalgata se componía de la vizcondesa de Revilly, el capitán Estrelles, el general Chamberfot y el barón de Fontrailles.

A su cabeza, pero á alguna distancia, galopaban, uno al lado del otro, la señorita de Fonterose y Roger.

Nicolasa, menos preocupada que de costumbre, escuchaba las declaraciones de Roger, excesivamente líricas.

No le contestaba sino con monosílabos, pero aprobaba, unas veces sonriéndose y otras con elocuentes movimientos de cabeza, sus arranques de pasión y sus frases ingeniosas.

La prometia amor eterno y ventura sin límites.

—Pero, ¿qué entendéis por ventura? le preguntó Nicolasa. Tal vez nuestras opiniones no estén conformes en este punto.

—Mi opinion se amoldará á la vuestra. Hablad y obedeceré.

—Mis opiniones estarán conformes con las vuestras durante ocho dias. No durará mas mi esclavitud. Despues os ireis al Circulo ó á la Bolsa. Si hay carreras, no faltareis á ellas. A las reuniones de la alta sociedad tampoco podeis faltar. Así me ha dicho la señora de Revilly que viven todos los hombres en París.

—Teneis razon. Esa es la vida usual en París.

—¿Sois sócio del Jockey?

—Sí.

—Y segun me ha dicho el general, uno de sus mas asiduos concurrentes. El general se hace lenguas de vos. Bien es verdad que el general no habla mal de nadie. La baronesa de Fontrailles, por el contrario, no habla de vos con tanto entusiasmo ¿Qué la habeis hecho?

—Nada.

—Puede que sea por eso.

—Maliciosa estais hoy...

—Es el tiempo, que amenaza tormenta. Además, he pasado mala noche. La caza tampoco es un ejercicio de mi agrado. ¿Qué nos hacen los jabalíes y los

ciervos, para que los matemos? Los parisienses no teneis corazón. Matais por el placer de matar y haceis correr la sangre nada mas que por verla correr. ¿Cómo está vuestro caballo? Ayer volvió muy fatigado de la cabeza.

—Ya está bien.

—Acostumbrado á pasear tranquilamente por el Bosque de Boulogne... ¿Vais á menudo al Bosque?

—Todas las tardes. Iremos juntos.

—Es posible, pero no seguro. No pienso casarme sino con un hombre que me agrade. Es una resolucion irrevocable.

—Espero hacerme digno de vuestro amor.

—Todo depende de vos. Mi madre dice que el matrimonio es una necesidad. Yo no pienso como ella. No me explico que nadie busque amo pudiendo pasarse sin él.

—No hablais seriamente, Nicolasa; yo no seré en ningun caso vuestro amo, sino vuestro esclavo.

—No digais vulgaridades. Las aborrezco. Añade mi madre que una mujer, cuando llega á cierta edad y no se ha casado, hace un papel ridículo en la sociedad.

—Vos no debeis temer ese accidente.

—El miércoles cumplo veinticin años, y á esta edad se debe pensar ya en el porvenir. Pensaré lo que debo hacer.

Nicolasa acompañó estas palabras con una mirada que equivalia á una promesa.

Siguieron cabalgando en silencio por espacio de mas de diez minutos.

—¿Llega por fin mañana vuestro amigo el Conde de Presle? preguntó Nicolasa reanudando la conversacion. Me han dicho que es un hombre de mucho ingenio. ¿Es verdad?

—No sería su amigo, si hablara mal de él.

—¿Quiere casarse tambien?

—No.

—Empiezo á simpatizar con él por ese detalle. ¿Es rico?

—Tiene ochenta mil francos de renta.

—No es una fortuna.

Roger estaba visiblemente embarazado.

Aquel aplomo en una jóven que había vivido alejada del mundo, le contrariaba.

Nicolasa comprendió la situación de ánimo de Roger.

—Os llama la atención oirme hablar con esta franqueza, de cosas que debiera ignorar, le dijo. Vivo en un desierto, y los desiertos convidan á la meditacion. Ese es mi único entretenimiento: meditar. Mi madre vive por su lado entregada á sus ocupaciones caseras y á su correspondencia con todos los preladados y curas del país, y yo vivo por el mio, porque, si bien me sigue á todas partes la señora Simonet, yo no la hago caso. Mi única compañía son los libros. ¡Cuánto me han hecho soñar!

—¿No me habeis visto nunca en vuestros sueños? se atrevió á preguntarla Roger.

Nicolasa le contestó, mirándole con asombro:

—No; nunca se me ha ocurrido pensar en vos.

Pero para no descorazonarle, añadió:

—No lo extrañeis .. Apenas nos conocíamos.

La cabalgata llegaba en aquel momento á los linderos del bosque.

Nicolasa levantó el látigo en señal de alto.

Los ginetes formaron círculo.

Nicolasa les dijo:

Os he prometido una curiosidad. Mirad. Allí está.

El punto que señalaba Nicolasa era una pequeña aldea situada á dos kilómetros del bosque.

—¿Veis aquel caserón inmenso? dijo Nicolasa. Es la casa de los más ilustres hijos de Bretaña. Han figurado en todos los campos de batalla. Eran amigos de la duquesa Ana y de los antiguos reyes bretones.

—¿Cómo se llaman? preguntó el capitán.

—Los Kerandal.

—He oido hablar de ellos.

—¿Dónde?

Estrelles quiso recordarlo, pero en vano.

—No me acuerdo, pero estoy seguro de ello. Tal vez sería durante la guerra.

—Señores, dijo el general, propongo que tomemos esa fortaleza por asalto.

—No os lo aconsejaré yo, repuso Nicolasa. Está defendida por una guarnición muy esforzada.

—Enviemos al capitán á hacer un reconocimiento.

—Estoy á vuestras órdenes, mi general.

Allí veo un hombre que dirige una yunta de bueyes, dijo el general. Nos podrá servir de guía.

—Es el barón de Kerandal, observó Nicolasa. El primogénito de la familia.

Y volviéndose hácia Roger, añadió:

—¿No creéis que sería una buena obra dar la mano á esos infelices, que han caído desde tan alto?

—¿Cómo?

—¿No se os ocurre?

—No.

—Yo tengo un medio.

—Os escucho. Hablad.

—Mas tarde, cuando nos tratemos con mayor intimidad, os confiaré mi secreto.

—De manera que puedo esperar...

—¿Quién sabe! repuso sonriéndose Nicolasa. El día de mañana no nos pertenece.

El capitán Estrelles se apresuró á cumplir las órdenes del general, dirigiéndose al galope hácia Penhoet.

Los demás ginetes le siguieron á distancia.

Algunos momentos despues la aldea de Penhoet era invadida por la señorita de Fonterose y su escolta.

Al ruido de los caballos, los aldeanos se asomaron á las puertas de sus cabañas.

El veterinario Cahusac dejó caer la pata del caballo que estaba herrando y permaneció mudo de admiración.

El cura, que estaba cuidando las flores de su jardín, se quedó estático, y como no levantó la regadera, se dió un baño de piés involuntariamente.

Los muchachos y las muchachas de la aldea, que conocían á Nicolasa, se agruparon en torno de su caballo.

Nicolasa los saludó á todos particularmente con una palabra de cariño.

El capitán Estrelles, que había sido el primero que había llegado, no parecía por ninguna parte.

¿Dónde estaba?

Se había detenido delante de una especie de torre-cilla con vistas al campo, que tenía la casa solariega de los Kerandal.

En la única ventana que tenía había visto una cabeza de mujer bañada por los rayos del sol, que aumentaban sus naturales encantos.

Era Santa, que meditaba con los ojos fijos en el cielo.

Pero en cuanto vió al capitán, se retiró de la ventana.

Entonces Estrelles metió espuelas al caballo y se

reunió á sus compañeros, murmurando:

—Volveré.

XIX.

La cita.

El general hizo una seña con la mano al capitán.

—Es una mujer deliciosa, le dijo al oído.

—¿De qué mujer habláis, mi general? preguntó el capitán.

—No os hagais el misterioso conmigo. Mi vista alcanza tanto como el mejor cañon. Me refiero á la mujer que estaba asomada á la ventana de aquella torreílla.

—Teneis razon, mi general. Es una mujer encantadora. Dicho sea sin ofender á las damas que acompañamos.

—¿Supo: go que volveréis mañana?

—No estaria bien que os hiciera la competencia con la institutriz.

—¡Silencio!

—Ni por vos ni por ella...

—¡Silencio!

—La vizcondesa de Revilly es un buen partido, pero se ha retirado del juego.

—Sin embargo, todavía es hermosa y rica.

—Si; pero aspira á casarse, y yo tengo mas miedo á un alcalde y á un cura que á una batería enfilada á mi escuadron.

—Yo tampoco he sido aficionado al matrimonio. Cuando pensaba en él, tentado por el diablo, me decia: «Chamberfot, amigo mio, ten presente que de un balazo se cura cualquiera; pero del matrimonio son pocos los que salen con bien.» Os queda la baronesa. No es mujer escrupulosa.

—¿De qué baronesa habláis?

—¿De qué baronesa he de hablar? De la baronesa de Fontrailles.

—No me gusta la fruta demasiado madura.

—¿Qué quereis decir, señor capitán?

—Mi general, hablo de las mujeres. Los hombres siempre son jóvenes.

—¡Adulador!

—Os lo confieso, general. Esa paloma silvestre se ha apoderado de mi corazon. Estoy decidido á entrar á saco en la fortaleza en que tiene su nido.

—Si la guarnicion no se opone. La señorita de Fonterose dice que está bien defendida.

—Vencer sin peligro es vencer sin gloria, repuso el capitán.

Nicolasa estaba á alguna distancia del general Chamberfot y del capitán Estrelles.

El primero metió espuelas al caballo, y se reunió con ella.

—¿No me habeis dicho que la casa de los Kerandal tenía una buena guarnicion?

—La mejor del país. No os aconsejo que la ataqueis. El valor en los Kerandal es una herencia que se trasmite de padres á hijos.

En aquel momento desembocaron dos hombres por una calle próxima al sitio en que Nicolasa y el general cambiaban estas palabras.

Eran Jacobo y Corentin, que llevaban en unas parihuelas un enorme jabali muerto.

Michaud, el cabo de gendarmes, los seguía á corta distancia.

Jacobo vestía una blusa de marinero, cubriendo su cabeza con un ancho sombrero de paja.

Corentin también llevaba sombrero de paja, pero vestía el traje del país.

Ambos llevaban su escopeta al hombro.

—Ahí tenéis parte de la guarnicion de la plaza, dijo la señorita de Fonterose al general Chamberfot. No les declareis la guerra. Son dos héroes de la Edad-Media perdidos en la nuestra.

—Hum! dijo el general mirando al capitán Estrelles, que llegaba en aquel momento. El de la blusa de marinero tiene un aspecto verdaderamente terrible. Capitán, os costará mucho trabajo cazar la paloma silvestre.

—El peligro es un estímulo, mi general, contestó Estrelles, y las dificultades aumentan el placer. El

capricho, porque no era más que un capricho, se ha convertido en deseo violento.

El general y el capitán iban á tomar el camino de Penhoet para volver á Santa Gilda, y la señorita de Fonterose y sus demás huéspedes, el del bosque.

Jacobo y Corentin dejaron las parihuelas en el suelo, retrocediendo algunos pasos para ver pasar la calgata.

Nicolasa se detuvo delante de Corentin.

—¿Venís de Santa Gilda? le preguntó.

—No, señora. Vuestra madre ha prohibido que cacemos en el bosque.

—Tengo noticias de esa orden, y siento no poder revocarla: primero, porque á mi edad no se tiene derecho á mandar, y despues, porque no me gusta con tradecir á mi madre. Ella dispone, y yo obedezco, unas veces sin grandes esfuerzos, y otras con verdadera repugnancia, como ahora. Somos parientes, ¿no es verdad? Corentin.

Corentin había permanecido en actitud hostil, si bien respetuosa, porque tenía el sombrero en la mano.

Pero al oír estas palabras, se sintió profundamente conmovido.

—Os agradezco en el alma ese recuerdo, murmuró.

—Siempre me he acordado de que éramos parientes, repuso Nicolasa.

El grupo de los huéspedes de Santa Gilda se acercó á Nicolasa.

¡Arrogante mozo! pensó la vizecondesa de Revilly, mirando fijamente á Corentin.

—El mas feroz de los dos, dijo el capitán en voz baja al general, es el de la blusa.

—Guardaos de él, capitán.

Y midiendo con una insolente mirada á Corentin de los pies á la cabeza, añadió:

—Este mozo sería un gran mosquetero.

—He oido hablar de que uno de vuestros abuelos asistió al combate de los Treinta, dijo la vizecondesa á Corentin.

—Sí, señora, contestó con marcada frialdad Corentin, ofendido por la curiosidad de que era objeto.

—¿Murió en el combate?

—No, señora, mató á todos sus enemigos.

El acento con que Corentin pronunció estas palabras impuso á todos los que las oyeron.

—Yo he creido que era el jabalí el que hablaba, dijo el capitán al general en voz apenas perceptible; sigamos nuestro camino, general.

Y Chamberfot y Estrelles espolearon sus caballos, siguiéndoles sus demás compañeros.

—¿Pensais quedaros aquí? preguntó Roger á Nicolasa.

—No, le contestó Nicolasa. Seguid á nuestros amigos mientras yo digo dos palabras á estos caballeros. Nos reuniremos dentro de un momento.

Roger obedeció.

Nicolasa, inclinándose sobre el cuello del caballo, dijo á Corentin.

—Necesito veros mañana.

—¿En el castillo?

—No.

—¿Dónde?

Nicolasa reflexionó un momento.

—En la Piedra de las Hadas.

—¿A qué hora?

—A las siete de la mañana.

—Allí estaré.

Nicolasa metió espuelas al caballo, reuniéndose con sus amigos algunos minutos despues.

—¿Os tratais con esas gentes? la dijo Roger con cierto desdén.

—Son primos míos, le contestó Nicolasa. ¿Qué os han parecido?

—Están bajo vuestra proteccion y no podría decirlos, sin temor de ofenderos, lo que me parecen.

—Entonces, decidse lo á mi madre, que los aborrece.

—¿Pues no habeis dicho que son primos vuestros?

—Sí. Mi bisabuelo fué un Kerandal, y de su hermano descenden Jacobo y Corentin. Me sé de memoria mi genealogía. Toda mi familia se reduce á esos dos hombres y sus hermanos. Mi madre tiene parientes, pero son muy lejanos.

—¿Y por qué los odia vuestra madre?

—Primeramente porque son pobres, y despues, porque matan la caza de sus bosques. ¿Qué sería de ellos si no cazaran? Ya se habrian muerto de hambre.

—¿No me habeis dicho que tienen un hermano que es labrador? Que trabajen la tierra como él.

—¿Lo hariais vos en su lugar, señor de Ambarés? preguntó Nicolasa á Roger con cierta acritud.

Roger la miró fijamente para adivinar su pensamiento.

—Sois demasiado indulgente con esos hombres, contestó mordiéndose los labios.

—Eso quiere decir que vos lo seriais menos que yo, ¿no es verdad? Si hubierais nacido con instintos de libertad y de independencía, y no tuvierais más que unas cuantas fanegas de tierra, ¿qué oficio elegiriais? ¿Las armas? Hoy la carrera militar no es carrera. El soldado está reducido al papel de máquina y puede ser muerto por un enemigo invisible situado á dos leguas de distancia. ¿Seriais notario? ¿Cajero de una tienda? Es preciso vivir de alguna manera. Ellos tienen el orgullo de su raza y no quieren vender su tiempo ni su trabajo. Prefieren comer un pedazo de pan cada veinticuatro horas.

—Con mucho calor les defendeis

—La injusticia con que mi madre les trata me subleva. ¡Y todo porque su madre no es noble! No era noble, pero era la mujer más hermosa de Bre-

taña; Santa, la joven que estaba á la ventana de la torrecilla de Penhoet es su vivo retrato. Preguntad al capitán Estrelles lo que le ha parecido. No ha hecho más que verla y ha quedado encantado de ella. Pero seguramente no se le ocurrirá pedir su mano. Es pobre, y nadie se casa ya más que por el dote. Pero hará mal en comprometerse en una aventura amorosa. Los guardias de corps de Santa, valen por un escuadron de caballería. Yo no participo de las preocupaciones de mi madre. Ninguna mujer se debe casar más que con el hombre á quien ame. Si fuese hombre tendría las mismas ideas. Me casaría con la mujer á quien amase, fuera pobre ó rica, noble ó plebeya.

—Estais verdaderamente enamorada de vuestros parientes.

—Les compadezco.

Ya era de noche cuando la cabalgata entró en Santa Gilda.

XX

La piedra de las hadas

Aquella noche llegó á Santa Gilda el Conde de Presle.

¡Catorce horas en camino de hierro! El Morbihan está al fin del mundo. El Conde estaba rendido, he-

cho pedazos; pero no pudo resistir á la tentacion de madrugar para ver el país á la luz del sol naciente.

Se vistió, reparó sus fuerzas con una copa de vino de España, y se asomó á la ventana, abrazando desde ella todo el magnífico paisaje que servia de fondo al castillo.

Eran las siete y media.

Un ligero golpe dado á la puerta, sacó á Máximo de su abstraccion.

—Adelante, dijo el marqués volviendo la cabeza.

Era Roger.

—¿Ya te has vestido? le preguntó.

—Tenia verdaderos deseos de orientarme. El país es delicioso. El castillo, una obra de arte maestra.

—Ya ves que no he exagerado. Todavía te falta admirar una cosa. La divinidad del castillo.

—¿De quién es ese caballo que se vé desde aquí?

—Es Záfiro.

—¿Záfiro?

—Sí, el caballo favorito de la señorita de Fonterose.

—¿Acostumbra á salir tan de mañana tu bella prometida?

—Es un tanto excéntrica.

—¿Cómo van tus asuntos?

—Están en buen camino. Ayer, de sobremesa, estuvo deliciosa. Me tiene encantado. La marquesa me ha dado también buenas esperanzas. Lo reune

todo: la hermosura, la discreción y el dote... Un dote colosal.

—He visto á Juana antes de partir.

Roger palideció.

—Está triste... inquieta...

—¡Silencio! No pronuncies aquí ese nombre. Los Fontrailles no saben nada; pero sospechan algo...

—También Juana sospecha. No la has escrito ni una carta.

—Sí, ayer la escribí, prometiéndola que nuestra separación será muy corta. Cuatro líneas nada más, ¿Qué quieres que la diga?

—Es verdad. La situación no puede ser más comprometida. ¿Dónde va tu futura á estas horas?

—No debe llevar objeto... Va á la ventura. Monta admirablemente.

—¿No se ocupa en nada?

—En nada. ¿Quieres que la sigamos?

—Podemos estorbarla, observó el Conde.

—Al contrario. Nos agradecerá la compañía. Un admirador más no estorba á ninguna mujer.

En efecto, Nicolasa, en traje de amazona, montaba en aquel momento á caballo.

Máximo y Roger bajaron precipitadamente la escalera, reuniéndose con Nicolasa en el mismo instante en que ésta se disponia á partir.

—Permitid que os presente á mi amigo Máximo, la dijo Roger.

—Ya tenia el gusto de conocer á este caballero, contestó Nicolasa dando la mano á Máximo. Siendo amigo vuestro el Conde de Presle, lo es mio tambien. La amistad no es como el amor. La amistad se puede compartir, y el amor no... segun dicen.

—¿Quereis que os acompañemos? preguntó Roger.

—Como querais, contestó Nicolasa indiferentemente, pero temo que os voy á perder, como ayer.

Y dirigiéndose á su palafrenero, añadió:

—Binic, ensilla á estos caballeros los caballos que elijan. Yo iré delante, al paso.

No habia andado cincuenta pasos, cuando vió á lo lejos al capitán Estrelles, que le salia al encuentro.

Este tambien se va á quedar á mitad de camino, pensó. Afortunadamente no es difícil hacer que se pierda.

—¿Hacia qué lado os dirigís, capitán? le preguntó Nicolasa.

—A ninguno y á todos. No llevo objeto.

—¿No ibais hacia Penhoet?

—Tal vez. Es una aldea perfectamente situada, y quiero tomar un apunte de ella.

—Pues buen viaje, capitán.

Roger y Máximo siguieron á Binic á las cuadras.

—Mucha prisa tendrán que darse los señores á elegir caballo, si desean alcanzar á la señorita. Aunque quiera, no podrá contener á Záfiro, que no está

acostumbrado á andar al paso. No hay mejor caballo en toda la Bretaña... Conoce el país palmo á palmo...

—¿De manera que se necesita conocer el país para no exponerse á dar un mal paso, preguntó Máximo?

—Las lagunas son muy peligrosas. La señorita pasa con Záfiro por donde no pasa nadie. Es valiente como ella sola. Pero siguiéndola, no hay cuidado.

Máximo y Roger mentaron á caballo, lanzándose al galope en la misma direccion que habia tomado Nicolasa.

Por mas que corrian no acababan de alcanzarla.

Záfiro iba devorando el espacio, pero al llegar á la entrada del bosque se detuvo.

—Un hombre salió de entre los árboles á recibir á Nicolasa.

—Buenos días, Juanillo, le dijo Nicolasa.

Máximo y Roger, gracias á esta parada, alcanzaron á Nicolasa, pero se detuvieron á algunos pasos.

—¿De dónde vienes? preguntó Nicolasa á Juan.

—Vengo de Penhoet. He ido á saber cómo sigue la señora Kerandal.

—¡Pobre mujer! exclamó Nicolasa. ¡Siempre sufriendo!

—Sí, señorita. Tiene un mal desconocido. La tristeza la consume lentamente.

—¿Y los demás? ¿Les falta algo?

—No, señorita, pero también están tristes. Como vuestra madre...

—Díles de mi parte que tengan paciencia. Mi madre quiere casarme para retirarse á sus posesiones del Mediodía. Despues ya veremos lo que sucede.

Y metiendo espuelas al caballo, saltó la zanja que servia de lindero al bosque.

Cuando Máximo y Roger quisieron recordar, se habia perdido de vista nuevamente.

En mitad de la landa de Santa Gilda se eleva, sobre una pequeña eminencia, una enorme piedra de mas de quince piés de altura.

En el país la llamaban la *Piedra de las Hadas*.

Hubieran necesitado Roger y Máximo ser del país para seguir á Nicolasa por aquel laberinto de caminos, veredas, fosos y precipicios.

Al pié de la Piedra de las Hadas esperaba un hombre, apoyado en el cañon de su escopeta.

Miraba á todos lados con inquietud y de cuando en cuando, se secaba el sudor de la frente con el revés de la mano.

Aquel hombre era Corentin Kerandal.

¿Acudiria Nicolasa á la cita? ¿Qué tendria que decirle? ¿Habria adivinado que la amaba como un loco?

No. Si hubiera adivinado su amor no le habria citado en un sitio donde no podia esperar auxilio humano. ¿Le amaria? ¡Imposible! No llegaba el orgullo de Corentin hasta el punto de forjarse esta ilusion.

Sin embargo, Nicolasa iba á llegar de un momento á otro, entregándose desarmada á su lealtad.

¿Por qué cometeria aquella imprudencia, sabiendo que era el único obstáculo que se oponia á la felicidad de los Kerandal, y por consiguiente que los Kerandal debian odiarla?

Corentin no sabia qué pensar.

Tuvo miedo de sí mismo y arrojó la escopeta entre los juncos, que crecian alrededor de la Piedra de las Hadas.

Despues se echó en el suelo y como los centinelas de escucha, aplicó el oído á la tierra.

Sus ojos se dilatáron. Alguien se acercaba. Se levantó. Nicolasa estaba ya delante de él.

—Buenos dias, Corentin, le dijo. Os agradezco mucho que hayais venido. Tengo que hablaros.

Corentin, á pesar del dominio que tenia sobre sí mismo, temblaba como un azogado.

Aquel hombre, tallado en mármol como un atleta de la antigüedad, tenia miedo delante de aquella niña que parecia hecha de cera.

Instintivamente se llevó la mano al sombrero y se le quitó.

—Cubrios, primo, le dijo con dulzura Nicolasa.

Corentin estaba pálido, casi cadáverico.

Toda la sangre de su cuerpo se habia agolpado á su corazón, que palpitaba fuertemente.

—Sed franco conmigo, le dijo Nicolasa. ¿No es verdad que os asombra verme aquí?

—Es verdad, balbuceó Corentin.

Y recobrando su presencia de ánimo añadió:

—¿No os causa miedo de estar sola conmigo en medio de este desierto?

—¿Por qué he de tener miedo? Sois uno de mis parientes, y espero que sereis uno de mis mejores amigos.

Corentin no supo qué contestar á estas palabras, pronunciadas con una sencillez y un calor que conmovieron todas las fibras de su alma.

Creía que iba á luchar con una gran señora, engreída de su nobleza y de su fortuna, y se encontraba con una mujer que le hablaba con cariño y de igual á igual.

Estaba desarmado, y lo mismo que sus sentimientos, se trasfiguraron sus facciones.

El mismo se desconocía.

—Os debo una explicacion, Corentin, añadió Nicolasa, y voy á dárosela. Ya estoy en edad de pensar y de obrar conforme á mis inclinaciones. Mi madre abraza sentimientos, respecto á vuestra familia, de que yo no participo. Mi vida retirada del mundo me ha hecho pensar en muchas cosas, en que no me hubiera fijado siquiera viviendo de otro modo. Sois pobres, primo mio. Tambien yo he podido serlo. La casualidad del nacimiento ha puesto en mis manos

los bienes de la familia. Ibo, vuestro hermano, á quien admiro siempre que lo veo al atravesar los campos al galope de mi caballo, trabaja la tierra como el último campesino. Y sin embargo, por nuestras venas corre la misma sangre. Quiero servirlos de algo, y vengo á suplicaros que me ayudeis en esta empresa. Dentro de algunos dias seré mayor de edad. Hasta aquí he obedecido ciegamente. Mis veintinueve años me dan derecho para mandar. Esto es lo que tenia que deciros. Los miembros de una misma familia, como las raíces de un árbol, deben sostenerse unos á otros, uniéndose estrechamente. ¿Me comprendeis?

—Sí. ¿Qué quereis que haga?

—Lo pensaremos cada uno por su lado, y nos veremos con frecuencia para comunicarnos nuestras impresiones. Pero no quiero que lo sepa nadie. Lo primero que os recomiendo es el secreto.

—Os obedeceré en todo.

—Dadme la mano, y aseguradme que no me quereis mal por los caprichos y las rarezas de mi madre. Debo respetarla; pero confiad en mí. Procuraré conciliar mi veneracion por ella, con mi cariño por vosotros.

Nicolasa acentuó estas palabras tan fuertemente, que Corentin, sin saber lo que hacia, se arrodilló respetuosamente delante de ella, y cogiéndola una mano se la llevó á los labios.

— Sois un angel, señorita Nicolasa, exclamó. Perdonadme que no lo haya conocido antes.

— Eso quiere decir que teníais formada muy mala idea de mí, repuso Nicolasa sonriéndose.

Corentin se levantó y clavó una mirada en el semblante de Nicolasa, que debió llegar hasta el fondo de su alma.

— ¿Quereis saber lo que pensábamos de vos? exclamó. Sólo mandándomelo me atrevería á deciroslo. Pensábamos mi hermano y yo, por que estamos unidos como los antiguos hermanos de armas que daban su sangre los unos por los otros, pensábamos que érais tan orgullosa como bella, porque sois bella, señorita, tan bella, que para alcanzar vuestro amor estarían justificados, no ya los mas grandes sacrificios, sino hasta los mayores crímenes... ¡Hasta la perdicion eterna!... Pensábamos que nos mirábais, como á seres inferiores, de raza vil, destinados á servir de escabel á los grandes señores que os rodean, como ese hombre, ese Roger de Ambarés, que cabalgaba ayer á vuestro lado; como ese capitán ¡miserable! que se atrevió á mandar un beso á Santa. Decidle que vea lo que hace, si no quiere que mi hermano ó yo le metamos una bala en la cabeza. Le odio por instinto. Sin embargo, odio mas al otro.

— ¿Por qué? se apresuró á preguntar Nicolasa.

— No lo sé, ó mas bien, no quiero saberlo. Tal vez os disgustaríais conmigo, señorita Nicolasa, y

antes que enojaros, me dejaria hacer pedazos. Pensábamos que érais enemiga nuestra irreconciliable... Pensábamos... Nos hemos equivocado, hemos sido injustos... Teneis el alma demasiado noble para avergonzaros de nosotros... No habeis olvidado que corre la misma sangre por nuestras venas... ¡Dios os bendiga, señorita Nicolasa! Los Kerandal no necesitan que nadie los socorra. Viven con poco como los soldados en campaña. Sólo tienen una aspiracion. Quieren que se les dé la mano como á amigos y servidores desinteresados, que se dejarán hacer pedazos por los suyos, sin esperanza de recompensa. Vos nos la habeis dado. No lo olvidaré nunca, y el calor de vuestra mano permanecerá siempre vivo en mis labios y en mi corazon. Os odiaba, por que...

— ¿Y ahora? le interrumpió Nicolasa.

— Ahora os amo, os adoro...

Se detuvo como asustado por su audacia, y despues de un momento de silencio, añadió:

— Como á una hermana, como á Santa, como á un ángel de paz y de bondad.

— ¿Sí? le contestó Nicolasa, conmovida por la exaltacion de Corentin y por el fuego que despedían sus ojos.

— ¡A fé de caballero! exclamó Corentin bajando la cabeza y poniéndose una mano sobre el corazon.

— Yo tambien os amaré, Corentin, repuso Nicolasa. Os lo juro. Ahora es preciso separarnos. Me delen

estar buscando mis acompañantes, á quienes he plantado en mitad del camino.

—No les envidio mas que en una cosa, dijo con amargura Corentin. Ellos os pueden ver, hablar, seguir...
—¿Y qué creéis que ganan con eso?
—Y como son ricos serán dichosos.
—¿Por qué?
—Dicen que el señor de Ambarés se vá á casar con vos.
—En efecto, mi madre lo desea.
—¿Y vos?
Nicolasa clavó sus ojos en los de Corentin.
—El matrimonio es una cosa muy grave, y como dice el refran, antes de casarse hay que pensarlo mucho. Pensaré lo que debo hacer y veremos... No me deslumbran la fortuna ni la elegancia, Corentin. Estad seguro de que no me uniré nunca sino con el hombre de quien verdaderamente esté enamorada.
Nicolasa pronunció estas palabras con una gravedad que no estaba en su carácter y que hubiera llamado la atención de un hombre mas suspicaz que Corentin.
Luego, recobrando su habitual jovialidad, añadió:
—Adios, primo, hasta la vista. No olvidéis el camino de la Piedra de las Hadas. Habels prometido bajo la fé de caballero hacer todo lo que os mande. Os mando volver aquí. Aquí nos veremos.

Corentin volvió á besar la mano á Nicolasa, y ésta, metiendo las espuelas al caballo, desapareció por entre las tortuosas veredas que conducian á la Piedra de las Hadas.

XXI.

Lo que aman las muchachas.

Cuando el capitán Estrelles se despertó, bullían en su cabeza proyectos maquiavélicos.

Se levantó, se puso su traje de campo mas elegante, se atusó los bigotes con mas cuidado que nunca y, ginete en uno de los mejores caballos de las cuadras de la marquesa, tomó el camino de Penhoet, donde, como hemos visto, se cruzó con la señorita de Fonterose.

Partidas de caza verdaderamente régias; una mesa espléndida y buenos caballos para pasearse: sólo le faltaba, para dar por bien empleado su mes de licencia, una conquista amorosa.

Su primera excursion á Penhoet habia sido un rayo de luz.

Al ver á Santa asomada á la ventana de la torre-cilla de la casa de los Kerandal, hubiera podido exclamar como Arquímedes: «La he hallado...»

El capitán Estrelles no era de los hombres que vacilan en sus resoluciones. Habia nacido para poner

estar buscando mis acompañantes, á quienes he plantado en mitad del camino.

—No les envidio mas que en una cosa, dijo con amargura Corentin. Ellos os pueden ver, hablar, seguirnos...

—¿Y qué creéis que ganan con eso?

—Y como son ricos serán dichosos.

—¿Por qué?

—Dicen que el señor de Ambarés se vá á casar con vos.

—En efecto, mi madre lo desea.

—¿Y vos?

Nicolasa clavó sus ojos en los de Corentin.

—El matrimonio es una cosa muy grave, y como dice el refran, antes de casarse hay que pensarlo mucho. Pensaré lo que debo hacer y veremos... No me deslumbran la fortuna ni la elegancia, Corentin. Estad seguro de que no me uniré nunca sino con el hombre de quien verdaderamente esté enamorada.

Nicolasa pronunció estas palabras con una gravedad que no estaba en su carácter y que hubiera llamado la atención de un hombre mas suspicaz que Corentin.

Luego, recobrando su habitual jovialidad, añadió:

—Adios, primo, hasta la vista. No olvidéis el camino de la Piedra de las Hadas. Habels prometido bajo la fé de caballero hacer todo lo que os mande. Os mando volver aquí. Aquí nos veremos.

Corentin volvió á besar la mano á Nicolasa, y ésta, metiendo las espuelas al caballo, desapareció por entre las tortuosas veredas que conducian á la Piedra de las Hadas.

XXI.

Lo que aman las muchachas.

Cuando el capitán Estrelles se despertó, bullían en su cabeza proyectos maquiavélicos.

Se levantó, se puso su traje de campo mas elegante, se atusó los bigotes con mas cuidado que nunca y, ginete en uno de los mejores caballos de las cuadras de la marquesa, tomó el camino de Penhoet, donde, como hemos visto, se cruzó con la señorita de Fonterose.

Partidas de caza verdaderamente régias; una mesa espléndida y buenos caballos para pasearse: sólo le faltaba, para dar por bien empleado su mes de licencia, una conquista amorosa.

Su primera excursion á Penhoet habia sido un rayo de luz.

Al ver á Santa asomada á la ventana de la torre-cilla de la casa de los Kerandal, hubiera podido exclamar como Arquímedes: «La he hallado...»

El capitán Estrelles no era de los hombres que vacilan en sus resoluciones. Habia nacido para poner

en práctica el precepto de Horacio: «Corre tras el desenlace.»

En asuntos de amor hacía mas que correr, volaba. Su plan estaba trazado.

Cuatro ó seis días para establecer sus baterías alrededor de la plaza y levantar las trincheras; dos ó tres para dar el asalto, y el resto del mes para gozar de su victoria.

Cuando estuvo á corta distancia del castillo, encendió un cigarro y tomó al trote el camino de Penhoet, donde llegó una hora despues.

Al entrar en la plaza, vió á José, el muchacho que cuidaba de las vacas de los Kerandal, y le llamó.

José venia de llevar una carga de legumbres al señor rector y de convidarle á probar aquella noche la carne del jabalí que el dia antes habian cazado Corentin y Jacobo.

—¿Es esa la casa de los Kerandal, muchacho? le preguntó el capitán señalando la casa solariega de los ilustres bretones.

—Sí, señor, le contestó José, despues de vacilar un momento. Esa es.

—¿Dónde están en este momento los Kerandal?

—Jacobo y Corentin han salido de casa.

—¿Iban lejos?

—No me lo han dicho ni yo se lo he preguntado. Michaud va con ellos. El señor Ibo, mi amo, está trabajando en el campo.

—¿Luego tú sirves al señor Ibo cuando le llamas amo?

—Sí, señor, soy criado de la casa.

—¿Cómo te llamas?

—José Treneuse.

—¿No ha quedado nadie en la casa?

—Sí, señor; Santa, porque su madre está en la iglesia, donde se pasa todo el dia, y Catalina ha ido á llevar las vacas al prado.

—¿Quién es Catalina?

—La criada.

El capitán sacó una moneda del bolsillo y se la enseñó á José, que retrocedió deslumbrado como si hubiera visto los tesoros de Golconda.

—Toma esta moneda, y pregunta á tu señorita si me permite ver la casa para sacar una copia de ella.

—Sí, señor.

—¿Crees que accederá á mi pretension?

—¿Y por qué no ha de acceder? contestó José. La señorita es muy buena. Y si quereis comer un pedazo de carne de jabalí ó beber un vaso de sidra, os le dará.

—Vé, que tengo prisa.

El capitán se acercó á la casa, mirando fijamente á las ventanas, que estaban entornadas.

Santa, que estaba detrás de una de ellas, le vió, y con la coquetería natural en las mujeres, se acercó al espejo y se pasó un peine por la cabeza.

Al saber por José que el desconocido solicitaba ver la casa para sacar una copia de ella, sintió que se le oprimía el corazón, comprendiendo que no iba á sacar una copia de la casa, sino á verla á ella.

Pero no obstante, bajó precipitadamente la escalera para recibir al capitán, que esperaba la contestación de José en el portal de la casa con el caballo del diestro.

Santa dudaba de la elegancia de su traje; pero estaba segura de su hermosura.

Al verla, el capitán se inclinó respetuosamente.

—Me han hecho en Santa Gilda tan grandes elogios del mérito artístico de esta casa, dijo á Santa, que deseo tomar algunos apuntes de ella si me lo permitís.

La emoción no dejó á Santa contestar mas que con un movimiento de cabeza afirmativo.

El capitán dió las riendas del caballo á José, y se puso á examinar la casa, sin apartar los ojos de Santa.

—Mejor se podría sostener un sitio en esta casa que en algunas fortalezas, dijo Estrelles. Con una guarnición resuelta sería empresa larga y difícil tomarla.

Y calculando que José no podía verlos ni oírlos, se acercó á Santa resueltamente, y la dijo:

—Ya habreis comprendido, señorita, que no me ha traído aquí el mérito artístico de vuestra casa, sino vuestra deslumbradora hermosura.

—¡Caballero! murmuró Santa.

—Dejadme hablar, señorita, prosiguió el capitán. No teneis nada que temer de mi. Ayer os vi por primera vez, y desde aquel momento me dije que mi vida tenia un objeto, y que ese objeto estaba en esta casa. No me digais que para enamorarse de una mujer se necesita mas que verla. Es una vulgaridad. El amor nace en el momento en que se encuentran dos seres destinados el uno para el otro. No os exijo que me ameis como yo os amo. Sólo os pido que me permitais veros y escribiros hasta que, comprendiendo que debemos pertenecernos por ley del destino, correspondais á mi amor. Todos los dias vendré á Penhoet, Asomaos á la ventana.

Y sacando del bolsillo un libro de memorias, escribió en una de sus hojas estas palabras:

«Santa, juro amaros toda la vida.—ROBERTO.»

Y se lo dió á Santa.

Santa lo tomó, pero no desplegó los labios.

¡Tan grande era su emoción!

Un momento despues partía el capitán, y Santa recomendaba á José que no dijese á nadie que habia estado en Penhoet y en casa de los Kerandal uno de los huéspedes de Santa Gilda.

XXII.

Los dos hermanos.

Corentin permaneció largo tiempo en la Piedra de las Hadas, preguntándose si habría sido víctima de un sueño.

Aquella mujer, á quien, si no su enemiga, creia al menos indiferente á la suerte de sus parientes, tratados con tan soberano desdén por la marquesa de Fonterose; aquella mujer, que debia abrigar respecto á los Kerandal las mismas preocupaciones que su padre y su madre y las mismas hostilidades, acababa de darle la mano de amigo y habia apagado todo su odio como se apaga una luz al mas leve soplo.

¿Era esto posible?

Corentin lo dudaba, á pesar de la evidencia.

Cuando perdió de vista á Nicolasa, cogió la escopeta, que habia arrojado entre los juncos, se la echó al hombro, y abandonó aquellos lugares que debian ejercer tan gran influencia en su vida.

Habia dicho «á fé de caballero» y estaba dispuesto á cumplir su palabra, aunque tenia demasiado ligero el bolsillo para sostener dignamente aquel título.

Las palabras de Nicolasa, convirtiendo su odio en cariño, habian descargado á Corentin de un gran peso.

¡Pero no, era imposible!

Él, un salvaje sin educacion, un hombre de campo que habia hecho la guerra como simple soldado, no podia ser objeto del amor de una mujer como Nicolasa, rica, distinguida y elegante.

Nicolasa le compadecia. Esto era todo. Y aun esta compasion no pasaria de ser un capricho.

Al desembocar de uno de los senderos del bosque, sintió que una mano se posaba en su hombro, y volviéndose bruscamente, se halló delante de Jacobo, con su espesa cabellera caída sobre el cuello, sus grandes ojos redondos, sus espesas cejas y su enorme cabeza, parecida á la del condestable Duguesclin, el hombre mas rudo y peor encarado de su época.

Corentin retrocedió un paso.

Por primera vez le dió miedo el semblante de su hermano.

Jacobo habia abierto un abismo entre la señorita de Fonterose y los Kerandal.

Sus manos estaban manchadas con la sangre del marqués de Fonterose.

¡Si Nicolasa llegara á saberlo!

El habia aconsejado el crimen y su hermano le habia consumado.

Una barrera insuperable se levantaba entre él y el paraíso que habia soñado.

—¿Vienes de las landas? le preguntó Jacobo.

—Sí.

—¿Has visto á la señorita?

—¡Cómo! ¿Sabes?...

—No sé nada. Te pregunto. La he visto salir del bosque á escape. La he tenido á tiro de mi escopeta. Con tocar al gatillo hubiera acabado todo. Después hubiéramos arrojado su cadáver á la laguna, que no habla. Espero tus órdenes. ¿Cuándo me las darás?

Corentin se estremeció.

—No es tiempo todavía, dijo.

Jacobo le miró de una manera particular.

—También he visto á su futuro, añadió. Iba acompañado de un hombre rubio. El otro es moreno. Nicolasa les había plantado en mitad del camino. Estaba detrás de un árbol y oí su conversacion. El rubio decía al moreno:—«Es preciso que te des prisa, Juana sospecha y puede caer aquí el día menos pensado como una bomba.»—El moreno, al oír estas palabras, se puso muy pálido y se mordió las uñas de cólera. Indudablemente ese señor Ambarés es un buen mozo, pero vales tú más que él. Yo, por el contrario, soy feo y repugnante. Nunca he sentido hasta ahora no parecerme á ti.

Siguieron andando uno al lado del otro, hasta que Jacobo se detuvo de nuevo y preguntó á Corentin:

—¿Qué ha ido á hacer la señorita á la Piedra de la Hadas? Tú debes saberlo...

—¿Por qué?

—Tú conoces sus secretos. Ayer se separó de sus compañeros de expedicion para hablarte á solas. ¿Que te dijo?

—Me preguntó cómo seguía nuestra madre.

—¡Bah!

—El estado de nuestra madre llama la atención á todo el mundo. El señor Lesguidou, el notario, esa víbora venenosa, dice que tiene visiones que no son naturales y que debería interrogarla el señor juez.

—¡Interrogarla! ¿Sobre qué?

—¿Lo sé yo, por ventura? El señor Lesguidou nos ha querido siempre mal.

—El día que menos lo espere nos las pagará todas juntas.

Corentin se quitó el sombrero y se enjugó el sudor de la frente con la palma de la mano.

El pasado de su familia se le representaba con todos sus horrores, sobrecogiéndole de espanto.

Cada vez le parecía más imposible la redencion que le había hecho entrever Nicolasa con sus dulces palabras.

Un soplo bastaría á deshacer todos sus sueños de ventura y de grandeza.

El señor Lesguidou no había perdonado á los Kerandal que se escapasen de entre sus uñas en el momento que iba á aniquilarlos.

Hacia diez años que les espiaba cautelosamente;

pero, gracias á Ibo, no habian vuelto á caer en sus manos.

Adivinó que los Kerandal tenian un secreto, y cuanto mas tiempo tardaba en penetrarlo, mayor era su irritacion.

Ochenta mil francos no se encuentran debajo de una piedra.

Los Kerandal habian pagado todo lo que debian. ¿De dónde habian sacado el dinero?

Este era el secreto que perseguia el señor Lesguidou.

La historia de la dolencia de María Ana empezaba á preocuparle.

Siempre que iba á Penhoet, preguntaba á Cahusac, el herrero, por María Ana.

La hermosa hija de Guehennec se veia asaltada frecuentemente de terrores súbitos, de crisis violentas, y las pasaba encerrada en su cuarto, sin dejarse ver de nadie.

Cahusac, que no tenia motivos para desconfiar del señor Lesguidou, le daba todos estos detalles con la mejor buena fé del mundo.

El Sr. Lesguidou afectaba la mayor conmiseracion, pero allá en su fuero interno levantaba acta de todos ellos, para ir formando su composicion de lugar.

Las mismas preguntas que á Cahusac dirigia el señor Lesguidou á Juan, el guarda, siempre que le veia.

Pero Juan era mas astuto que Cahusac; no decia mas de lo que le convenia decir.

El señor Lesguidou creia tener un hilo de la trama y buscaba los demás sin descanso.

—¿En qué piensas? preguntó Jacobo á Coirentin, despues de haber andado una legua sin desplegar los labios ni uno ni otro.

—Pienso en que somos unos bribones, contestó Coirentin.

—Mucho has tardado en conocerlo, repuso Jacobo, acompañando sus palabras con una ruidosa carcajada. ¿Te ha inspirado el diablo la idea de arrepentirte? Harás un buen ermitaño. Sobre todo, no faltarian muchachas hermosas en tu ermita. ¿Pero, qué sería de mí sin tu concurso? Tú eres la cabeza, yo soy el brazo, Coirentin.

El ruido de un carruaje, que avanzaba lentamente por el camino, interrumpió á Jacobo.

Los dos hermanos retrocedieron algunos pasos, ocultándose detrás de los árboles del camino.

Era el carruaje del señor Lesguidou é iba conducido por él mismo, siguiéndole á corta distancia Michaud, el cabo de gendarmes.

Al llegar frente al sitio en que estaban ocultos los dos hermanos, el Sr. Lesguidou detuvo el carruaje para dar algunos momentos de descanso al caballo.

—Desde Póringuen hasta Santa Gilda hay mayor distancia de la que puede soportar mi caballo sin to-

mar aliento. Tampoco al vuestro, Sr. Michaud, le vendrá mal este descanso ¿Conque quereis casaros con la pequeña Kerandal?

—Sí, señor. Hoy mismo pienso presentar mi candidatura. Aquí, para entre nosotros, creo que será bien recibida.

—¿Tan prendado estais de Santa?

—Me tiene sorbidos los sesos, señor Lesguidou. ¡Es encantadora!

—Pero no tanto como lo ha sido su madre. Era la mujer mas hermosa del país en su tiempo. Yo me hubiera casado con ella, aunque era pobre de solemnidad, Pero ella prefirió á Kerandal. Ahora pue-
de que la pese. ¿De manera que estais decidido?

—Sí.

—¿Entonces, ¿por qué me habeis consultado si debíais casaros ó no?

—Estoy decidido, sin estarlo. Espero vuestra opinion para acabar de decidirme. Sois del país y conocéis el mundo. En diez leguas á la redonda no hay muchacha mas hermosa, como vos mismo habeis confesado, y respecto á la familia á que pertenece, no hay nada que decir. Es la mas noble de Bretaña.

—A mí no me gusta hablar mal de nadie, pero tratándose de vos, debo ser franco. Se habla mucho de la familia Kerandal. La historia de su padre muerto á media noche al borde de un barranco...

—Un accidente, objetó el gendarme.

—¡Un accidente! repitió el señor Lesguidou sarcásticamente. Esa explicacion de su muerte, nunca me ha satisfecho. Además, hay otro misterio en esa familia. ¿De dónde puede haberles venido el dinero con que han pagado sus deudas? ¿Y la muerte del marqués de Fonterose? Han acusado de ella á los soldados que le acompañaban, y uno de ellos era Jacobo Kerandal. Otra cosa que no está clara.

—Son fábulas que han inventado las gentes para desacreditar á esa familia, exclamó Michaud. La calumnia no respeta á nadie... Ni á vos mismo, señor Lesguidou.

El señor Lesguidou prosiguió, encogiéndose desdenosamente de hombros, y clavando una mirada de compasion en Michaud:

—Solamente en el castillo de Santa Gilda no se saben estas cosas. Sin embargo, yo creo que la señora marquesa sospecha algo. ¿De qué puede provenir la locura de María Ana? Dicen que se la aparecen los muertos... Vendrán á pedirla justicia contra los Kerandal porque ella siempre ha sido buena y es incapaz de hacer daño á nadie... No os aconsejo, que entreis en esa familia.

Michaud escuchaba con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Amaba realmente á Santa y no podía resignarse con la idea de prescindir de ella.

—No, no, exclamó, nada de lo que se dice de los

Kerandal es verdad... Si hubiera pruebas, la justicia habría intervenido ya en los crímenes de que se les acusa.

—La justicia es ciega, repuso el señor Lesguidou, y los Kerandal muy hábiles. Cazan de noche como los lobos y no es fácil sorprenderlos *infraganti*.

—Santa es un ángel, dijo Michaud.

—Pero es una Kerandal, replicó el señor Lesguidou.

Y dando un latigazo al caballo, puso el carruaje en movimiento.

Cuando le perdieron de vista, Corentin y Jacobo salieron de su escondite.

Corentin estaba pálido como un muerto.

Las facciones de Jacobo revelaban la misma indiferencia de siempre.

—¿Has oído? preguntó Jacobo á Corentin.

—Tienes razón, dijo Corentin con voz ahogada. El gran castillo no puede hacer las paces con el pequeño. Y, sin embargo...

Se detuvo

El carruaje del señor Lesguidou volvía sobre sus pasos, y los dos hermanos volvieron á ocultarse detrás de los árboles.

Al pasar por delante de ellos, murmuró Jacobo con voz ronca:

—Señor Lesguidou, otro día arreglaremos esta cuenta.

XXIII.

Una revelacion.

Dos ó tres veces habia escrito Roger al judío Blunner, participándole los rápidos progresos que iba haciendo en el corazón de su prometida, que sería su mujer en breve plazo.

Por este lado, nada tenía que temer el amante de Juana, ó al menos él así lo creía, y Blunner, por su parte, estaba tan tranquilo, que no tuvo inconveniente en hacerse cargo del pago de algunas pequeñas deudas de Roger.

Pero, al hacerlas efectivas, supo cosas que ignoraba.

Roger tenía una querida.

Vivía en un hotel de la calle de Atenas.

Se llamaba Juana.

No se la conocía otro nombre.

Entre otros vicios, los judíos tienen el de la curiosidad.

Los pequeños acreedores de Roger ponderaron á Blunner la hermosura de Juana, diciéndole uno de ellos que si aquel amor no estaba legitimado, lo estaría en breve, según palabra de honor dada por Ambarés.

Este misterio empezó á inquietar á Blunner.

Podía encerrar un peligro para el matrimonio de Roger con la señorita de Fonterose, única esperanza que tenía de realizar sus setecientos mil francos.

Blunner no se fiaba de nadie para los asuntos que le interesaban, y en vez de valerse de una segunda persona para inquirir los informes que necesitaba, se decidió á ir él mismo á ver á Juana, y una tarde, vestido con su mejor traje, se presentó en el hotel de la calle de Atenas.

Cuando Blunner entró en el salon, Juana estaba delante de una mesa escribiendo.

Al ver al desconocido, dejó la pluma sobre la mesa y señaló una silla á Blunner para que se sentara.

Blunner aceptó el ofrecimiento.

—Señora, dijo, os extrañará mi visita, no teniendo el honor de figurar entre vuestros amigos; pero necesito saber dónde está el señor de Ambarés, con quien tengo asuntos de gran importancia. Me han dicho que ha salido de París hace algunos dias.

—En efecto, contestó Juana.

—¿Sabeis y podeis decirme la causa de su ausencia?

Tiene una gran casa, un rico mobiliario, carruajes, caballos y criados, y vive como un príncipe. Juzgando por las apariencias, cualquiera le creeria millonario.

Juana permaneció inmóvil.

—Vos tambien teneis un precioso hotel, prosiguió

Blunner sin inmutarse. Pero, por desgracia, la fortuna del señor Ambarés es impotente para sostener por mas tiempo su lujo y el vuestro. El edificio se ha cuarteado y amenaza ruina.

Juana volvió los ojos hácia la mesa y los fijó en la tarjeta del desconocido.

El nombre de Blunner, escrito en ella, no le era desconocido.

Le habia oido pronunciar á alguien en alguna parte, no sabia á quién, tal vez á su padre.

Juana no contestó á esta pregunta.

—Ya me figuraba yo que la ignoraríais, añadió Blunner. Hay detalles que no pueden confiarse ni á los amigos mas íntimos.

Juana se estremeció.

—No creo, dijo, que el señor Ambarés tenga secretos para mí.

—Sí, contestó brutalmente el judío. Un hombre siempre tiene secretos para una mujer. Y esto es tan cierto, que tengo la seguridad de que ignorais en absoluto los proyectos de vuestro amante.

Juana tuvo que hacer un vi lento esfuerzo para no dejarse llevar de la cólera y hacer que sus criados pusieran en mitad de la calle á aquel insolente.

Pudo preguntarle con qué derecho se mezclaba en sus asuntos: pero no desplegó los lábios, ni siquiera varió de actitud.

Blunner, desde que vió á Juana, se sintió profundamente impresionado por su hermosura.

Buscaba una querida, Juana realizaba su ideal. ¿Se la robaría á Roger? Nada mas facil. Era cuestion de dinero. Juana era un objeto de precio, pero Blunner era generoso cuando le convenia serlo.

Tomó aliento, y sin dejar de mirar á Juana, prosiguió su interrogatorio.

—¿Creiais rico al señor de Ambarés? preguntó.

Tampoco esta vez le contestó Juana.

El señor Ambarés, continuó el judío, pertenece á una raza de hombres que, en vez de gozar tranquilamente de sus rentas, entregando su fortuna á un hábil administrador, la derrochan sin compasion, creyendo que no se acabará nunca. Juegan á la Bolsa, siembran de dinero los clubs, y antes de declararse en quiebra, piden prestado más de lo que pueden pagar. Esta es la situación de vuestro amante. Si yo le pidiera hoy la liquidacion de nuestras cuentas, no tendria mañana una silla en que sentarse. Y más pronto ó más tarde tendré que pedirselo, porque soy inflexible en mis negocios, cuando no se trata de mujeres hermosas.

Juana sostuvo con impavidez la insolente mirada con que el judío acompañó estas palabras.

—¿De manera que Roger está perdido? preguntó rompiendo por fin su pertinaz silencio.

—No, contestó Blunner. Si yo me viera en el caso

del señor Ambarés, no habria salvacion para mí. El señor de Ambarés tiene un medio de salvarse. Vender su nombre y su libertad.

—¿Qué entendeis por vender su nombre y su libertad? preguntó Juana con ansiedad.

—Las personas de clase, cuando están arruinadas, buscan una mujer que tenga un gran dote y se casan con ella.

Blunner vaciló un momento, alarmado por la contraccion del semblante de Juana.

—No os detengais, dijo ésta con voz entera.

—En este caso se encuentra el señor Ambarés.

Un puñal que le hubiera clavado en mitad del pecho, no le habria hecho sufrir tanto como esta revelacion.

—Hablo en general, se apresuró á añadir Blunner.

—No trateis de ocultarme la verdad, porque todo lo que me habeis dicho lo sospechaba yo, repuso Juana. Tengo valor para oirlo todo. Acabad. ¿Roger se va á casar?

—Si puede, creo que sí.

—¿Estais seguro de ello?

—Estoy seguro.

—Basta de reticencias, dijo Juana levantándose y acercándose á Blunner. Roger me habia dado palabra de casarse conmigo. Me engaña. Necesito una prueba de su traicion. Dádmela.

—¿Dudais de mi palabra?

—No sé lo que pienso, no sé siquiera si vivo. ¿No lo conocéis? Creo que voy á perder el juicio. ¡Dios mío, cuánto sufro!

Y dirigiéndose hácia su *secretaire*, le abrió y sacó de él un legajo de cartas.

—Tomad, dijo á Blunner. Estas son las pruebas de lo que os he dicho. Dadme vos las pruebas de que Roger se casa. Es una infamia tan grande, que no me atrevo á creerla.

Blunner tenía el alma acorazada contra las lágrimas de las mujeres, y si bien se sintió un momento conmovido, aquella impresion duró sólo un instante.

Se trataba de salvar setecientos mil francos y para salvarlos necesitaba de toda su serenidad.

Convencer á Juana de su desgracia era darla armas para deshacer el matrimonio de Roger con la señorita de Fonterose.

La compasion es buena alguna vez, pero el dinero es bueno siempre.

—Se me figura que habeis dado demasiada importancia á mis palabras, dijo. He dicho lo que podia suceder, es decir, lo que sucede en casos semejantes. Este pudiera ser una excepcion. Y por otra parte, ¿de qué os quejais? Ambarés os sedujo con palabras. ¿Por qué no le pedisteis actos? Es la historia de siempre. Una modista ó una institutriz que se arroja en los brazos de un caballero, confiado en su palabra de ho-

ner. Y supongamos que vuestro amante tuviera el capricho de cumplirla. Estando arruinado, en vez de ser uno, seriais dos los que os muriéscis de hambre. Creed á mi experiencia, y si quiere casarse dejadle que se case: os ama, él volverá á vuestros brazos.

—Teneis razon, exclamó Juana, arrojando las cartas encima del *secretaire*. Ese hombre no vale una sola de mis lágrimas. Os doy las gracias por haberme sacado del error en que vivia.

—¿No os opondreis á ese matrimonio, en caso de que se verifique?

—No.

—¿Me dais vuestra palabra?

—Sí.

—Yo os prometo que no perdereis nada renunciando á Ambarés. ¿Me permitireis que vuelva á veros?

—Sí, volved dentro de algunos días. Necesito tranquilizarme. El golpe ha sido terrible, pero yo os demostraré que tengo fuerzas para soportarlo.

—Soy todo vuestro. Si necesitais algunos billetes de Banco, os los enviaré. ¿Cómo os llamais?

—Juana Trelan.

Al oír este nombre retrocedió Blunner, como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho.

—¡Juana Trelan! balbuceó.

—Sí. ¿Por qué os llama la atencion mi apellido?

—Por nada... por nada... ¿Sois de la isla de Borbon?

—En efecto.

—¿Hace mucho tiempo que estais en Francia?

—Diez años.

—He conocido á vuestro padre, y esta circunstancia...

—¡Ah! ¿Habeis conocido á mi padre?

—Sí, en el Havre. Creo que ha muerto.

—Sí.

—¿Dónde?

—Lo ignoro.

—¡Cosa mas singular! ¿Y su fortuna?

—Desapareció. A la vez quedé huérfana y pobre.

—¡Cosa más singular! volvió á decir Blunner. Repito que estoy enteramente á vuestra disposicion. Volveré.

Pero antes de salir se volvió, y mirando fijamente á Juana, añadió:

—¿Quedamos en que no os opondreis á ese matrimonio?

—Id tranquilo, le contestó Juana volviéndole la espalda.

En cuanto sintió cerrarse la puerta, Juana llamó á su doncella.

—Julia, le dijo, prepara mis maletas.

—¡La señora se va!

—Por ocho dias nada mas. Esta misma noche saldré de Paris.

—¿Acompañaré á la señora?

—No. Voy sola. No pongais en la maleta mas

que dos ó tres vestidos y otras tantas mudas de ropa blanca. En fin, lo absolutamente necesario. No perdais tiempo.

Cuando Juana se quedó sola, se dejó caer en una butaca y rompió á llorar amargamente.

¡Todo habia acabado para ella!

XXIV.

En pais desconocido.

Cuando Juana partió de la estacion de Montparnasse llevaba el corazon oprimido.

Apenas sabía donde iba.

Si miraba hácia atrás, veia las espinas que habian destrozando sus piés, y si miraba hácia adelante, se presentaba ante sus ojos un horizonte todavia mas triste.

Sólo servia de punto de descanso á su espíritu, combatido por tantos dolores, el recuerdo de los lejanos sitios en que habia corrido su infancia, allá, al otro lado del mar.

En la isla de Borbon habia pasado los diez primeros años de su vida, rodeada de toda clase de cuidados, servida por esclavas de color, durmiendo en los brazos de una mujer indolente y dulce y corriendo por las calles de árboles de una magnífica quinta á la italiana.

—¿Hace mucho tiempo que estais en Francia?

—Diez años.

—He conocido á vuestro padre, y esta circunstancia...

—¡Ah! ¿Habeis conocido á mi padre?

—Sí, en el Havre. Creo que ha muerto.

—Sí.

—¿Dónde?

—Lo ignoro.

—¡Cosa mas singular! ¿Y su fortuna?

—Desapareció. A la vez quedé huérfana y pobre.

—¡Cosa más singular! volvió á decir Blunner. Repito que estoy enteramente á vuestra disposicion. Volveré.

Pero antes de salir se volvió, y mirando fijamente á Juana, añadió:

—¿Quedamos en que no os opondreis á ese matrimonio?

—Id tranquilo, le contestó Juana volviéndole la espalda.

En cuanto sintió cerrarse la puerta, Juana llamó á su doncella.

—Julia, le dijo, prepara mis maletas.

—¡La señora se va!

—Por ocho dias nada mas. Esta misma noche saldré de Paris.

—¿Acompañaré á la señora?

—No. Voy sola. No pongais en la maleta mas

que dos ó tres vestidos y otras tantas mudas de ropa blanca. En fin, lo absolutamente necesario. No perdais tiempo.

Cuando Juana se quedó sola, se dejó caer en una butaca y rompió á llorar amargamente.

¡Todo habia acabado para ella!

XXIV.

En pais desconocido.

Cuando Juana partió de la estacion de Montparnasse llevaba el corazon oprimido.

Apenas sabía donde iba.

Si miraba hácia atrás, veia las espinas que habian destrozando sus piés, y si miraba hácia adelante, se presentaba ante sus ojos un horizonte todavia mas triste.

Sólo servia de punto de descanso á su espíritu, combatido por tantos dolores, el recuerdo de los lejanos sitios en que habia corrido su infancia, allá, al otro lado del mar.

En la isla de Borbon habia pasado los diez primeros años de su vida, rodeada de toda clase de cuidados, servida por esclavas de color, durmiendo en los brazos de una mujer indolente y dulce y corriendo por las calles de árboles de una magnífica quinta á la italiana.

Pero un día, su padre la llevó á la cabecera del lecho de la Santa mujer que la había mecido en sus brazos, y que antes de espirar, grabó un beso de indefinible amor en su frente.

Desde aquel día empezaron sus desgracias.

Su padre desapareció, desapareció su fortuna, y se encontró sola y pobre en el mundo, con su debilidad y con su hermosura, que era otro grave peligro para ella.

Un momento la sonrió la esperanza.

¡Pero cuántos años de amarguras y desengaños la iban á costar aquellas breves horas de confianza y de alegría!

Todo había concluido.

La disolución era completa.

Roger, á quien tanto había amado por creerle leal y generoso, la engañaba cobardemente.

En el primer momento de cólera, despues de la revelacion de Blunner, partió para Bretaña, sin un fin determinado, sin un plan preciso, por necesidad de distraerse, para cambiar de aire, para reponerse del terrible golpe que había recibido.

Pero, cuando mas serena, se preguntó para qué iba á Bretaña, estuvo á punto de apearse en la primera estacion y volver á París.

¿Qué bienes le podían resultar de aquel viaje?

¿Á quién, en un país completamente extraño, podría confiar sus quejas?

¿Al amante que la desdeñaba? Nunca se humillaría ante él.

¿Á la mujer que iba á ocupar en el corazón de Roger el lugar que á ella sola le correspondía?

La despreciaría.

¿Á qué, iba pues, á Bretaña?

¿Qué imán la atraía hácia aquel país?

Reflexionándolo bien, pudo al fin hallar la respuesta á esta pregunta.

A pesar de las advertencias del marqués de Presle, á pesar de la revelacion del judío Blunner, á pesar de la evidencia de su desgracia, no podía dudar de su amante é iba á Bretaña á convencerse por sí misma de la realidad de su infamia, que empezaba por privar á su hijo del nombre que le correspondía.

He aquí lo que pensaba hacer primeramente.

Despues se aconsejaría de su orgullo, y no de su amor, para saber lo que debía hacer.

Absorta en estos pensamientos, no se fijó en nada de lo que pasaba á su alrededor.

Cuando el tren llegó á Bellevue, giró en torno suyo una mirada.

Al extremo opuesto del vagón iban un caballero y una señora, y frente por frente de ella, un joven como de veinticinco á veintiseis años, rubio, con el pelo cortado á la inglesa y la barba cuidadosamente atusada.

—Iba leyendo un periódico, y gracias á su distrac-

ción, Juana pudo estudiar en su fisonomía sin que él notase el examen de que era objeto.

No halló en él nada que le llamase la atención, excepto la inteligencia que revelaba lo espacioso de su frente y la bondad que respiraba todo el conjunto de sus facciones.

¿A qué clase de la sociedad pertenecía aquel hombre?

Era difícil precisarlo.

Juana volvió á concentrarse en sí misma.

En Rambouillet, el caballero y la señora se apearon, dejando solos al joven rubio y á Juana.

El desconocido habia leído el periódico que llevaba en la mano, desde el título hasta el pié de imprenta.

Era *El Tiempo*.

Dobló el periódico y se lo metió en el bolsillo.

El semblante agraciado de la criolla debió producirle agradable impresion, porque no dejó de mirarla un sólo momento.

Sin embargo, tuvo que esperar á que el tren anduviera cuarenta ó cincuenta kilómetros para decidirse á dirigirla la palabra.

—¿Vais á Bretaña, señora? la preguntó.

Juana se levantó el velo y contestó con otra pregunta:

—¿Y vos, caballero?

—Soy breton. He acabado en París la carrera de

medicina, y aprovecho una ocasion que se me ha presentado para hacer una visita á mi familia, de la cual hace mucho tiempo que estoy separado.

—¿Cometeria una imprudencia preguntándoos á qué ocasion os referís?

—No, por cierto. Soy ayudante de un cirujano muy conocido. Acaba de practicar una operacion muy delicada á un viejo muy rico que habita en Lorient, y voy á asistirle hasta que termine su curacion. Lorient está muy cerca del pueblo de mi nacimiento, y podré ir con frecuencia á ver á mi familia.

—¿Cuál es el pueblo de vuestro nacimiento?

—Un pueblo que está á seis leguas de Vannes.

Juana respiró, comprendiendo que no tenia que temer nada de aquel joven tímido que cuando la miraba, se ponía encarnado como una mujer, y se expresaba con la mayor circunspeccion.

Además, no conociendo el país, la amistad de aquel jóven era para ella una verdadera adquisicion.

—¿Conoceis los alrededores de Vannes? le preguntó.

—Perfectamente.

—¿Sí?

—He nacido muy cerca de Vannes... En una especie de desierto.

—¿Cómo se llama?

—Penhoet.

—Nunca he oído ese nombre.

El joven se sonrió tristemente.

—No es extraño, dijo. Es un pueblo muy retirado, donde no va nadie. Sin embargo, depende de los vastos dominios de una familia poderosa.

—¿Cómo se llaman esos dominios?

—Santa Gilda de las Landas.

—¿Y su propietario?

—La marquesa de Fonterose. Tiene una hija que se llama Nicolasa.

Juana abrió los ojos desmesuradamente.

La casualidad tomaba parte en sus asuntos.

Necesitaba a toda costa hacerse amiga de aquel joven.

—¿Conoceis á la señora marquesa de Fonterose? preguntó el desconocido. Parece que su nombre os ha producido cierta emoción... No tendria nada de particular. Su marido, el marqués, ha dejado un nombre ilustre. Murió en la última guerra.

—¿Vuestro pueblo está situado cerca de Santa Gilda.

—En los mismos límites del bosque que pertenece al castillo. Allí habitan mi madre y mis hermanos. Yo hace más de diez años que abandoné el país?

—¿Por qué?

—Por una razón muy sencilla. Para estudiar y poder ganarme la vida. Lo necesito.

—¡Ah! exclamó Juana comparando interiormente sus respectivas oposiciones,

Y añadió en alta voz:

—Confieso que me inspirais una viva simpatía. Por eso voy á permitirme preguntaros si habeis conseguido vuestro objeto.

—Aunque con trabajo, me basto á mi mismo. Pero aspiro á hacer más que vivir. Quisiera también ser útil á mis hermanos.

—¿Amáis á vuestra familia?

—Con todo mi corazón. ¿A quién si no podría yo amar?

—Teneis razón. Sois más dichoso que yo. Yo no tengo ni familia á quien amar.

A partir de este momento, Juana y el joven viajero se comunicaron sus impresiones, como padieran haberlo hecho los amigos más íntimos.

Al llegar á Rennes, Juana conocia la historia de su compañero de viaje como él mismo.

Sabia que habia sido admitido gratuitamente en un colegio el año de 1876, gracias á la recomendación de un antiguo amigo de su familia, que se habia consagrado al estudio con verdadera fe y que mas tarde se habia establecido en París para seguir una carrera, viviendo allí rodeado de las mayores privaciones.

Después de una lucha de muchos años, habia llegado al doctorado en medicina.

No ocultó á Juana que su familia era pobre, aunque de noble origen, y que sus hermanos vivian de la caza, excepto el mayor, que cultivaba las tierras que se habian salvado del naufragio de su fortuna.

Juana le escuchó en silencio, y conmovida por la honradez que revelaban sus palabras, le confió también parte de su historia, diciéndole que era natural de la isla de Borbon, que á consecuencia de la muerte de su madre, su padre habia vuelto á Francia y allí habia desaparecido éste, no dejando huellas de su paradero, pero no le dijo su nombre.

Tampoco vaciló en confesarle que, á consecuencia de la pérdida de la fortuna que su padre habia hecho en la isla de Borbon, habia quedado pobre, teniendo que hacerse institutriz para vivir.

Despues habia cambiado su suerte, trocándose en próspera; pero circunstancias imprevistas habian renovado para ella los dias de prueba.

Y adelantándose á la natural curiosidad de su compañero de viaje, añadió que iba á Bretaña sin objeto, únicamente para distraer sus penas.

Despues hizo que la describiera el sitio en que radicaba el castillo de Santa Gilda y sus alrededores.

El jóven sacó una tarjeta del bolsillo, y en el reverso hizo el croquis de aquellos lugares.

En la tarjeta se leia este nombre:

CLAUDIO KERANDAL.

Y debajo estas señas:

D. M. P.

20, CALLE DE HAUTEFEUILLE.

Al leer el nombre de Cláudio Kerandal, Juana se estremeció.

Aquel nombre no la era completamente desconocido Recordaba haberle oido otra vez, hacia mucho tiempo, aunque no sabia dónde ni con qué motivo.

No pudiendo precisar sus recuerdos, se limitó á estudiar el croquis trazado por su compañero de viaje en la tarjeta.

Elven era el punto mas próximo al castillo de Santa Gilda, y segun le dijo Cláudio, el mas pintoresco.

Juana le preguntó si encontraría en Elven una casa en que alojarse, y Cláudio la recomendó la posada de Nicoli Jacut, á cuyo frente estaba á la sazón su viuda, excelente mujer.

El dia sucedió á la noche.

El tren llegó á Vannes.

En Vannes tomaron Juana y Cláudio un carruaje para que les condujera respectivamente, á Cláudio á Penhoet y á Juana á Elven.

El dia estaba nublado y frio.

Despues de una hora de camino, Cláudio señaló á Juana un edificio cuya masa informe se destacaba en el horizonte.

—Aquel es el castillo de Santa Gilda, la dijo. Es una construcción tan sólida, que desafía á los siglos. Me creereis orgulloso por lo que voy á deciros, pero no lo soy. No os cuento mas que la verdad, por inverosímil que os parezca. En ese castillo tiene origen mi

familia. Los Kerandal, que son hoy unos pobres diablos, lo terminaron y lo engrandecieron. Pero todavía hay ricos entre los Kerandal. Los Kerandal ricos son hoy los Fonterosés. La hija del mayor de los Kerandal cambió de apellido al casarse. Los Kerandal, pobres, somos nosotros, los que vivimos en Penhoet.

Juana experimentó una sensación dolorosa, no sólo al oír estas palabras, sino al contemplar el país que atravesaba.

Se le figuraba que no era la primera vez que le veía.

Y sin embargo, nunca había estado en Bretaña.

No había hecho más que oír hablar de ella á su padre, y estos recuerdos eran los que se presentaban á su imaginación.

El carruaje llegó á Elven.

—Ya hemos llegado, dijo Cláudio.

—Teneis razón, amigo mio, exclamó Juana. El aspecto de estos lugares es el de un desierto. ¿Vendreis á verme alguna vez?

—Con mucho gusto.

—¿Cuánto teneis que andar todavía para llegar á Penhoet?

—Cuatro leguas próximamente.

Juana y Cláudio se apearon á la puerta de la posada del Condestable, que así se llamaba la posada de la vinda de Nicoli Jacut.

XXV.

La posada del Condestable

La llegada de un carruaje era un verdadero acontecimiento para Elven.

Al detenerse á la puerta de la posada del Condestable, salió la moza de la posada, que era á la vez una arrogante moza, á recibir á los viajeros, presentándose algunos momentos despues la vinda de Jacut, que era una verdadera matrona por su estatura y su grosor.

Al primer golpe de vista reconoció á Cláudio.

—¡Eres tú, hijo mio! exclamó acercándose al jóven viajero con los brazos extendidos. ¡Cuánto tiempo hace que no te he visto! Eres tan raro como los luses de oro.

—Sí, yo soy, señora Jacut, la contestó Cláudio. Os traigo á una jóven con quien he hecho el viaje desde París. Quería quedarse en Vennes, pero yo la he dicho que en ninguna parte estaria tan atendida como en vuestra casa.

Y bajando la voz, añadió:

—Ha tenido algunos disgustos y viene á olvidarlos al campo. Os la recomiendo muy eficazmente.

—Puedes irte tranquilo, le contestó la señora Jacut. ¿Y qué ha sido de tí en tanto tiempo?

—Ya soy médico, señora Jacut.

—¿Tal vez doctor?

—Sí, señora, doctor.

—Deja que te dé otro abrazo.

Cláudio se dejó abrazar, recordando que la señora Jacut le había visto nacer.

Esta, despues de abrazar á Cláudio, se volvió hácia Juana.

—Dispensadme si no he pensado en vos hasta ahora, la dijo. Este bribon tiene la culpa. Fuí su primera nodriza, y además su padre era íntimo amigo de mi difunto esposo. ¿Vas á Penhoet, Claudio?

—Sí, señora, voy á Penhoet, donde pienso pasar algunos días. Despues me trasladaré á Lorient, donde tengo que asistir á un enfermo. Siempre que pase por aquí, os haré una visita.

—Sí, ven á vernos, le contestó la señora Jacut, guiñando los ojos maliciosamente.

La moza de la posada, Marta Cahusac, se hizo cargo del equipaje de Juana y lo condujo á una de las habitaciones del piso principal, mientras Juana y Cláudio seguían á la señora Jacut, á la cocina, en donde á la sazón había algunos vecinos del pueblo, hablando, bebiendo y fumando alrededor de una mesa.

Juana, aunque no sin repugnancia, porque aquella atmósfera de humo de tabaco la ahogaba, accedió á sentarse en una mesa que había enfrente de la de los bebedores.

Quería invitar á Cláudio á comer con ella, pero no se atrevía.

La señora Jacut, como si hubiera adivinado su pensamiento, dijo á Cláudio:

—No consentiré que te vayas sin tomar un bocado y un vaso de vino. Siéntate al lado de esta señora. Lo mismo te da llegar á Penhoet una hora antes que una hora despues.

Esta proposicion, al mismo tiempo que los deseos de Juana, satisfizo los de Cláudio.

—Mientras tanto, dijo Marta Cahusac, que había dejado ya en sitio seguro el equipaje de Juana, echarán un pienso al caballo. Todavía tiene que andar tres leguas muy largas.

Mientras la señora Jacut ponía la mesa, Juana, acompañada de Marta, subió á la habitación que la habían destinado á cambiar su traje de viaje por otro mas cómodo.

Entre los parroquianos de la señora Jacut estaban el maestro de escuela, el secretario del ayuntamiento, el notario y algunos cazadores.

—¿Quién es esa jóven? preguntó á Cláudio la señora Jacut.

Cláudio no pudo decirla si no que venía de París y que pensaba pasar una temporada en Bretaña para olvidar sus penas, haciendo una vida mas sossegada que la de la gran capital.

—Tal vez será una de esas mujeres... observó la señora Jacut

Cláudio se apresuró á interrumpirla.

—No penseis mal, señora Jacut, exclamó. Es una institutriz.

—Una institutriz como la señora Simonet, la institutriz de Santa Gilda, contestó la señora Jacut interrumpiendo á su vez á Cláudio.

—Sí, repuso éste.

—¡Pobres mujeres! exclamó la señora Jacut. Bien mirado, las institutrices no son mas que unas criadas mejor vestidas que las otras. Pero basta que tú me la recomiendes, para que haga en su obsequio todo lo que me sea posible.

Un cuarto de hora despues volvia Juana á entrar en la cocina, radiante de hermosura con su nuevo traje.

En aquel momento se decidió la suerte de Cláudio.

Todas sus aspiraciones de fortuna se fundieron en una sola: en el amor de Juana.

Juana se sentó á la mesa, y Marta sirvió la comida, que fué silenciosa, estando como estaban abstraídos, Cláudio en la contemplacion de la hermosura de Juana, y Juana en el recuerdo de Roger.

Juana quiso someter á Cláudio á un nuevo interrogatorio, pero no lo hizo, temiendo vender su secreto, á pesar de la confianza que le inspiraba su nuevo amigo.

Al terminar la comida, Cláudio se levantó:

—Hasta la vista, le dijo Juana dándole la mano.

Cláudio se la estrechó temblando de placer.

La señora Jacut, despues de partir Cláudio, hizo el mas entusiasta elogio de sus buenas cualidades, haciendo constar que no se parecia en nada á sus hermanos.

—Parece imposible, añadió, que esa oveja haya nacido en una caverna de lobos.

Tampoco queria bien la señora Jacut á los Fonterose, porque siendo ricos, habian vuelto la espalda á los Kerandal, y habló de ellos de una manera que no les favorecia, concluyendo su discurso con estas palabras, que hicieron palidecer á Juana.

—Y lo mismo que han hecho los Fonterose con los Kerandal, hicieron con los Trelan. Afortunadamente, éstos abandonaron el país, y puede que en otra parte sean felices.

—¿Habeis hablado de los Trelan? preguntó Juana visiblemente conmovida.

La señora Jacut iba á contestar, cuando sintió que una mano se posaba sobre su hombro.

Se volvió y reconoció á Michaud, que con su talla descomunal ocultaba al señor Lesguidou, que le seguía.

La señora Jacut saludó á sus dos nuevos huéspedes, y encarándose con el señor Lesguidou, le dijo:

—Vos los habeis conocido, señor Lesguidou.

—¿De quién hablais, señora Jacut? la preguntó el señor Lesguidou.

—De los Trelan.

—Seguramente.

—Noel Trelan vendió á mi marido el único pedazo de tierra que le quedaba.

—He oido decir, repuso el señor Lesguidou, que Noel Trelan había conseguido hacer fortuna en el extranjero.

Juana escuchaba con ansiedad esta inesperada revelacion.

Noel Trelan era su padre.

La señora Jacut cambió de conversacion.

—Quita la capa al señor Lesguidou, dijo á Marta.

Mientras Marta cumplía las órdenes de la señora Jacut, el señor Lesguidou preguntó á ésta en voz baja:

—¿De dónde habeis sacado esta huésped?

—Es una señora de Paris que viene á pasar unos dias en Bretaña, le contestó la señora Jacut, tambien en voz baja.

No era necesario tanto para picar la curiosidad del astuto notario.

Se encaró con Juana y la preguntó:

—¿Hablábais de los Trelan?

—Sí, señor.

—¿Los conocíais?

—Sí señor.

—¿Dónde los habeis conocido?

—En la isla de Borbon, de donde soy natural. Allí conocí á Noel Trelan.

—Tengo entendido que se casó allí.

—Sí, señor.

—Con una criolla muy rica.

—Os han dicho la verdad. Su mujer murió algunos años despues, dejando una niña de corta edad.

—¿Y no sabeis qué ha sido de él?

—Realizó sus bienes y se embarcó para Francia.

—¿Hace mucho tiempo de eso?

—En 1870.

La emocion con que seguia Juana este diálogo no podia pasar inadvertida para un hombre tan astuto como el señor Lesguidou.

—¿Permanece Noel Trelan en Francia desde aquella época?

—Llegó al Havre en el mes de Octubre de 1870, puso á su hija en un colegio de aquella ciudad y emprendió un viaje, del que no ha vuelto todavía.

—¿No sabe su hija dónde está?

—No, señor.

—¿Cosa mas extrañal exclamó el señor Lesguidou.

—Sobre todo siendo rico, observó Michaud. En eso no se parecia á sus primos.

—¿Quiénes son sus primos? preguntó Juana.

—Los Kerandal, los parientes de Cláudio, repuso la señora Jacut.

—De manera, siguió preguntando el señor Lesguidou, que Noel Trelan salió del Havre sin decir dónde iba.

—Sí por cierto.

—¿Y desde entonces nadie ha vuelto á saber de él?

—Nadie.

—Es extraño, y muy extraño... ¿Y qué ha sido de su fortuna?

—Desapareció con él.

El señor Lesguidou se quedó profundamente pensativo.

Pero cuando volvió de su abstracción, en vez de seguir interrogando á Juana, se volvió hácia la señora Jacut, y la dijo:

—Señora Jacut, haced que me sirvan un buen plato de sopa.

—¿Y después?

—Un estofado de liebre ó pollo asado. ¿Estais conforme con mi eleccion, Michaud?

Necesitamos reparar las fuerzas.

Michaud hizo un movimiento de cabeza afirmativo.

—Sería muy exigente si no lo estuviera.

—Ya sabeis que pago yo, dijo el señor Lesguidou, dando á Michaud una palmada en el hombro. No bajará la cuenta de cincuenta escudos. Pero... no importa... Bien lo merece el hallazgo que he hecho.

Marta se acercó al señor Lesguidou y á Michaud, y les dijo:

—La sopa está en la mesa.

Antes de salir de la cocina para dirigirse al comedor, donde la señora Jacut había mandado á Marta

que les pusiera la mesa, el señor Lesguidou se volvió para mirar á la hermosa viajera, que parecia muy pensativa.

—¿No os ha hecho sospechar nada la presencia de esa desconocida aqui? preguntó el señor Lesguidou á Michaud en cuanto estuvieron solos.

—¿A mi?

—Sí.

—Nada.

—¿Sabeis lo que quiere decir eso?

—No por cierto.

—Pues eso quiere decir que las gentes de vuestro país no ven más allá de sus narices.

—Comed y luego hablaremos, señor Lesguidou. La sopa está deliciosa.

—Está demasiado caliente. Quiero decir además que un hombre tan honrado como vos no puede caxarse con Santa Kerandal.

—¿Qué crimen ha cometido?

—Ninguno.

—Entonces.

El señor Lesguidou, bajando la voz, añadió.

—¿Sois discreto?

—Es mi deber.

—¿No direis á nadie lo que voy á confiaros?

—A nadie.

—Siempre he sospechado que los Kerandal se habian valido de algun medio poco correcto para agen-

ciarse el dinero con que pagaron sus deudas en 1870. Tanto dinero no se encuentra en mitad de la calle.

—Es verdad, contestó Michaud, sin dejar de comer.

—Hace diez años que me devano los sesos por penetrar ese misterio.

—¿Y lo habeis descifrado ya?

—No, pero estoy en camino de descifrarlo.

Tengo la primera palabra. La desconocida me la ha dado.

—No os entiendo.

—Vamos por partes.

—¿Pero no comeis, señor Lesguidou?

—No tengo prisa.

Marta llegó en aquel momento y puso sobre la mesa el estofado de liebre.

El señor Lesguidou hizo una pausa, y luego prosiguió:

—Noel Trelan salió de Bretaña en busca de fortuna hace cuarenta años.

—No me opongo, contestó Michaud acercándose el plato del estofado.

—Recorrió medio mundo.

—Tampoco lo negaré.

—Y por fin se fijó en la isla de Borbon.

—Quedamos en que se fijó en la isla de Borbon.

—Allí se casó con una hija del país.

—No, es imposible.

—Su mujer era muy rica, pero se murió á lo mejor.

—No es la primera vez que sucede una cosa parecida.

—¿Qué hizo entonces Noel Trelan?

—Vos no hubiérais inventado nunca la pólvora. Siento tener que deciroslo,

—Mas siento yo tener que oirlo. Seguid.

—Noel Trelan, en cuanto se quedó viudo sintió la nostalgia del país.

—¿Y qué es eso?

—Una enfermedad que ataca á los que viven mucho tiempo alejados del sitio en que nacieron. Realizó sus bienes, se echó el dinero en el bolsillo, y cogiendo de la mano á su hija, se encaminó para Francia ¿Comprendeis?

—Perfectamente.

—Me alegre.

—¿Y qué sucedió despues?

—Desembarcó en el Havre.

—No lo dudo.

—Puso á su hija en un colegio para estar más libre, y emprendió un viaje sin decir á dónde iba. Seguid escuchando atentamente.

—Os advierte que el estofado se enfria.

—No importa. ¿Dónde hubiérais ido vos, de estar en su pellejo?

—Primero le hubiera meditado, y luego...

—Conozco vuestro celo por el servicio, pero nunca pondreis la mano encima á ningun criminal. Lo natural era que fuese á su país natal, es decir, á Breta-

ña; esto es, á este canton, á casa de sus parientes, á casa de los Kerandal.

—¿Y despues? preguntó Michaud.

—¡Rayos y truenos!, exclamó el señor Lesguidou levantándose; despues sucedió lo que voy á deciros. El país estaba en guerra, y el viejo Kerandal, calculando que en tiempo de guerra nadie se fija en las personas que entran y salen en un pueblo, asesinó á su huésped y pariente á traicion, y le robó el dinero que llevaba encima.

—Ved lo que decís, señor Lesguidou, dijo Michaud dejando la cuchara sobre la mesa.

—Y, por último, el viejo Kerandal, agobiado por los remordimientos, se suicidó una noche en medio de un camino.

—¡Señor Lesguidou! exclamó Michaud olvidándose de que la liebre se enfriaba.

—El cadáver de Noel Trelan, prosiguió el señor Lesguidou, sin fijarse en el asombro de de Michaud, debe estar oculto en las Landas, ó en el fondo de las lagunas de Santa Gilda.

—¿Podrís probar lo que estais diciendo, Sr. Lesguidou? preguntó cada vez mas alarmado Michaud.

—Lo probaré le contestó el señor Lesguidou, dando un puñetazo en la mesa que por poco hace zozobrar el plato de estofado.

—Tendría curiosidad de saber cómo, repuso Michaud.

—Ya lo vereis.

—¿Cuándo?

—Todo llega para quien sabe esperar. Hace doce años que espero y ya ha llegado lo que esperaba.

Michaud, al principio, habia oido al señor Lesguidou como quien oye llover.

Pero sus graves acusaciones acabaron por alarmarle.

—Ahora mismo acabo de descubrir un detalle importante, prosigió el señor Lesguidou.

—¿Cuál?

—Esperad un momento.

Y volviendo á sentarse á la mesa, llamó á María.

—¿Qué quereis, señor Lesguidou? dijo Marta presentándose.

—¿Sabes cómo se llama la huésped que ha llegado de Paris?

—No, señor.

—¿No ha dicho cómo se llamaba?

—Nadie se lo ha preguntado.

—¿No tiene algun letrero su maleta?

—Yo no sé leer, señor Lesguidou.

—¿Qué equipaje ha traído?

—Una maleta y un saco de noche.

—Vé á su cuarto y tráeme el saco de noche sin que nadie lo vea.

—No me atrevo, señor Lesguidou.

—Toma esa moneda y atrévete. De nosotros no

puedes creer que vamos á robar á la huésped. ¿Está todavía en la cocina?

—Sí, señor.

—Vé y vuelve pronto.

Marta comprendió que hacia mal, pero habia, tomado la moneda y no podía retroceder.

Dos minutos despues volvía al comedor, con el saco de noche de Juana debajo del delantal.

El señor Lesguidou le examinó atentamente y una sonrisa de triunfo se dibujó en sus lábios.

No se habia equivocado.

El saco de noche de Juana tenía estas dos iniciales *J. T.*

—Ya puedes llevártelo, dijo á María devolviéndole el saco de noche. Era una apuesta que habíamos hecho Michaud y yo.

Marta se alejó con el saco de noche debajo del delantal.

Ya era tiempo.

Un momento despues, Juana abandonó la cocina para dirigirse á su cuarto, y cuando ella subía la escalera, Marta la bajaba.

—¿Y cuál es el detalle que habeis descubierto? preguntó Michaud al señor Lesguidou, en cuanto salió Marta.

—¿Me prometeis guardar el secreto?

Ya os lo he prometido.

—¿No habeis adivinado cómo se llama la desconocida?

—No.

—Yo sí.

—Sois malicioso si los hay.

—El saco de noche tiene dos iniciales. Una *J* y una *T*. La *J* no sé lo que querrá decir, pero la *T* quiere decir fijamente Trelan. Es mas claro que la luz del dia. La desconocida es la hija de Noel Trelan, que en 1870 tenía diez años. ¿A qué ha venido á Bretaña? No puede haber venido mas que á averiguar el paradero de su padre. Es seguro. Tan seguro como que yo me llamo Lesguidou y vos Michaud... Tan seguro como que los dos estamos en este momento en la posada de la señora Jacut. Todo se descubrirá.

—No vendais la piel del oso antes de matarle, señor Lesguidou, dijo Michaud.

—¿Quereis otra prueba?

—Sí.

—Os la daré en secreto.

—¿Cuándo?

El señor Lesguidou se puso á contar con los dedos.

—Dentro de ocho dias es el dia del perdon de Elven.

—Es verdad.

—Aquel dia os daré la prueba que os he prometido, con dos condiciones.

—¿Hay condiciones?

—Poco importantes.

—¿Cuál es la primera?

—Que sereis mudo como una piedra.

—Concedida.

—La segunda, que María Ana venga á Elven.

—Yo no puedo traerla.

—No exijo tanto. Tengo bastante con que no la impidais venir. Sois uno de los amigos de la casa.

El señor Lesguidou tenia inflexiones de voz terribles.

Pronunció estas últimas palabras como silba una serpiente.

Michaud estaba aterrado, creyéndose comprometido en un mal negocio.

Si los Kerandal, en cuya casa se le veia frecuentemente, habia cometido un crimen con ocasion de un robo, su amistad perjudicaba á su buen nombre,

Michaud sabia conducir su caballo mejor que dirigir una intriga.

Por lo mismo que le conocia, á nadie temia tanto como á Lesguidou.

El señor Lesguidou comprendió el efecto que habia producido en Michaud su revelación.

Y para tranquilizarle, le dijo que se le presentaba una buena ocasion de ganar las charreteras de oficial contribuyendo al descubrimiento de aquel crimen.

Michaud era esclavo de su deber, pero aquella vez su

deber le pareció odioso, dadas las relaciones que mantenía con la familia Kerandal.

—Terminada la comida, el señor Lesguidou pidió la cuenta, la pagó y se dispuso á continuar su camino.

Al salir de Elven vió á Juana que se paseaba por una calle de árboles, del único paseo que tiene el pueblo y la saludó cortésmente.

Una hora despues se separaban el señor Lesguidou y Michaud en una bifurcacion del camino, para dirigirse el primero á Melestroit, y el segundo á Penhoet.

— Buenas tardes, dijo Lesguidou á Michaud, y cnidado con la lengua.

Michaud dió la mano á Lesguidou, pero no se la estrechó como tenia de costumbre.

XXVI.

Confidencias

Berta Richard á Nicolasa Fonterose:

«He leído tu última carta, querida Nicolasa, y por ello veo que no has comblado en nada. Eres siempre romántica. En el país fantástico en que habitas no es posible contener las alas de la imaginacion. Tú eres la poesía, yo soy la prosa. Y si es un defecto en una mujer ser demasiado prosáica, la culpa de este defecto la tiene mi marido. No hay hombre más positivis-

—Poco importantes.

—¿Cuál es la primera?

—Que sereis mudo como una piedra.

—Concedida.

—La segunda, que María Ana venga á Elven.

—Yo no puedo traerla.

—No exijo tanto. Tengo bastante con que no la impidais venir. Sois uno de los amigos de la casa.

El señor Lesguidou tenia inflexiones de voz terribles.

Pronunció estas últimas palabras como silba una serpiente.

Michaud estaba aterrado, creyéndose comprometido en un mal negocio.

Si los Kerandal, en cuya casa se le veia frecuentemente, habia cometido un crimen con ocasion de un robo, su amistad perjudicaba á su buen nombre,

Michaud sabia conducir su caballo mejor que dirigir una intriga.

Por lo mismo que le conocia, á nadie temia tanto como á Lesguidou.

El señor Lesguidou comprendió el efecto que habia producido en Michaud su revelación.

Y para tranquilizarle, le dijo que se le presentaba una buena ocasion de ganar las charreteras de oficial contribuyendo al descubrimiento de aquel crimen.

Michaud era esclavo de su deber, pero aquella vez su

deber le pareció odioso, dadas las relaciones que mantenía con la familia Kerandal.

—Terminada la comida, el señor Lesguidou pidió la cuenta, la pagó y se dispuso á continuar su camino.

Al salir de Elven vió á Juana que se paseaba por una calle de árboles, del único paseo que tiene el pueblo y la saludó cortésmente.

Una hora despues se separaban el señor Lesguidou y Michaud en una bifurcacion del camino, para dirigirse el primero á Melestroit, y el segundo á Penhoet.

— Buenas tardes, dijo Lesguidou á Michaud, y cnidado con la lengua.

Michaud dió la mano á Lesguidou, pero no se la estrechó como tenia de costumbre.

XXVI.

Confidencias

Berta Richard á Nicolasa Fonterose:

«He leído tu última carta, querida Nicolasa, y por ello veo que no has comblado en nada. Eres siempre romántica. En el país fantástico en que habitas no es posible contener las alas de la imaginacion. Tú eres la poesía, yo soy la prosa. Y si es un defecto en una mujer ser demasiado prosáica, la culpa de este defecto la tiene mi marido. No hay hombre más positivis-

ta. Y, sin embargo, no es un hombre que aburre. Después de ocho horas de trabajo material, de hacer asientos en su libro mayor, de examinar balances y de girar letras, vuelve á su casa con la sonrisa en los labios y se pasa toda la noche á mi lado meciendo la cuna de nuestra hija Carlota, que duerme el sueño de los ángeles. Rara vez vamos al teatro, y á reuniones de sociedad, mas rara vez todavía, y cuando vamos, al teatro, y á reuniones de sociedad, mas rara vez todavía, y cuando vamos, no es á las reuniones de la alta sociedad, sino de la alta banca, menos brillante pero mas sólida y menos expuesta á ciertos peligros.

»Voy á regañarte

»¿Qué pasión extravagante es esa que empieza á germinar en tu corazón? Piensa que eres rica; piensa que tienes un apellido ilustre, y no te expongas á ser blanco de la crítica. ¿Con qué cara te presentarías en ninguna parte cogida del brazo de un hombre enteramente desconocido?

»Hay, querida mía, imposibilidades, á las cuales en una nación civilizada, es preciso someterse. Me parece bien tu testamento. Al fin los Kerandal son tus parientes, y por lo tanto deben ser tus herederos. Pero tengo la esperanza de que los enterrarás. Por esto, el mejor medio de demostrarles tu generosidad sería cederles, antes de casarte, la suficiente cantidad de terreno para constituirles una pequeña fortu-

na, con la cual pudieran vivir, añadiendo á esta donación veinte ó treinta mil francos en concepto de dote para tu prima.

»Te hablo como un hombre de negocios.

»Al fin soy hija de un notario y mujer de un banquero.

»Estas esplendideces no disminuirían tu fortuna que, según me dice mi marido, ha aumentado tu madre considerablemente con sus economías.

»Te he querido siempre y me intereso por tí. Pero como eres millonaria, al mismo tiempo que hermosa, debes vivir prevenida. Si, antes de casarte, deseas conocer á fondo la historia de tu futuro, dímelo, y mi marido hará las averiguaciones necesarias, con el mismo sigilo que si se tratara de nuestra hija.

»Yo he tenido buena elección, y quisiera verte tan dichosa como yo.

»Se debe desconfiar de los hombres, y, sobre todo, de los hombres de la alta sociedad como Roger de Ambarés.

»Recibe un abrazo y un beso de tu invariable amiga.

»BERTA»

Nicolasa de Fonterose á Berta Richard

»Tu carta me ha causado mucho bien. Hablas como un oráculo. Tal vez te escucharé. ¡Si pudieras leer en el fondo de mi alma! Navego en un mar de indeci-

siones. Soy mayor de edad hace dos días. Esta mañana he rehecho mi testamento y he ido yo misma á llevárselo al rector de Penhoet, encerrado en un sobre que dice: *Para abrirle despues de mi muerte*. Me he quedado con una copia de él.

»El señor rector estaba cuidando su jardín.

»Es su ocupacion favorita, mejor dicho, no tiene otra cosa en que pensar ¡Dichoso él!

»Me miró con ojos asombrados y me dijo:

—¿Pensáis ya en la muerte, hija mía?

—No, señor, le contesté, pero pienso en que alguna vez he de morirme.

—Entonces, no me explico vuestro apresuramiento para testar.

—¿Quién puede responder del porvenir?

—Es verdad. El porvenir está en manos de Dios.

»Y levantando los ojos al cielo, añadió:

—Puesto que es vuestra voluntad, voy á guardar este pliego en sitio seguro.

»Dejo en mi testamento al señor rector mil quinientas libras de renta.

»Es una fortuna para un pobre cura que vive en este rincón del mundo que se llama Morbihan.

»Dentro de unos días pondré en práctica tus consejos.

»Compraré doscientas fanegas de tierra en los alrededores de Penhoet para regalárselas á los Kerandal, con cien mil francos para dote de Santa.

»Si mi padre hubiera hecho esto, no nos odiarían los Kerandal.

»Al regresar ayer de Penhoet me encontré de manos á boca con el capitán Estrelles.

»Se me figura, por lo á menudo que va á Penhoet, que trata de hacer la corte á Santa, aunque él dice que su único objeto es tomar vista del país.

—¿Sois aficionado al dibujo de paisaje? le preguntó viendo uno de sus croquis. ¿Quién es esta jóven asomada á una ventana?

»El me respondió sin turbarse.

—Cualquiera y ninguna.

»Cuando íbamos á separarnos, uno de los tres hermanos Kerandal, el más terrible, atravesó el camino por delante nosotros.

»No sé á cuál de los dos nos miró á hurtadillas. Supongo que fué al capitán, cuyas visitas á Penhoet no podrán menos de haberle llamado la atención.

»Pero te aseguro que su mirada me hizo temblar.

—¿Dónde he conocido yo á ese hombre? se preguntó Estrelles dándose un golpe en la frente. ¡Ah! Ya recuerdo... Ha sido en la guerra.

—¿En qué sitio? le pregunté yo.

—En el Este. Yo tenía entonces diez y nueve años. Acababa de salir del colegio y era ayudante del general D'Orvilliers, que mandaba la brigada en que servía vuestro padre.

»El capitán se quedó pensativo mirándome de una manera que me llamó la atención.

—»¿En qué pensais? le dije despues de una breve pausa.

—»En nada, me contestó?

»Y cambió de conversacion.

»Yo quise insistir, pero en aquel momento llegaron Máximo de Presle y Roger.

—»Os buscábamos, me dijo mi futuro.

»Máximo de Presle es un hombre de mucho talento, pero tan sarcástico, que acaba por disgustar.

»¿Qué educación reciben, ó en qué sitios viven los hombres de París que se burlan de todo?

»Hemos paseado muchas veces juntos.

»No cree en Dios, porque no le ha visto, ni en el diablo, ni en el amor sincero y desinteresado.

»Tiene el alma completamente árida.

»Cualquiera diría que se ha impuesto la mision de hacerme odiosos á los hombres de París.

»Todos estamos formados por el mismo modelo, me dijo ayer. Esto depende del aire que se respira en los círculos, en los teatros y en los boulevares.

»Le hice algunas preguntas acerca de su amigo intimo.

»He aquí lo que me contestó:

—»No me preguntéis nada de Roger, porque á pesar de quererle tanto, soy tan hipocondríaco y tan misántropo que hablaría mal de mí mismo. Mi tes-

timonio por otra parte, dadas las relaciones que nos unen desde la infancia, no tendria valor alguno.

»Esto me pareció lógico.

»Ayer, al volver de paseo, me parecia Roger mas preocupado que de costumbre.

—»¿Qué teneis? le pregunté.

—»Temo no agradaros.

—»¿En qué motivo os fundais?

—»En ninguno. Sólo sé que teneis mi porvenir entre vuestras manos. Una palabra vuestra puede hacerme feliz ó desgraciado; darmela vida ó sentenciarme á muerte.

—»¿Qué romántico estais hoy! exclamé:

»Empezaba á anoecer.

»Estábamos solos en una de las calles de árboles mas solitarias del parque.

»El timbre de su voz me conmovió por primera vez.

»Sin embargo, estoy segura de que no le amo me interesa, pero no me atrae.

—»¿Sois sincero? le pregunté despues de una larga pausa. ¿Puedo creer vuestras protestas de amor?

»Debe ser un actor consumado, porque hubo un momento en que me hizo creer en su desesperacion.

»Te doy gracias por sus consejos. Gracias á ellos puedo defenderme de su elocuencia arrebatadora. Su discurso duró lo menos veinte minutos.

»No interrumpo el torrente de su discurso ni para hacer una exclamacion.

»Se me figuraba que estaba leyendo una novela.

—»Me habeis prometido que tomariais una resolucion, me dijo descendiendo de las alturas para volver al mundo práctico ¿Cuándo me dareis vuestra respuesta? ¿No comprendéis la ansiedad con que la espero? Estar tan cerca de vos, veros todos los días, hablaros, adoraros, como os adoro, y no saber si al fin tendreis piedad de mí, es un tormento superior á mis fuerzas.

—»Dentro de unos días os cumpliré mi palabra. No quiero haceros sufrir.

—»No os burleis de mí.

—»Volvamos al castillo, le contesté. Ya es tarde y tengo que vestirme para comer.

»Me dió el brazo y nos dirigimos al castillo.

»Cuanto mas le estudio, me convenzo mas de que tiene cualidades y profesa principios que justifican la eleccion de mi madre.

»Pero no sé por qué presiento que está representando una comedia.

»Si fuera realmente lo que parece, sería un hombre perfecto, y no hay hombres perfectos.

»¿Será verdad que el amor ciega hasta el punto de cambiar los defectos de la persona amada en perfecciones, y sus vicios en virtudes?

»Me ha exigido palabra de que le acompañaria á visitar la torre de Elven, que es uno de los monumentos mas curiosos del país.

»La comida ha sido por todo extremo alegre.

»Me cuesta trabajo reconocer mi convento de Santa Gilda.

»Mi institutriz tambien está desconocida.

»Hasta tiene rasgos de ingenio.

»El general la ha trastornado el juicio.

»La vizcondesa de Revilly coquetea con el Conde de Presle.

»La baronesa de Fontrailles se halla aislada, y ya nos ha anunciado su próxima partida.

»El amor es una necesidad para esta clase de mujeres, y donde no le encuentran, se aburren.

»El capitán no piensa mas que en su conquista de Penhoet.

»Por Binic he sabido que proyecta una expedicion nocturna, y me he creido en el deber de recomendar á Corentin, á quien veo frecuentemente, que vele por su hermana.

»Se me figura que con la intuicion de los enamorados adivina los sitios por donde paso, y nos encontramos todos los días.

»Con lo que le he dicho, tiene bastante para suponer el peligro que amenaza á Santa.

»Lo demás corre de su cuenta.

»Si conociéras á Corentin, comprenderías lo fácil que sería hacer de él un hombre *Comme il faut*.

»Por primera vez he tenido con él una conferencia íntima y larga, sin mas testigos que las rocas de

las landas y los pájaros que cantaban en los árboles.

»Le he hablado como amigo y pariente.

»El no me dijo ninguna de las ternezas que tienen á todas horas en los labios los hombres de París.

»Pero se expresó con una sencillez encantadora.

»Es muy tarde y concluyo aquí.

»Gracias por tus consejos. Escribeme. Nadie me quiere verdaderamente mas que tú, y tengo en tí una absoluta confianza.

»Recibe un beso y dá otro en mi nombre á tu hija.

»NICOLASA

»P. D. Un apretón de manos al Fénix de los esposos.»

Berta Richard á Nicolasa de Fonterose.

«Se me figura que tu corazón está mas enfermo de lo que tú misma crees. ¿Quieres un consejo? No tomes ningun partido. Espera. Hay en Jorge Sand un tipo admirable que te recomiendo.

»Este tipo es la señorita Mauprat.

»Está enamorada, como tú, de uno de sus parientes, muy parecido á tu primo Coarentin. Se llama Bernard. Pero antes de entregarse á él, le sujeta á una prueba de siete años.

»Este plazo te parecerá excesivamente largo, pero

yo, en tu lugar, lo aceptaria, para asegurarme de las cualidades y de los sentimientos de mi futuro.

»Jorge me ha hablado de Ambares esta mañana almorzando, para preguntarme si te casabas con él al fin. Le he contestado que nada habeis resuelto todavía, y que le consultarias tú misma sobre el particular.

»Como mi marido es la discreción personificada, no ha añadido una palabra mas, cambiando de conversacion.

»Adios, querida Nicolasa.

»Te quiere con toda su alma

»BERTA.»

XXVII.

En que el capitán de dragones lleva á cabo sus planes.

Desde la llegada de Cláudio Kerandal á Penhoet, la salud de su madre empezó á mejorar y su corazón á despejarse.

Cláudio habia sido siempre su hijo favorito, por el contraste que formaba su dulzura con la ferocidad de sus hermanos.

Hablando de él, decia que era una oveja nacida en una cueva de lobos.

Cláudio pasaba la mayor parte del día acompañando á su madre.

Juan le explicó la enfermedad que padecía; pero no le reveló su causa.

Cuando salían de paseo juntos, Cláudio quiso llevarla alguna vez hácia las lagunas de Santa Gilda, pero ella se negó siempre, á pretexto de la distancia.

Tampoco consiguió nunca que Santa les acompañara en sus expediciones.

Santa le decía que no era aficionada á pasear.

Corentin y Jacobo continuaban haciendo la misma vida de siempre.

Cláudio no contaba para nada con ellos.

Era la época de la siembra.

Extraño á las pasiones turbulentas, á las ambiciones y á los amores salvajes de sus hermanos, Ibo estaba consagrado exclusivamente á sus faenas agrícolas y al amor de Catalina.

El baron de Kerandal la había prometido darla su nombre en cuanto Santa se casara.

El capitan escribía todos los días á Santa y el veneno de su amor se había filtrado lentamente en su corazón.

Llegó la víspera del día del perdon de Elven.

Era sábado.

María Ana y Juan habían ido á dar un paseo al jardín del rector.

Cláudio estaba en Elven, Ibo labrando sus tierras y Jacobo y Corentin merodeando por el bosque.

Santa se quedó sola.

Quiso leer para entretener el tiempo y no pudo.

Al menor ruido que oía se asomaba á la ventana, como si esperase á alguien.

Esperaba al capitan que le había escrito una carta diciéndole:

«Mi licencia va á cumplir y antes de abandonar á Bretaña necesito veros para deciros cuánto os amo y juraros que no amaré nunca á otra mujer que á vos.»

A fuerza de leer la carta de Estrelles, Santa acabó por aprendérsela de memoria.

Soñó que iría aquel día á verla y le esperaba.

Resonó por fin el galopar de un caballo.

Era el capitan.

—¡Vos aquí! exclamó Santa desde la ventana.

—Sí. No quiero entrar porque no quiero comprometeros. Algun curioso pudiera observarnos. ¿Me amais?

—¡Quereis perderme! balbuceó Santa.

—Por amor no se pierde nadie, repuso vivamente el capitan. Necesito veros á solas un momento, cuando nadie pueda interrumpirnos.

—Mi madre está siempre en casa.

—¡No me amais! exclamó Estrelles.

—¿Me amareis siempre?

—Siempre.

—Venid esta noche á las diez. Os esperaré en el jardín. Ahora volved á Santa Gilda. Creo que he oido ruido. Es mi madre que vuelve. Partid.

—Hasta la noche, dijo el capitán alejándose.
Santa le siguió con los ojos hasta perderle de vista.

XXVIII.

Vista de lince

Corentin también parecía más satisfecho desde la llegada de Cláudio, y si bien se pasaba el día en el bosque, no debía pasarle cazando, porque se dejaba en Penhoet la canana y la escopeta.

Pero si su fisonomía se había transformado, su corazón estaba más sombrío que nunca.

No se atrevía á creer en la felicidad que le prometían las palabras de Nicolasa.

Antes de la entrevista que tuvo con ella en la Piedra de las Hadas, solo le inspiraba una pasión feroz, mezclada con impulsos de cólera y deseos de venganza.

Después, la esperanza de poseerla, le atormentaba tanto como el recuerdo de las ofensas que había recibido de su familia.

Además; aunque sabía que Nicolasa no amaba á Roger, tenía celos de Ambares.

¡Si se naciera dos veces! se decía.

Corentin hubiera seguido en tal caso otro camino.

Tanto como había criticado á Cláudio por su amor al estudio, le envidiaba ahora.

Pero si Corentin estaba transformado, Jacobo no tenía las mismas razones para sufrir igual metamorfosis.

Era un Breton irreconciliable con el tiempo en que había nacido.

Para él, la guerra estaba declarada irremisiblemente entre Santa Gilda y Penhoet, entre los Fonterose y los Kerandal y no se dejaba alucinar por vanas esperanzas.

Desde su conversación con Corentin, al lado de la chimenea de Penhoet, esperaba impacientemente las órdenes de su hermano para obrar de una manera resuelta.

Pero el largo silencio de Corentin acabó por alarmarle, con el temor de que hubiera cambiado de ideas y de sentimientos.

Asistió á su entrevista con Nicolasa en la Piedra de las Hadas.

No oyó nada, pero adivinó una parte de lo que se dijeron.

Y el odio mortal que profesaba á todos los Fonterose por su desdén, su hostilidad á los Kerandal y su avaricia, se agravó con el odio que le inspiraba Nicolasa por haber desarmado el brazo de su hermano.

Era preciso que aquella situación tuviese un término favorable ó adverso para los Kerandal.

Había llegado el momento de jugar la última carta.

En todo caso, bien valía su vida la fortuna de los Fonterose.

Después de oír la conversación de Lesguidou y Michaud, hizo un último esfuerzo para decidir á Corentin á la ejecución de un proyecto que las imprudencias de la señorita de Fonterose hacía fácil.

Esperó nuevamente las órdenes de Corentin, pero esperó en vano.

Y siguió espíandole.

Aquel día, mientras el capitán hablaba con Santa, arrancándole la promesa de esperarle de noche en el jardín, estaba de acecho, como de costumbre, en el camino de Penhoet á Santa Gilda.

Sintió el galopar de un caballo y se ocultó detrás del tronco de un árbol.

¿Sería la señorita de Fonterose que iba á celebrar una nueva entrevista con Corentin?

¡Desgraciada de ella entonces!

El caballo pasó al fin por delante de él, y reconociendo al jinete, aunque iba vestido de paisano, murmuró:

—Es el capitán.

¿A qué había ido á Penhoet?

Jacobo lo adivinó.

El capitán no podía ir á Penhoet mas que atraído por la hermosura de Santa.

Adivinó mas.

Adivinó que la tristeza de Santa no podía tener otra causa.

En cuanto perdió de vista al capitán, abandonó su escondite para dirigirse á Penhoet.

Una vez en Penhoet, subió al cuarto de su hermana. Santa le presentó la frente para que se la besara como hacía siempre.

—¿Estás sola? le preguntó Jacobo.

—Ya lo ves.

—¿Por qué no has salido con nuestra madre? La servirías de compañía y te distraerías tú.

—La ha acompañado Juan. Han ido á pasear al jardín del señor rector.

—¿Están allí todavía?

—No. Habrán ido al bosque. El día es bueno y lo aprovechan.

—¿Y tú, qué has hecho mientras tanto?

—Trabajar... Leer...

—¡Trabajar! ¿Y en qué has trabajado?

—Mañana es el perdón de Elven, y he preparado mi mejor vestido para asistir á la fiesta. Quiero estar muy hermosa.

—¿Por quién? ¿Por Michaud?

—Ya sabes que no.

—¿Tal vez por alguno de los caballeros que se hospedan en Santa Gilda?

—Una pobre muchacha como yo no puede aspirar á tanto.

—¡Quién sabe! Alguno de ellos viene con demasiada frecuencia á Penhoet.

- ¿Quién te lo ha dicho?
- ¿Soy yo ciego?
- ¡Ah!
- Ahora mismo le he visto. ¿Y tú?
- Creo que sí... á lo lejos... muy á lo lejos.
- Iba á caballo.
- Sí, á caballo. Creo que viene á tomar vistas del país.
- Debe ser incómodo dibujar á caballo,
- Como es militar estará acostumbrado.
- ¡Ah! ¿Es militar?
- Su aspecto lo revela claramente. Su semblante tostado por el sol, sus largos bigotes...
- ¿Le conoces?
- ¿Dónde quieres que le haya conocido? Pero cualquiera diría que nos interesa cuando tanto hablamos de él.
- Tienes razon, Santa, repuso Jacobo. Olvidémosle.
- Y al despedirse de su hermana, murmuró tristemente.
- ¡Pobre hermana mia! Tu turbacion te ha vendido. Yo velaré por tí.

XXIX.

La torre de Elven.

En la posada de *El Condestable* no habia ocurrido durante este tiempo nada que merezca mencion especial.

Juana se habia granjeado el afecto de la señora Jacut, y especialmente de Marta Causac, que se hubiera dejado hacer pedazos por ella.

En cuanto á Juana, las comodidades y el trato de la posada la dejaban mucho que desear; pero gracias á las atenciones de la señora Jacut y de Marta, estaba contenta, pasando sus horas de soledad con los ojos clavados en el castillo de Santa Gilda, que se veia distintamente desde las ventanas de la habitacion que ocupaba.

Allí se estaba decidiendo su destino y ella no hacia nada para contrariarle.

De París le enviaron la carta de Roger.

La leyó indiferentemente.

No podia ya creer en sus promesas.

Tambien en el alma de Juana se habia operado un cambio singular.

De débil que era, se habia hecho fuerte y capaz de todos los sacrificios y de todas las abnegaciones.

- ¿Quién te lo ha dicho?
- ¿Soy yo ciego?
- ¡Ah!
- Ahora mismo le he visto. ¿Y tú?
- Creo que sí... á lo lejos... muy á lo lejos.
- Iba á caballo.
- Sí, á caballo. Creo que viene á tomar vistas del país.
- Debe ser incómodo dibujar á caballo,
- Como es militar estará acostumbrado.
- ¡Ah! ¿Es militar?
- Su aspecto lo revela claramente. Su semblante tostado por el sol, sus largos bigotes...
- ¿Le conoces?
- ¿Dónde quieres que le haya conocido? Pero cualquiera diría que nos interesa cuando tanto hablamos de él.
- Tienes razon, Santa, repuso Jacobo. Olvidémosle.

Y al despedirse de su hermana, murmuró tristemente.

—¡Pobre hermana mia! Tu turbacion te ha vendido. Yo velaré por tí.

XXIX.

La torre de Elven.

En la posada de *El Condestable* no habia ocurrido durante este tiempo nada que merezca mencion especial.

Juana se habia granjeado el afecto de la señora Jacut, y especialmente de Marta Causac, que se hubiera dejado hacer pedazos por ella.

En cuanto á Juana, las comodidades y el trato de la posada la dejaban mucho que desear; pero gracias á las atenciones de la señora Jacut y de Marta, estaba contenta, pasando sus horas de soledad con los ojos clavados en el castillo de Santa Gilda, que se veia distintamente desde las ventanas de la habitacion que ocupaba.

Allí se estaba decidiendo su destino y ella no hacia nada para contrariarle.

De París le enviaron la carta de Roger.

La leyó indiferentemente.

No podia ya creer en sus promesas.

Tambien en el alma de Juana se habia operado un cambio singular.

De débil que era, se habia hecho fuerte y capaz de todos los sacrificios y de todas las abnegaciones.

Además le preocupaba un pensamiento superior á todos sus pensamientos de despecho y de cólera por la traición de su amante.

El astuto Lesguidou no había abandonado la pista de sus sospechas.

Iba frecuentemente á la posada, so pretexto de los negocios que requerian su presencia en Elven y en los pueblecillos inmediatos.

Y, aprovechando sus viajes, había conseguido ganarse la confianza de Juana, á cuyo lado se le hacía siempre corto el tiempo.

Sabía su historia mejor que ella y también la de sus parientes y todas sus ramificaciones con la de Fontrose.

Juana, por su parte, le había confiado algunos de sus secretos bajo la promesa del más absoluto silencio, al cual no faltó sino para realizar un proyecto maquiavélico que se le ocurrió y que estaba resuelto á llevar á cabo.

Sin embargo, Lesguidou no era más que un accidente para Juana: la interesaban las historias que le contaba, por la luz que arrojaban sobre el misterio de la desaparición de su padre y el origen de su familia.

Sin citar los nombres de las personas de quienes sospechaba, la decía que estaba sobre la pista y que en breve aquellas tragedias se harían públicas con todos sus detalles.

Quien hacía verdaderamente agradable la estancia de Juana en Elven era Cláudio Kerandal.

Cláudio tampoco perdonaba pretexto para ir á Elven, sirviéndole de cómplice la señora Jacut para mantener vivas las simpatías que desde el primer momento inspiró á Juana.

—Es una alhaja este muchacho, la decía á todas horas la señora Jacut. La mujer que se case con él, será la mujer más dichosa del mundo.

Cláudio dispensaba á Juana las más sublimes delicadezas del amor.

Al verlos juntos, parecían dos hermanos.

Un día Juana consintió en acompañar á Cláudio hasta Lorient.

—Estais muy triste, la dijo Cláudio, y necesitáis distraeros.

Gracias á Cláudio, sabía Juana todo lo que pasaba en Santa Gilda.

Juan, que iba todos los días al castillo se hacía lenguas de los preparativos de la boda de Nicolasa, de cuya celebración ya no dudaba nadie.

Cerentin era el único que le escuchaba indiferentemente.

Cláudio, ignorando el interés que tenía Juana en aquel asunto, se hacía eco de las noticias de Juan.

La víspera del perdón de Elven, Cláudio propuso á Juana hacer una visita á la famosa torre que llevaba el nombre del pueblo.

—Es lo más curioso que hay en el país, lo dijo, y merece que la conozcáis.

A la misma hora salían de Santa Gilda en la misma dirección Roger y Nicolasa.

Nuestros contemporáneos son grandes constructores; nunca se han labrado, transportado, ni colocado unas encima de otras tantas piedras.

Pero la industria y la ciencia, que progresan, han inventado medios que facilitan la obra de los albañiles.

Si se quiere tener una idea de lo que puede producir el genio humano, auxiliado por una obstinación enérgica y poderosa, es preciso contemplar esos gigantes de piedra de la Edad Media, que se levantan desde la tierra hasta el cielo, esas inmensas catedrales cinceladas como obras de orfebrería y esas fortalezas que, por ser inexpugnables, todavía no han sido vencidas por el tiempo.

En las épocas primitivas en que el país estaba sumido en una especie de barbarie, no había caminos, ni siquiera veredas practicables.

Y, sin embargo, los montes de piedra cambiaban de lugar, siendo transportados en fragmentos de un lado á otro en carretas y en hombres.

¡Qué esfuerzos de trabajo y de constancia no se necesitarían!

La torre de Elven es uno de los monumentos de la antigüedad que aún quedan en pie para gloria de su tiempo y asombro de los nuestros.

Y sin embargo, son contados los viajeros que la visitan.

El camino de Elven á la famosa torre es largo y sombrío, pero á Cláudio le pareció aquella vez corto y alegre.

Parecía un estudiante en vacaciones.

—¿Sabeis lo que pienso, señorita Juana? dijo á su compañera de expedición?

—No.

Pienso que no se necesita tanto dinero como se cree para ser feliz. La vida es corta y la empleamos en correr detrás de la fortuna. Y, sin embargo, la fortuna está en nosotros mismos.

—¿Qué entendéis vos por fortuna?

—No me atrevo á deciroslo.

Juana suspiró.

—Pero como no somos más que dos amigos, no os alarmareis porque os diga lo que siento. El más precioso don de la vida es el amor. Tener una mujer con quien compartir las alegrías y las tristezas de la vida, debe ser la mayor felicidad. ¿No sois de mi misma opinión?

—Sí.

—Siempre he creído que no érais como la generalidad de las personas que se dejan llevar por el viento que sopla.

Juana cerró los ojos para que Cláudio no leyera en ellos el secreto de su vida.

Comprendía que Cláudio la amaba honradamente y se avergonzaba al pensar que era indigna de su amor.

Sentía moverse en sus entrañas el hijo de un hombre que, al rechazar su amor, había rechazado también los deberes de la paternidad.

Era verdad que Ambarés la había seducido valiéndose de toda clase de engaños.

Peró todo el mundo creería que no se había entregado al amor de un hombre, sinó á sus riquezas.

Ni su orgullo le permitiría buscar excusas á su debilidad.

Había pecado y debía sufrir la penitencia de su culpa.

Cuando su desgracia estuviese consumada, Dios le inspiraría un medio de bastarse á si misma y á su hijo.

Cláudio la miraba con admiracion.

Su embarazo no estaba tan adelantado que vendiese su secreto ni áun á los experimentados ojos de un médico.

Algunos dias antes la había dicho:

—Tengo la seguridad de que algun dia me amaréis.

Juana le contestó sonriéndose:

—Como una hermana.

Llegaron al bosque que rodea á la torre de Elven, y Cláudio, que hasta entonces tuvo miedo; estuvo á

punto de caer á los piés de Juana y declararla su amor, ¿Qué podía temer?

Si Juana fuera casada, se lo habría dicho.

Si era pobre, tampoco la pobreza excluye en absoluto la idea del matrimonio. ¿Qué le importaba á él que fuera pobre ó rica?

Vivirían como hacía un siglo vivían los Kerandal, contentándose con lo que buenamente tuvieran.

Sin embargo Cláudio calló aquella vez, como siempre, siguiendo en silencio su camino, hasta que al llegar á la torre de Elven le rompió para decir á Juana:

—Entrad.

XXX.

La criolla penetró en el histórico edificio, siguiéndola Cláudio.

La puerta de la torre estaba entreabierta.

Nunca se había sentido Cláudio tan turbado, porque nunca le había parecido Juana tan hermosa.

Subieron la escalera de piedra que consta de doscientos peldaños, y al llegar al último, reuniendo sus fuerzas, exclamó Juana, deslumbrada por la belleza del paisaje que se extendía ante sus ojos.

—¡Qué espectáculo tan grandioso!

Cláudio se apoyó en los muros de la terraza que coronaba la torre, y en vez de mirar los bosques, los campos, las montañas, las lagunas y el cielo, miro á Juana.

Estaba allí, á su lado, entre el cielo y la tierra, lejos de los hombres.

Sintió que la tempestad de amor que rugía en su pecho iba á desbordarse; pero aunque quiso hablar, su lengua se negó á articular el mas pequeño sonido, como si estuviera paralizada.

También á Juana le latía el corazón violentamente, pero no era de amor.

Y uno y otro permanecieron inmóviles: Juana mirando á Santa Gilda y Cláudio mirando á Juana.

Esta fué la primera que volvió á la realidad de la vida.

Se acercó á Cláudio, y poniéndole cariñosamente una mano sobre el hombro, le dijo con voz balbuciente:

—Vámonos.

Cláudio se atrevió por primera vez á mirarla frente á frente.

Y la vió pálida y descajada.

—¿Qué teneis, Juana? la preguntó.

—Nada, le contestó Juana mordiéndose los labios de despecho y volviendo la cabeza para ocultar su profunda turbación.

Cláudio la cogió una mano.

—No trateis de engañarme, Juana, la dijo. ¿Teneis alguna pena y me la ocultais!

Juana rompió á llorar.

—¡Soy muy desgraciada! murmuró.

—¡Y siendo vuestro amigo no teneis confianza en mí para revelarme vuestras penas!, exclamó Cláudio atrayéndola hácia sí y obligándola á sentarse en una de las piedras que se habian desprendido de las murallas del terrado.

Y despues de una breve pausa, añadió.

—Escuchadme, Juana, y no temais, por Dios, que trate de ofenderos. ¿Por qué os lo he de ocultar? Si fuérais dichosa, tal vez habria callado siempre. Pero sois desgraciada y el dolor nos acerca el uno al otro. Yo tampoco soy feliz. La decadencia de mi familia, su pobreza, la obligacion de trabajar para vivir y salvar de la ignominia uno de los nombres mas ilustres de Bretaña, han sido el constante torcedor de mi juventud. Sin embargo, nunca me ha abandonado la esperanza de llegar á bastarme á mí mismo y de ser útil á los míos en proporcion de mis fuerzas. He creído siempre en una existencia tranquila, honrada y modesta. Pero desde que os conozco, me parece que mi juventud, tenebrosa, oscura, solitaria, se ha iluminado de repente. He visto una huella de luz que me mostraba mi porvenir, y me he dicho que si vos llegárais á sentir nada mas que una parte del amor que me inspirais, no habria en el mundo dos seres mas felices que nosotros. Sí, Juana, la única aspiración de mi vida es ya llamaros mía, daros mi nombre y conquistar una fortuna con mi trabajo para ofrecérosla. Si sois ambiciosa nos iremos á París. Allí tengo quien me proteja,

Con su auxilio y mi fuerza de voluntad, llegaré á ser célebre y rico. Si preferís la vida tranquila de los campos, nos quedaremos aquí, en el punto que elijais, y nos haremos una casita en medio de un jardín. Los antiguos Kerandal eran hombres de guerra, y debajo de sus corazas de hierro tenían un corazón de piedra, insensible y feroz. Nosotros seremos bondadosos y dulces. Ellos abrían heridas con la punta de su lanza. Nosotros las curaremos. Asistiremos á los pobres por amor de Dios y á los ricos por su dinero. No tendremos mas que amigos. Elegid, Juana. O París con sus luchas y su fiebre y sus horrores, ó el campo con su aire puro, su silencio, y su paz, tan grata al corazón. Donde vos esteis estaré yo bien. Donde no esteis, me moriré de pena. ¡Si supiérais cuánto he luchado para defenderme de vos! Pero todos mis esfuerzos han sido inútiles. La chispa se ha convertido en una hoguera. Unamos nuestra pobreza y nuestra desgracia y seremos ricos y felices.

Juana se levantó enjugándose los ojos.

Dió la mano á Cláudio, y Cláudio se la besó respetuosamente.

—Vuestras palabras me han hecho mucho bien, le dijo. Tenia necesidad de oírlas para saber que, entre la multitud que nos rodea, hay todavía corazones honrados en cuyo fondo me puedo refugiar. Pero me ofrecéis lo que no puedo ni debo aceptar. Hay un secreto en mi vida que me hace indigna de vuestro amor.

—Lo comprendo, exclamó Cláudio, herido en mitad del corazón por estas palabras, Amais á otro hombre.

—No. Le he amado. Me ha dejado seducir por sus juramentos, siendo á la vez débil y cobarde. Como vos, me he visto en medio del mundo entregada á mis propias fuerzas. Pero no he tenido vuestro valor y he sido terriblemente castigada. No insistais en vuestras pretensiones, amigo mio. Sería inútil. Vos merecis una mujer que no tenga que bajar los ojos delante del mundo. Os debia esta confesion. Juzgad, por el trabajo que me ha costado hacerla, el aprecio que os profeso. Vuestras palabras resonarán siempre en mi corazón. Vuestra imágen vivirá tambien grabada en él. Pero nos separa un abismo.

—¡Amais todavía á vuestro seductor! exclamó Cláudio.

Juana iba á contestar cuando se oyó á corta distancia el trotar de dos caballos.

Cláudio se acercó al parapeto, y dijo:

—Alguien se acerca.

Juana miró á su vez y se puso pálida como una muerta.

—¿No es esa mujer la señorita de Fonterose preguntó á Cláudio.

—En efecto, contestó Cláudio, es la señorita de Fonterose. El caballero que la acompaña se ha apeado y da la mano á su compañera de expedicion para

que á su vez se apeó. Ata los caballos al tronco de un árbol. Se conoce que vienen á ver la torre.

—Es preciso ocultarnos, dijo Juana.

—¿Por qué?

—No quiero que me vean. Ocultémonos, ocultémonos pronto.

Cláudio condujo á Juana á una especie de gruta que habia en mitad de la escalera.

Ya era tiempo.

Nicolasa y Roger entraban en aquel momento en la torre.

—No es de creer que conozcan este agujero, dijo Cláudio á Juana.

Y bajando la voz, añadió;

—Ese hombre es...

—Sí, exclamó Juana tapándose la cara con las manos.

Nicolasa y Roger habian salido de Santa Gilda acompañados por el general Camberfot y el Conde de Presle; pero los habian dejado á mitad del camino.

Roger habia pedido una entrevista á Nicolasa.

—Démonos prisa, dijo Nicolasa empezando á subir la escalera de la torre, para admirar estos magníficos paisajes antes de que se ponga el sol.

Nicolasa pasó por delante de Juana y Cláudio, apoyada en el brazo de Ambarés.

—¿Qué magnífico espectáculo! exclamó Roger, como habia exclamado Juana al llegar á la terraza. Y

si no me preocuparan otras ideas, me pareceria mas hermoso aún.

—¿Qué ideas os preocupan?

—¿No lo sabeis?

—¿Vais á hablarme otra vez del gran amor que os he inspirado? ¡Já, Já!

—Vuestra risa me hace daño.

—Demasiado tiempo me queda para llorar. Dejad que me ria ahora. Pero, me dais lástima. Contadme vuestras penas. Aquí estamos solos. Nadie puede oirnos. Hablad... Hablad...

Aunque los separaba alguna distancia del sitio en que estaban Juana y Cláudio, el silencio era tan profundo, que se los oia distintamente.

Cláudio hubiera podido contar los latidos del corazón de Juana.

—¿Es él? volvió á preguntarla Cláudio.

Juana bajó la cabeza.

La sangre de los Kerandal hirvió un segundo en las venas de Cláudio.

—¡Ah! murmuró. Le ódio tanto como os amo.

Roger renovó todas sus protestas de amor.

—Tened piedad de mí y no prolongeis mi suplicio, exclamó en un arrebató de pasión. Sois el único amor de mi vida... Os lo juro.

—¿El único? repitió Nicolasa con incredulidad.

—El único, á no ser que creais que es amor el capricho de un momento, repuso Roger.

—¿De manera que no habeis amado á ninguna mujer?

—Ya os lo he dicho.

—¿Seriamente?

—Sériamente.

—Buscad en el fondo de vuestro corazon y tal vez encontrareis algo...

—Seria inútil.

—Juradlo.

—Lo Juro,

—Me cuesta trabajo creerlo.

—Sin embargo, es la verdad.

—¡La verdad!

—Sí.

—¿Cuántos años teneis?

—Treinta.

—¿Y os habeis pasado treinta años sin amar á nadie? Debeis tener el corazon de bronce.

¿Qué habeis hecho de vuestro tiempo? No trateis de convencerme. Lo primero que me dirías es que vuestra alma no habia encontrado hasta ahora su alma gemela. Conozco esas teorías. Las he leído en todas las novelas y me han hecho reir mucho. ¿Cómo es posible que en París, donde refluyen, como los rios en la mar, las mujeres mas hermosas del mundo, unas porque lo son realmente, y otras porque las hacen parecerlo las modistas y los peluqueros; cómo es posible, repito, que vos, flor y nata de la hig-

híste, no hayais encontrado una mujer digna de ser amada?

—Y, sin embargo, nada mas cierto.

—¿De manera que vuestro corazon es libre completamente libre?

—Como las aves que cruzan el espacio.

—¿Y no echareis nada de menos el día que el alcalde y el cura nos unan con el lazo indisoluble del matrimonio?

—Nada.

Hubo un momento de silencio.

—¿Y vos? preguntó Roger, rompiéndole.

—Yo, sí. Echaré de menos mi libertad, mi infancia, triste pero independiente, mis campos, mi bosque y mis landas.

—¿Pensais que yo os privaré de nada de lo que os agrada?

—El hombre, antes de casarse, lo concede todo; despues de casado se convierte en un déspota. No sois vos, el matrimonio, es lo que me espanta. Os he prometido una contestacion. Perdonadme por hacerlos esperar tanto. Estoy en extremo agradecida á vuestras atenciones. Quisiera creerlo. Pero ¡me asaltan pensamientos tan tristes!... Perdí á mi padre siendo muy niña. Mi madre apenas se ha ocupado de mí. Si por desgracia, no encontrase en el matrimonio mas que el vacío de mi juventud, ¡quién puede prever lo que haría! Tened paciencia y no

creais que mis vacilaciones son el capricho de una niña voluntariosa. No os quiero mal, y suceda lo que suceda, nos unirá siempre una sincera y durable amistad.

—¡Nicolasa! exclamó Roger lanzando un profundo suspiro, ¡no me amais!

—Dadme tiempo.

—¡Y no me amareis nunca!

—¡Quién sabe!

—¡Y yo estoy condenado á amaros eternamente!

—No soy aficionado á los melodramas, amigo mio. Os lo digo para que no recurrais al extremo de hablarme del suicidio. Mirad... Ya están ahí el general y Máximo. Si ahora se os ocurriese arrojaros de cabeza desde la torre, caeríais encima del general, segando en flor las esperanzas de mi institutriz.

Efectivamente, el general y Máximo de Presle llegaban en aquel momento al pié de la torre.

Juana estaba livida, y si se sostenía en pié, era porque estaba apoyada con toda su fuerza contra la pared de la especie de gruta en que se habia refugiado con Cláudio.

Habia dudado hasta entonces.

Ya no podia dudar.

Mas de una vez estuvo tentada á lanzarse al terrado para decir á Roger:

—¡Mientes!

Y á la señorita de Fonterose:

—No creais á ese hombre. Os engañará como me ha engañado á mí. Es un infame.

Pero el orgullo ahogó sus quejas, y la presencia de Cláudio la contuvo.

La señorita de Fonterose se agarró del brazo de Roger y le dijo:

—Salgamos al encuentro de nuestros amigos.

—Por piedad, Nicolasa, exclamó Roger, contestadme. ¡Si supierais cuánto sufro!

—¿Si? le contestó Nicolasa irónicamente.

—Esto no es vivir.

—No quiero ser causa inocente de una desgracia. Os contestaré.

—¿Cuándo?

—Dentro de algunos dias.

—Lo mismo me decis siempre, y todavía no me habeis contestado. ¡Qué cruel sois!

—Los asuntos serios deben tratarse seriamente. Vos, en último caso, no perderíais nada. Y yo, ¿qué ganaría? Os doy mi palabra. Dentro de cuatro ó cinco dias se decidirá vuestra suerte.

—Dadme al menos una esperanza.

—No os prohibo que la tengais. Vámonos.

El general, sentado en una de las piedras que rodeaban á la torre, la contemplaba entusiasmado.

—¡Magnífico bastion, conde!, decía á Máximo. Todavía puede resistir un asalto.

—¿No pensais subir á lo alto de la torre, general? le contestó Máximo.

—No. Os espero aquí.

El general, á pesar de sus pretensiones de jóven, no se sentía con fuerzas para subir doscientos escalones.

Mientras Máximo emprendía su ascension, Nicola-sa y Roger se presentaron á acompañar al general.

Al llegar á mitad de la escalera, se detuvo Máximo.

Se le figuró que alguien hablaba á corta distancia, y volviéndose hácia el sitio de donde partía la voz, se halló de manos á boca con la querida de su amigo y con Cláudio Kerandal.

—Dejadme, decía Juana. La vida me es odiosa. Estoy tentada de castigar mi necedad arrojándome desde lo alto de la torre. Me he entregado á un hombre sin fé. —¿No le habeis oído? —¿Con qué audacia mental!

En aquel momento vió á Máximo.

—¡Vos aquí! exclamó.

—Sí, yo, que os compadezco con todo mi corazon, le contestó Máximo. ¡Estábais ahí!

—Sí.

—¿Lo habeis oído todo!

—¡Todo! Lo he oído todo, y le he visto arrastrarse á los piés de esa mujer que vale mas que él, y que no recibirá mejor pago que yo. Cuando le veais, decid-

le que Dios me ha traído aquí para convencerme de su traicion. Decidle. No, no le digais nada. Decidle únicamente, que es libre y que no tiene nada que temer de mí. Con una palabra pudiera perderle en el ánimo de la señorita de Fonterose; pero no la pronunciaré. Ya no tengo nada que ver con ese hombre... Su traicion ha matado todo el amor que le tenia. Me daría vergüenza que el hijo que tengo en las entrañas llevara su nombre. ¡Mejor quiero verle muerto! Le devuelvo todos sus juramentos.

Juana no pudo continuar.

Un torrente de lágrimas bañó sus pálidas mejillas.

Máximo quiso tranquilizarla, pero ella le rechazó exclamando:

—¡Dejadme! ¡Dejadme! No os guardo rencor. Hay cosas que no pueden revelarse, y harto hicisteis en dárme las á entender. ¡Nécia de mí que cerré los ojos para no ver mi desgracia! Adios. Nos vemos por última vez. Quiero huir de todo lo que me recuerda mi pasado... Quiero hacer vida nueva... No os conozco, señor marqués.

—¿Juana!

—Dejadme.

—¿Qué será de vos?

—Lo que Dios quiera.

—En París teneis buenos amigos... Volved á París.

—No sé lo que haré.

—Prometedme que volveremos á vernos.

—¿Para qué?

—¡Tan mal me quereis!

—Ya os he dicho que no os guardo rencor. Sólo no perdono á dos personas. A Roger por haberme engañado, y á mí por haberle creído.

Juana dió la mano al conde y éste se la llevó á los labios.

El general, Roger y la señorita de Fonterose, empezaban á impacientarse por la tardanza de Máximo.

Nicolasa había montado ya á caballo.

El conde volvió á estrechar la mano á Juana, y desapareció por la escalera.

En cuanto se dejó de oír el ruido de sus pasos, Cláudio se acercó á Juana y la dijo amorosamente:

—La casualidad ha hecho que descubra todos vuestros secretos. Teniais razon: sois muy desgraciada.

—¡Oh! sí.

—Y sin embargo, os ofrezco nuevamente unir vuestro destino al mío. Juana, ¿quereis ser mi mujer?

—Lo sabeis todo, y quereis...

—Sí. Os amo.

—Es imposible.

—Os amo, repitió Cláudio.

—Soy indigna de vos.

—¡Os amo! exclamó por tercera vez Cláudio. Teneis orgullo y no perdonareis nunca la ofensa que os han hecho. Olvidareis al hombre que os ha engañado, y

que, teniendo la felicidad en vuestro amor, no ha sabido conservarla.

—No penseis en eso, amigo mío. Voy á ser madre. El recuerdo de mi falta sería, al mismo tiempo que mi tormento, el vuestro. Hay obstaculos invencibles. El mundo os señalaría con el dedo, y despues...

Juana se tapó la cara con las manos, rompiendo de nuevo á llorar amargamente.

—El mundo es mejor de lo que creeis. Vuestro hijo será mi hijo, y juro por lo mas sagrado que nunca saldrá de mis labios una palabra que os recuerde lo pasado. Juana, sed mi mujer.

—No.

Y despues de un momento de silencio, añadió:

—Escuchadme, Cláudio. Yo á mi vez os juro que vuestras palabras vivirán eternamente grabadas en mi corazon. Nunca olvidaré vuestro generoso ofrecimiento. Sois tan noble de corazon como de nacimiento. Ignoro la suerte que me reserva el porvenir. Pero sea cual fuere y esté donde esté, si me necesitais, llamadme y me tendreis á vuestro lado. No tengo derecho á ser vuestra mujer, pero puedo ser vuestra hermana. ¡No quiera Dios que la desgracia se ensañe en vos como en mí! Pero si estuviera escrito que nuestros destinos fueran iguales, yo tambien os consolaria.

—Sea lo que querais. El tiempo calmará vuestro dolor. Esperaré.

La noche empezaba á caer y la voz del guarda de la torre anunció á Juana y á Cláudio que era hora de abandonar aquellos lugares.

—Vamos, dijo Cláudio á Juana, dándola el brazo. Nos hemos olvidado del tiempo.

—Id vos delante, dijo Juana; yo os seguiré.

En el momento en que Cláudio ponía el pié en el último escalón, se volvió bruscamente.

Había oído un grito.

Era Juana, que, habiendo tropezado con una piedra, bajaba rodando la escalera.

El guarda oyó también el grito, y acudiendo prontamente, ayudó á Cláudio á levantar á Juana.

—¿Os habeis hecho mucho daño? la preguntó Cláudio.

—Creo que no, le contestó Juana. Una emocion mas. ¡Qué día!

El guarda encendió una antorcha.

Juana, aunque se quejaba de la cabeza, sólo se había hecho una pequeña herida en un brazo.

—No es nada, dijo Cláudio. En cuanto lleguemos á Elven os curaré con unas gotas de árnica.

El guarda, que conocía á Cláudio, se deshizo en excusas, como si él fuera el responsable de lo que había sucedido.

Juana y Cláudio le dieron las gracias, por su buena voluntad, y emprendieron la vuelta á Elven.

Juana no se sentía bien; pero no se quejaba.

Momentos antes de llegar á Elven tuvo que taparse la boca para ahogar un grito de dolor.

—Detengámonos un momento, dijo á Cláudio con voz ahogada. No puedo mas.

Cláudio la cogió la mano y adivinó la terrible verdad.

—Juana, exclamó, haced un esfuerzo.

—No puedo, murmuró Juana. Dejadme morir aquí. Y se dejó caer sobre una piedra.

El médico reemplazó al amante.

¡Con qué placer se apoderó y arrojó lejos de sí los vestigios de un amor odioso, tan odioso ya para él como para Juana!

La desdichada madre hizo pedazos su pañuelo con los dientes; pero no lanzó el menor grito.

Terminada la terrible operacion, Cláudio cogió en brazos á Juana, y consiguió por fin llegar á la posada del *Condestable*.

Al ver á Juana la señora Jacut, comprendiendo que se había puesto mala, quiso hacerse cargo de ella; pero Cláudio no soltó su carga.

—¿Qué os ha sucedido? exclamó la buena mujer.

—¡Señorita! ¡Señorita! exclamó á su vez Marta. ¡Está pálida como una muerta!

Cláudio explicó en cuatro palabras lo que había ocurrido.

Al bajar la escalera de la torre de Elven Juana se había caído, hiriéndose ligeramente en un brazo

y, momentos antes de llegar á la posada, habia perdido el conocimiento.

Esto era todo.

Y bajando la voz, dijo á la señora Jacut:

—Sin embargo, este accidente puede ser mas grave de lo que parece. Antes de volver á Penhoet necesito reconocerla por si ha sufrido alguna lesion interior. Dejadnos solos.

Hizo que se acostara Juana y la tranquilizó respecto á las consecuencias de su indisposicion, prometiéndola volver al dia siguiente.

Juana estrechó con efusion las manos de Cláudio.

—¿Cómo pagaros le que haceis por mi? murmuró. ¡Dios os lo premie!

Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Ya sabeis cómo, le contestó Cláudio: accediendo á mis súplicas. El mayor obstáculo que nos separaba ha desaparecido.

—Idos, le contestó Juana. Vuestra madre puede temer que os haya sucedido alguna desgracia.

Cláudio se llevó á los labios la mano que le tendió Juana.

La señora Jacut esperaba á Cláudio en la cocina.

—¿Cómo sigue la enferma? le preguntó.

—Mis temores se han desvanecido. Dentro de algunos dias podrá levantarse.

—¿Volverás?

—Mañana mismo.

—¡Es una señora tan buena!

—¡Y tan hermosa!, añadió Marta.

—Cúidala mucho, Marta, dijo Cláudio.

—Id tranquilo, señor Cláudio. No necesitais recomendármela.

—La noche es muy oscura, Cláudio, observó la señora Jacut. Vé con cuidado.

—Juana oyó el trotar del caballo.

—Ese hombre hubiera hecho mi felicidad, murmuró.

XXXI.

Seducion.

Cuando Cláudio llegó á Penhoet, sólo habia luz encendida en la antigua casa de su familia.

Los perros que vagaban por los anchos patios le anunciaron ladrando sordamente.

José salió á recibirle.

—Venid, señor Cláudio, le dijo haciéndose cargo del caballo para llevarle á la cuadra. Si tardais un momento mas, os dejan debajo de la mesa. Ya estan acabando de cenar.

En efecto, ya estaban en los postres.

El rector habia sacado la pipa y estaba llenándola. Michaud, olvidando los consejos del señor Lesguidou, estaba absorto en la hermosura de Santa.

y, momentos antes de llegar á la posada, habia perdido el conocimiento.

Esto era todo.

Y bajando la voz, dijo á la señora Jacut:

—Sin embargo, este accidente puede ser mas grave de lo que parece. Antes de volver á Penhoet necesito reconocerla por si ha sufrido alguna lesion interior. Dejadnos solos.

Hizo que se acostara Juana y la tranquilizó respecto á las consecuencias de su indisposicion, prometiéndola volver al dia siguiente.

Juana estrechó con efusion las manos de Cláudio.

—¿Cómo pagaros le que haceis por mi? murmuró. ¡Dios os lo premie!

Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Ya sabeis cómo, le contestó Cláudio: accediendo á mis súplicas. El mayor obstáculo que nos separaba ha desaparecido.

—Idos, le contestó Juana. Vuestra madre puede temer que os haya sucedido alguna desgracia.

Cláudio se llevó á los labios la mano que le tendió Juana.

La señora Jacut esperaba á Cláudio en la cocina.

—¿Cómo sigue la enferma? le preguntó.

—Mis temores se han desvanecido. Dentro de algunos dias podrá levantarse.

—¿Volverás?

—Mañana mismo.

—¡Es una señora tan buena!

—¡Y tan hermosa!, añadió Marta.

—Cúidala mucho, Marta, dijo Cláudio.

—Id tranquilo, señor Cláudio. No necesitáis recomendármela.

—La noche es muy oscura, Cláudio, observó la señora Jacut. Vé con cuidado.

—Juana oyó el trotar del caballo.

—Ese hombre hubiera hecho mi felicidad, murmuró.

XXXI.

Seducion.

Cuando Cláudio llegó á Penhoet, sólo habia luz encendida en la antigua casa de su familia.

Los perros que vagaban por los anchos patios le anunciaron ladrando sordamente.

José salió á recibirle.

—Venid, señor Cláudio, le dijo haciéndose cargo del caballo para llevarle á la cuadra. Si tardais un momento mas, os dejan debajo de la mesa. Ya estan acabando de cenar.

En efecto, ya estaban en los postres.

El rector habia sacado la pipa y estaba llenándola. Michaud, olvidando los consejos del señor Lesguidou, estaba absorto en la hermosura de Santa.

Santa le escuchaba distraída, no levantando los ojos mas que para fijarlos en el relój.

Eran las nueve, y los convidados no parecían dispuestos á levantarse.

Juan, el guarda, sentado al lado de María Ana, contaba á los convidados de los Kerandal las excursiones de la señorita de Fonterose á los pueblos de los alrededores, y últimamente á Elven.

Cláudio se dirigió al sitio en que estaba su madre y la abrazó cariñosamente.

Después dió un beso á Santa en la frente, y la mano, primero á sus hermanos y luego al rector y á Michaud.

Y tomando asiento en la mesa, explicó la causa de su tardanza.

Una de sus enfermas había sufrido un accidente imprevisto, y tendría que ir á verla al día siguiente á la posada de la señora Jacut.

Santa aprovechó la ocasión para decir á su madre:

—Madre, ya es hora de que os recojais. Mañana hay que madrugar para ir al perdon de Elven.

El viaje se dispuso en esta forma:

Cláudio llevaría en el coche á su madre, á Santa y á Catalina, para llegar lo antes posible, en atención al estado de su enferma.

Los demás irían á pié, reuniéndose todos en la posada del *Condestable*.

Michaud parecía muy preocupado.

Veía cernerse sobre la felicidad de aquella familia la sombría silueta del señor Lesguidou.

Quiso hablar, pero en aquel momento se levantaron todos de la mesa.

En Santa Gilda, el capitán, después de comer, bajó al salón donde estaban reunidos todos los huéspedes de la marquesa de Fonterose: el general, contando á la señora Simonet sus proezas; Máximo, enemigo del matrimonio, dejándose convencer de sus ventajas por la vizcondesa de Revilly; la marquesa y el rector, hablando de las cosas del cielo; el barón de Fontrailles, dando conversacion á su mujer para que no se durmiese, ó para que se durmiese antes, y Nicolaesa, sentada al piano tocando trozos de *La Mascota y los Cuentos de Hoffmann*, mientras Roger la contemplaba entusiasmado.

—De repente, el general, con voz de mando, gritó:

—¡Capitán!

Nadie le contestó.

Y él volvió á gritar:

—Capitán, ¿estais sordo? Os propongo una partida de whist.

El capitán no estaba ya en el salón.

Aprovechando un momento en que nadie se fijaba en él, bajó á las cuadras, ensilló su caballo favorito y tomó el camino de Penhoet.

Santa le había dicho que á las diez estaría en el jardín.

—Tenía tiempo para llegar a la hora convenida y la seguridad de no perderse en el camino, porque lo conocía palmo á palmo.

Era el vigésimo viaje que hacia, desde el altivo castillo de Santa Gilda hasta la modesta, aunque señorial vivienda de los Kerandal.

Y verdaderamente, la hermosura de Santa merecía las molestias que por aquella se tomaba Estrelles.

Pero al fin la resistencia de la virtuosa jóven tocaba á su término.

La alegría del capitán, al pensar que por fin iba á coger aquel verde fruto que pendía del árbol, cuyas ramas se bajaban hasta el alcance de su mano, no tenía límites.

Nunca había emborronado tanto papel, nunca se le habían ocurrido palabras tan poéticas y tan dulces para hacer la corte á una mujer.

Cuando mas abstraído estaba en las futuras delicias de su victoria, oyó á corta distancia una voz que le decía:

—¡Alto!

El capitán se volvió azorado.

—¡Ah! ¿Sois vos, señor capitán, dijo la misma voz? Muy tarde andáis por los caminos.

—¡Eres tú, Juan! exclamó el capitán reconociendo al guarda de la marquesa.

—¿Dónde vais á estas horas, señor capitán?

—Voy á donde el caballo me quiere llevar. Tengo

una gran jaqueca y necesito respirar el aire libre. ¿Y vos?

—Yo vengo de Penhoet, de casa de los Kerandal, contestó Juan.

—¡Los primos de los Fonteroses! ¡Pobres gentes! exclamó irónicamente el capitán.

—A estas horas, todo el mundo duerme en Penhoet, y seguramente no habrá en todo el cantón mas que dos personas que velen: vos y yo. Buenas noches, señor capitán.

Juan se alejó con la ligereza de un gamo y siguió su camino silbando una canción que estaba de moda.

Al descubrir las primeras casas de Penhoet, el capitán se apeó, y cogiendo el caballo por el diestro, lo ató á un árbol.

En el mismo momento, Santa, con el corazón palpitante y trémula de espanto, pero resuelta á cumplir la palabra que había dado al capitán, espiaba todos los rumores de la casa.

Jacobo y Corentin debían haberse recogido ya, porque había sentido cerrarse de golpe la puerta de su cuarto.

Cláudio ocupaba un pabellón situado al extremo del patio.

Ibo y Catalina estarían ya durmiendo, porque eran los primeros que se levantaban para acudir á sus respectivos trabajos.

Todas las luces se habían apagado.

La oscuridad era tan profunda como el silencio.

Santa se decidió á bajar al jardín.

El perro que guardaba la casa, debió conocerla, porque al atravesar el patio, en vez de romper á ladrar, se acercó á ella meneando la cola, y la lamió las manos.

Pero todos los esfuerzos de Santa fueron inútiles para impedir que la siguiera.

Santa llegó al extremo del jardín con su incómodo acompañante cogido por el collar.

El jardín estaba defendido interiormente por altos muros, y exteriormente por un ancho foso, no lleno de agua como en tiempo de los abuelos de los Kerandal, sino cegado por los escombros de las antiguas murallas de la fortaleza.

Michaud había andado ya la mitad del camino, que le separaba de su casa, cuando se le ocurrió volver grupas.

No se atrevía á dejar indefensos á los Kerandal del misterioso peligro que les amenazaba.

Cuando llegó á la puerta del jardín, dijo en voz baja el capitán:

—¡Santa!

Nadie le contestó.

Volvió á llamar y tampoco le contestaron.

Michaud distinguió un bulto que rondaba por los alrededores del jardín y le siguió, apeándose y llevando el caballo del diestro.

Por fin resonó una voz detrás del muro.

—¿Sois vos, Roberte? dijo.

—Sí.

—Entrad.

Se abrió la puerta del jardín, volviendo á cerrar, se detrás del capitán.

Michaud reconoció á la luz de la luna á Santa.

Todas las iras de los celos se desencadenaron á la vez en el corazón de Michaud.

¡Aquella mujer, á quien quería dar su nombre, le engañaba!

¡Santa tenía un amante!

¡Tenía razón el señor Lesguidou! Santa era al fin una Kerandal.

Es decir, materia dispuesta para todos los vicios, todas las traiciones y todos los crímenes.

Santa se burlaba de él odiosamente, pero la casualidad había puesto la venganza en su mano.

Al día siguiente se verían las caras en Elven.

Michaud no se opondría á que el señor Lesguidou llevara adelante sus proyectos.

Y para que su odio fuese mayor, se acercó á la puerta del jardín, y observó por la cerradura.

—¿Me amarás siempre? decía Santa en aquel momento al capitán.

—¡Siempre! la contestaba el capitán besándola apasionadamente la mano.

—¿Quién puede verte sin amarte?

—Soy pobre.

—No hay mayor riqueza que la hermosura.

Santa objetó que las mujeres para casarse necesitaban un dote.

El capitán se echó á reír.

—El matrimonio es una ley de los hombres, y el amor es un presente de Dios.

Cuando el capitán desarrollaba con mas entusiasmo esta tesis, sintió ruido á corta distancia y se volvió apresuradamente.

Santa lanzó un grito al mismo tiempo y se tapó la cara con las manos.

—No tengas miedo, hermana mía, soy yo, dijo Jacobo colocándose entre Santa y Estrelles. Antes has debido temer. Cuando yo no estaba aquí.

El capitán, aunque tranquilo en apariencia, dió un paso atrás y esperó.

Jacobo volvió la espalda á su hermana, y encarándose con Estrelles, le dijo:

—¿Sois vos, señor capitán, quien viene, favorecido por las sombras, á deshonorar á una jóven inocente? Os habeis equivocado. Y no porque sea empresa difícil. ¡Oh, no! A una niña como Santa se la deslumbra y se la pierde con poco trabajo. No hay mas que decirle que se la ama para que lo crea. No hay mas que hablarle de la desesperacion y de la muerte para que lo olvide todo, arrojándose en los brazos de su seductor. Consumada la deshonor, el caballero ga-

lante se despide de ella para el dia siguiente, y el dia siguiente no llega nunca. ¿Qué le importan á él las lágrimas de su víctima? Pero no perdamos el tiempo en vanas palabras. ¿Pensais casaros con mi hermana? Contestadme francamente. ¿No? Ya lo ves, Santa. No contesta. Entonces ¿qué os proponiais? ¿Deshonrarla?

Y dando un paso hácia el capitán, con los puños cerrados, añadió:

—¿Sabeis lo que cuesta deshonorar á una Kerandal?

El capitán permaneció impasible.

Temia mas la parte ridicula de aquella escena, que la ira de Jacobo.

Miró á su alrededor. Era imposible huir. Estaba perdido.

—¡Jacobo, le amo! exclamó Santa interponiéndose entre su amante y su hermano. Toda la culpa es mia.

—En esta clase de asuntos no se mezclan las mujeres, repuso bruscamente Jacobo, rechazando á su hermana.

—¿Qué pensais hacer, señor Kerandal? preguntó irónicamente el capitán. Estoy á vuestras órdenes... Elegid armas...

—¿Venís armado? preguntó Jacobo.

—Estos asuntos se ventilan á la luz del dia y en presencia de testigos, le contestó el capitán. Mañana...

Jacobo se encogió de hombros.

—Yo no tengo paciencia para esperar tanto tiempo, y además, mañana os negaría á batiros conmigo, pretextando que no era vuestro igual. Vos sois un caballero... yo soy un salvaje...

—¡Dejadme salir! gritó el capitán, encomendando su salvación á la audacia.

Jacobo le contestó con una carcajada.

—¿Me vais á asesinar? dijo el capitán al ver que Jacobo avanzaba hácia él.

—¡Sí! exclamó éste, ciego de cólera. ¡Sí!

—¡Así asesinasteis al marqués de Fonterose, á traición! exclamó Estrelles. Un crimen mas, ¿qué os importa?

Estas palabras helaron de espanto á Santa.

La sangre de su raza se despertó en sus venas, y gritó:

—¡Ese hombre miente, Jacobo! ¡Ese hombre es un miserable! ¡Mátale!

—Habeis estado mal inspirado, señor capitán, invocando ese recuerdo, dijo Jacobo. Sólo pensaba arrojaros desde lo alto de esos muros. Ahora voy á hacer que mi perro os haga pedazos. Supongo que la justicia no le perseguirá por eso.

El capitán, al oír esta amenaza, se puso lívido.

—¡Ven aquí, León! gritó Jacobo.

El perro se acercó á su amo gruñendo sordamente.

Pero Santa se arrojó á los piés de Jacobo, exclamando:

—¡Por piedad, Jacobo! ¡Eso sería horrible! ¡Perdónale! ¡Toda la culpa es mia!

A la mujer ofendida, habia sucedido la mujer amante.

Jacobo rechazó á su hermana y cogió al perro por el collar.

—¡Dad gracias á esta mujer! exclamó con ronca voz. La habeis querido perder y ella os salva. Pedidla perdon... ¡De rodillas!

El capitán se inclinó respetuosamente ante Santa. Pero Jacobo, cagiéndole por el cuello, le obligó á arrodillarse.

—¡Así, de rodillas!, murmuró Jacobo.

—Perdonadme, señorita, tartamudeó el capitán devorando su rábida.

—Y al levantarse, dijo á Jacobo:

—¡Y en cuanto á nosotros... nos volveremos á ver!...

Jacobo se sonrió despreciativamente.

—Cuando gustéis, le contestó. Ya habeis debido conocer que no os temo.

Y cogiéndole por la cintura, le arrojó al otro lado del muro.

Santa yacía á en los piés de su hermano desmayada.

Jacobo la cogió en sus brazos, y llevándola á la cocina, la prodigó toda clase de cuidados con

la ternura de un padre, hasta que volvió en sí.

—No llores, la dijo. No valen todos los hombres del mundo una lágrima tuya. En cuanto al secreto de esta escena, no temas. Sólo yo lo conozco. Y él lo guardará tan bien como yo.

Después de dejar á Santa en su cuarto, Jacobo volvió al jardín, y abriendo la puerta, salió á reconocer el campo.

No encontró al capitán.

He aquí lo que había pasado.

Michaud había seguido todas las peripecias de esta escena, desde la parte exterior del jardín, que estuvo á punto de echar abajo de un puntapié en el mismo instante en que apareció Jacobo.

Sin embargo, la exclamación de Santa asegurando que amaba á aquel hombre, templó mucho su entusiasmo.

No podía dudar de su desgracia.

Santa había abusado de su credulidad.

No tenía, pues, simpatías por ninguna de las dos partes beligerantes.

El capitán era su rival dichoso.

Le exacraba.

Santa se había burlado de su amor.

También la exacraba.

Cuando vió caer al capitán al otro lado de los muros del jardín, sintió una indefinible alegría.

Estaba bien castigado.

Pero cuando vió que Jacobo se alejaba sin cuidarse de su víctima, la compasión reemplazó al odio.

El capitán había caído en un charco de agua helada y hacía desesperados esfuerzos por salir de él.

En aquel momento le dió la mano Michaud, salvándole de una muerte segura.

Un momento después, los dos rivales se contaron la historia de su amor, burlándose el uno del otro, pero resueltos á obrar de común acuerdo para vengarse.

El capitán dijo á Michaud que Jacobo había asesinado á traición al marqués de Fonterose.

Michaud, á su vez, confió al capitán el secreto del señor Lesguidou, sin olvidar la misteriosa aparición en Elven, de una jóven que estaba relacionada con el crimen que se atribuía á los Kerandal.

Al día siguiente los criminales caerían en el lazo que les había tendido el señor Lesguidou.

Michaud acompañó al capitán hasta el castillo de Santa Gilda.

Los Kerandal tenían dos enemigos más.

Y el señor Lesguidou dos auxiliares con los cuales no contaba.

JUANA TRELAN

I.

La romería de Elven

Era domingo, y desde que apuntó el sol, el sacristán, colgándose de la cuerda de la campana, empezó á anunciar á los vecinos de Elven la festividad del día.

Toda la población se puso en movimiento como movida por un resorte.

Las puertas de las casas se abrieron y las marmittas empezaron á hervir en las cocinas.

No había nadie, por pobre que fuera, que no esperara á algún pariente, amigo ó huésped.

Se trataba de la fiesta tradicional del país, y todos querían asistir á ella.

El tiempo prometía favorecerla.

Marta Cahusac fué la primera que se levantó aquel día.

Pocos momentos despues estaba tambien en la cocina la señora Jacut, disponiéndolo todo y dando órdenes á los marmitones con que habia reforzado el servicio de la posada.

Los víveres abundaban, habiéndolos para todas las fortunas y todos los gustos.

Es indecible el número de parientes que visitan á un breton de Elven ó de Joquetas ó Plumergat en dias semejantes.

Aunque tuvieran la seguridad de morir de hambre al dia siguiente, ningun vecino de los pueblos inmediatos á Elven dejaria de asistir á su romería, que devora sus economías de todo el año.

—Este año les toca tirar á la barra á Penhoet y á Tredion, dijo una de las criadas auxiliares de la posada de *El condestable*. ¿Quién ganará?

Penhoet seguramente, contestó un marmiton, sobre todo, si disputan el premio Jacobo y Corentin. No hay quien pueda con ellos.

—Jacobo, repuso otro, ganó el premio el año pasado. Y por cierto que se le dió á Marta á cambio de un abrazo. Era una medalla de plata que bien valdria un escudo. ¿No es verdad Marta?

—Si, contestó Marta.

—Yo no he tenido nunca esa fortuna, suspiró otra de las criadas auxiliares.

—Dicen que la señorita de Santa Gilda se va á casar.

—Tendremos otra gran fiesta.

Esta vez no suspiró ninguna de las muchachas presentes, porque ninguna se atrevia á tener celos de la señorita de Fonterose.

El sacristán seguía tirando de la cuerda de la campana.

Las calles estaban llenas de carruajes y de caballerías.

—Vamos, vamos, despachaos, dijo la señora Jacut á sus criados. Dentro de una hora no se cabrá en la posada.

Las asistentas y los marmitones redoblaron sus esfuerzos.

—¿Y nuestra huéspedá? preguntó la señora Jacut á Marta.

—Está muy débil todavía, la contestó Marta, y se ha quedado pálida como una muerta.

Fuera de la posada la confusión y el bullicio iban en aumento.

Los aldeanos de Pleucardem saludaban á los aldeanos de Plaudren tirando los sombreros al alto, y los de Kerdegren daban su tabaquera á los de Tredion para estornudar todos á un tiempo, en prueba de las simpatías que los unían.

No se oía por todas partes mas que esta exclamación:

—Dios os ayude.

Las muchachas se reían á carcajadas para enseñar los dientes.

Todo el mundo esperaba que el héroe del día sería Jacobo Kerandal, y se hacían lenguas de él, aunque no faltaba quien, en voz baja, le quitase el pellejo por los rumores que corrían respecto á su mala conducta.

En ninguna parte es tan apreciado el valor como en Bretaña.

Jacobo era capaz de hacer correr á veinte guarda-bosques y de echar de cabeza al río á dos marqueses y tres vizcondes que, al pasar por delante de ellos con su escopeta y su perro no le saludaran.

Poseía un talisman que hacía olvidar todos sus defectos

Era tan valiente como los Kerandal que tomaron parte en el combate de los *Treinta*.

Corentin era también todo un hombre, pero no presumía de invencible como su hermano.

De aquí que Jacobo fuera mas popular.

Donde se presentaba recibía una ovación.

—¡Ahí va Jacobo Kerandal! ¡Ahí va Jacobo Kerandal!, decían los muchachos corriendo trás él, y al oír este nombre, todas las mujeres se asomaban á las ventanas para verle pasar.

Ibo no era apreciado mas que por su honradez.

Al sonar el último toque de misa, la iglesia estaba llena de bote en bote.

En aquel momento se detuvo delante de la posada el carruaje del señor Lesguidou.

—¡Ya está aquí el señor Lesguidou! exclamó alegremente Marta.

—¡Ese viejo solapado no se duerme en las pajas, murmuró la señora Jacut!

El señor Lesguidou no era santo de su devoción.

Eran las ocho cuando entró en la cocina.

Los parroquianos habituales de la señora Jacut, que estaban ya sentados alrededor de las mesas, se levantaron para saludarle.

—¿No ha venido Michaud? preguntó el señor Lesguidou á Marta.

—No, señor, le contestó Marta.

—¿Está comprometido el cuarto en que cenamos el otro día Michaud y yo?

—Sí, señor.

—¿Para quién?

—Para el señor Cláudio Kerandal, su familia y algunos amigos de la señora Jacut.

—¿Cláudio Kerandal! ¿Sabes si viene á la romería su madre?

—Sí, señor, viene toda la familia Santa, Jacobo, y Corentin, Ibo...

Una indefinible sonrisa contrajo los labios del señor Lesguidou.

—Pero siempre quedará sitio para poner una mesa en que comamos Michaud y yo.

Ya no debe tardar. Sirvenos al mismo tiempo que á los Kerandal. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor.

—Cuenta con una buena propina.

—¡Oh! ¡Señor Lesguidou!

—Me gusta proteger á las muchachas serviciales.

Marta se retiraba ya cuando la volvió á llamar el señor Lesguidou.

—Dime, ¿y la huésped de París? ¿Va á almorzar también en el mismo cuarto?

—¡Ah, señor Lesguidou! Si supierais...

—¿Ocurre alguna novedad?

—Ocurre una verdadera desgracia.

—¡Habla, Marta, habla! exclamó el señor Lesguidou, visiblemente contrariado.

—Ha sido víctima de un accidente...

—¿De un accidente!...

—Figuraos que fué á ver la torre de Elven acompañada del señor Cláudio Kerandal.

—Bueno. ¿Y qué mas?

—Resbaló y bajó rodando la escalera.

—¿Se hirió?

—Sí, señor.

—¿Gravemente?

—Sí, señor.

El señor Lesguidou hizo un gesto de disgusto.

Aquella aventura contrariaba en parte sus proyectos.

Decididamente, el diablo protegía á los Kerandal.

—¡Pobre señora! exclamó despues de una larga páusa.

Era preciso neutralizar los efectos de aquella inesperada complicacion.

—¿Marta? dijo.

—¿Señor? le contestó Marta.

—Escucha bien.

—Toda soy oídos, señor Lesguidou.

Después de mirar á su alrededor, prosiguió:

—Hablares mientras pongas la mesa.

Y bajando la voz, añadió:

—Te necesito, Marta, y ya sabes que soy generoso con las personas que me sirven. ¿Tú, profesas cierto cariño á la huéspedá que ha venido de París?

—Sí, señor. ¿Por qué he de negarlo?

—Vas á hacer lo que te mande, y te daré, no diez céntimos como el otro día, si nó dos francos.

—Mandad, señor Lesguidou. ¿Qué debo hacer?

—Poca cosa. Decir á la señorita Juana que deseo verla para hablarla de un asunto importante.

Marta echó á correr, volviendo diez minutos después.

—Seguidme, dijo el señor Lesguidou.

Juana guardaba aún cama.

Al ver entrar al señor Lesguidou, se incorporó.

—Marta, dijo, da una silla á este caballero.

—Y déjanos solos, añadió el señor Lesguidou.

Marta obedeció ambas órdenes.

—Señorita, dijo el señor Lesguidou á Juana, después de condolerse del accidente que la tenía en aquella situación, los instantes son preciosos. ¿Deseáis saber lo que ha sido de vuestro padre?

—¿Cómo podeis dudarlo?

—Yo lo sé y quiero decíroslo; pero, para demostraros que mis informes son verídicos, es preciso que sigais mis instrucciones al pié de la letra.

—Hablad.

—¿Podreis bajar al comedor donde generalmente os sirven?

—No lo sé.

—¿No hareis un esfuerzo?

—Procuraré hacerlo, si es absolutamente necesario.

—Es indispensable.

—¿A qué hora debo bajar?

—Marta vendrá á decíroslo.

—Os lo prometo. ¿Y después?

—En el comedor habrá una mujer de cierta edad.

—Bien.

—Yo os indicaré cuál es con un movimiento imperceptible para los demás. Os dirigireis á ella inmediatamente y la direis:—Yo soy Juana Trelan.

—¿Nada más?

—Y añadiréis:—Me han dicho que vos sabeis lo que ha sido de mi padre.

—¿Nada más?

—Esperareis á que os conteste.

—Bien.

—Si al entrar os hago una señal con la mano, guardareis silencio, limitándoos á oír lo que digan los demás. Por ellos sabreis todo lo que necesitáis saber. ¿Me habeis comprendido?

—Perfectamente.

El señor Lesguidou se levantó.

—Mi última recomendación es que no digais á nadie que me conocéis, ó no sabreis nada.

—Callaré.

El señor Lesguidou se despidió de Juana.

La primera persona que vió al entrar de nuevo en la cocina, fué á Michaud, que descollaba entre todos los parroquianos y criados de la señora Jacut por su elevada estatura.

La fisonomía de Michaud, siempre alegre, tenía aquel día una expresión siniestra.

El señor Lesguidou lo advirtió al primer golpe de vista.

Sus miradas se encontraron.

Michaud vaciló un momento; pero al fin se dejó vencer por el deseo de vengar la traición de Santa.

Si hubiera sido mudo, habría reventado.

—Señor Lesguidou, tenías razón, murmuró con voz sorda. Santa es una Kerandal. Se burla de mí... Tenía otro amante... ¡Viven los cielos!... ¿No habéis desistido de vuestro proyecto?

—No.

—Contad conmigo para todo.

El señor Lesguidou se sonrió.

—Ya veremos, ya veremos... contestó.

Y cogiéndole de un brazo y llevándole á un rincón de la cocina, añadió:

—Explicadme eso de que Santa tenía otro amante..

—¡Sí, otro amante afortunado!

Mientras Michaud refería al señor Lesguidou la escena del jardín, Marta puso una mesa al lado de la que debían ocupar ellos.

—Vais á estar bien acompañados, les dijo Marta.

—¿Para quién es esa mesa?

—Para tres caballeros del castillo que estarán aquí dentro de una hora. Binic ha venido á encargarse el almuerzo. Dice que uno de ellos es un general.

El señor Lesguidou miró á Michaud.

—El diablo toma cartas en el juego á nuestro favor, dijo. Tendremos testigos de importancia.

—Sois afortunado en todo, le contestó Michaud.

Y pensando en la perfidia de Santa, enseñó los puños á un enemigo invisible.

En aquel momento se detenía delante de la puerta de la iglesia el carruaje que conducía á María Ana, Santa y Catalina.

Iban á oír misa antes de entregarse á los placeres de la romería.

Claudio condujo el carruaje á la pesada, y después de desenganchar el caballo y alojarle en la cuadra, echándole un pienso, subió al cuarto de Juana.

—Entrad, dijo con voz débil la enferma al sentir que llamaban á la puerta.

—¿Cómo sigue mi querida enferma? la preguntó

Cláudio cogiéndola la mano y llevándosela á los labios.

—Bien, gracias, le contestó Juana. ¡Cuánto agradecimiento os debo!

—No me debéis reconocimiento, repuso Cláudio. Me debéis dos luses. Y aún esto es mucho para un médico de aldea. Gracias á Dios, si no cometéis alguna imprudencia, esto acabará pronto. ¿Os duele el brazo?

—Sí.

Cláudio quitó la venda que cubria la herida, y despues de examinarla, añadió:

—Ya no necesitáis médico ni nadie que os cure.

Y dió un paso hacia la puerta.

—¿Me dejais ya?

—Es preciso.

—¿Me abandonais!

—¿Qué dirian si me viesen salir de vuestro cuarto? Os comprometeria.

—Mejor que á vuestros ojos quisiera verme comprometida ante el mundo entero.

Cláudio se sentó á la cabecera del lecho de Juana.

—Explicadme lo que eso significa, dijo.

—Sois la primera persona que, desde que estoy en Francia, me ha demostrado verdadero afecto. Sois un hombre de honor superior en inteligencia y en corazón á todos los hombres que he conocido. Suceda lo que suceda, os amaré siempre.

—Sí, contestó tristemente Cláudio; me amareis como á un hermano.

—¿No es el mejor de los cariños? replicó vivamente Juana. ¿No os hace pensar que si uno tiene una pena, si padece, encuentra quien le consuele? Cláudio, os lo juré ayer. Hoy os renuevo mi promesa. Donde quiera que esteis y necesiteis de mí, llamadme y me tendreis á vuestro lado. Siendo tan bueno conmigo, ¿por qué no he de serlo yo con vos?

—¡Ah!

—Quisiera veros desgraciado para llorar con vos, añadió Juana dulcemente.

Cláudio se inclinó sobre la cabeza de Juana hasta tocar con los labios su destrenzada cabellera, y exclamó:

—¡Y si lo fuera ya, no por culpa, si nó por causa vuestra! ¿No tendríais compasión de mí? Os amo entrañablemente, y sin vuestro amor no podré vivir.

—¿Y mi pasado? ¿Puedo yo borrarlo? ¿Podeis vos hacer que no haya existido? Si vos me perdonais, yo no puedo perdonarme. ¡Está tan cercana la culpa! Dejad que pase el tiempo y cumpla su mision. Si dentro de algunos años no me habeis olvidado, buscadme y decídmelo. Yo tengo la seguridad de no cambiar. Una voz me dice desde el fondo del alma que os tendré siempre un vivo afecto. ¿Quereis que os haga una promesa? Si las heridas de mi corazón no se cierran, no seré vuestra, pero tampoco seré de ningún otro hombre.

Al acabar de pronunciar estas palabras, dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—¡Ah! exclamó Cláudio cayendo de rodillas y cubriéndole de besos las manos; si llegárais á ser mía, no habría mujer mas feliz en el mundo.

XXX

La explosion de la mina

Cuando el capitán regresó á Santa Gilda, calado como una sopa, humillado como colegial de quince años, y furioso porque se le había escapado su presa dió la brida del caballo al palafrenero, que le esperaba á la puerta del jardín, y tomó el camino de su cuarto, de puntillas, para que nadie le oyera.

Pero al abrir la puerta de su cuarto, no vió que una sombra avanzaba hácia él.

Era el general, que al verle en aquel estado, retrocedió dos ó tres pasos.

—No os asustais mi general, soy yo, y no diré que os he visto.

—Señor capitán calavera, ¿venis de alguna excursion amorosa?

—¿Y vos, mi general?

—¡Es un ángel, amigo mío, un ángel!

—Bajo la prosáica forma de una institutriz.

—¡Deliciosa! ¡Encantadora! siguió exclamando el general. Y además es un modelo de sencillez...

En su entusiasmo, el general se agarró al brazo del capitán.

—Estais mojado, capitán, y no lueve. ¿Habeis tenido alguna cita en el fondo de las lagunas?

Estrelles se disculpó diciendo que el caballo se le había espantado, dando con él en el fondo de un lodazal.

Aunque la noche es magnífica... añadió.

—¿Y vuestra conquista? le preguntó el general interrumpiéndole.

—Como la vuestra, general ¡Divina! ¡Admirable!

—¡Silencio!

Antes de separarse, Estrelles ofreció al general acompañarle al día siguiente á Elven.

Irían á almorzar á la posada de *El Condestable*, que era la mejor del pueblo, y Máximo de Presle formaría parte de la expedicion.

Los demás irían cada uno por su lado ó acompañando á las señoras.

Al día siguiente, á las seis de la mañana, las castellanas de Santa Gilda se pusieron en camino, escoltadas por Roger y el baron de Fontrailles.

El capitán se había repuesto ya de los sinsabores y las fatigas de la noche anterior.

Estaba casi alegre.

Pero la causa de su alegría era que acababa de recibir unos pliegos que esperaba de París.

En aquellos pliegos constaba que Jacobo Kerandal estaba acusado de haber sido el autor de la muerte del marqués de Fonterose.

Tenía en la mano la venganza de las ofensas que le había inferido el feroz breton.

Máximo de Presle también parecía satisfecho.

Iba á ver á Juana, por cuya suerte se interesaba tan vivamente.

—¿Qué pensais del matrimonio de la señorita de Fonterose con Roger de Ambarés? le preguntó el general durante el camino.

—¿Y vos, mi general?

—Me parece que Nicolasa se hace valer demasiado.

—No vale poco.

—La marquesa tiene prisa por deshacerse de su hija.

—No se ocupa mucho de ella...

—No piensa mas que en sus meditaciones religiosas y en sus rezos... Cuando Nicolasa se vaya á París con su marido, el castillo se convertirá en un convento.

—¿Quién os ha dado esos detalles, general? ¿La institutriz?

—¡Es una excelente mujer la señora Simonet! exclamó el general galantemente.

—No digo yo lo contrario.

—Y se conserva muy bien.

—¡Es lástima que se encierre en un convento! ¿Por qué no la haceis vuestra ama de llaves? Creo que aceptaría el cargo.

—Ya he pensado en eso.

Los jinetes descubrieron á lo lejos la de torre Elven.

—¿Corresponde efectivamente el mérito á la fama que tiene esa torre? preguntó el general al conde de Presle.

—Es el primer punto de vista de Francia, contestó Maximo.

El camino estaba lleno de carruajes.

A las once llegaron á la posada de *El Condestable* los huéspedes del castillo.

María Ana y su hija, al volver de misa, apenas podían abrirse paso por entre los grupos que materialmente llenaban las calles.

Al verlas pasar, todas las miradas se fijaron en Santa.

Ella volvía la cabeza á un lado y á otro, saludando á sus admiradores con una deliciosa sonrisa.

Michaud estaba en la puerta de la posada.

—Buenos días, amigo Michaud, le dijo Santa.

Michaud volvió la cabeza con afectado desdén, mordiéndose los labios de rabia.

Sin embargo, su corazón palpitó más fuertemente en presencia de la pérfida que le había engañado.

El señor Lesguidou le cogió de un brazo y le hizo

entrar en la posada, donde le siguieron María Ana, Santa y Cláudio.

Un momento despues llegaron Ibo y Catalina.

Ibo dijo á su madre que Jacobo y Corentin se harían esperar algun tiempo.

La señora Jacot habia reservado á sus amigos de Penhoet el mejor sitio del comedor.

Ante los Kerandal no habia generales, ni marqueses, ni autoridades.

Eran el objeto preferente de la curiosidad.

Santa parecia muy triste.

Habia ido á la romeria contra su voluntad.

Pero Jacobo la habia decidido á no quedarse en Penhoet, diciéndola:

—No tengas miedo. Si alguien se atreve á faltarte al respeto, se las habrá conmigo.

Todo lo feroz que era con los demás, era de cariñoso con los suyos.

Se hubiera dejado hacer pedazos antes que consentir la menor ofensa á su madre y á sus hermanos.

No era un bandido vulgar ni un sér de pasiones bajas: era un hombre de otro tiempo que combatía á sus enemigos con las armas modernas.

Pero, para él no habia más enemigos ni más usurpadores que los Kerandal, y luchaba contra ellos sin piedad, decidido á exterminarlos y entrar á saco en su castillo, como pudieran haberlo hecho sus antecesores.

Sin embargo, en el fondo de su alma palpitaba un sentimiento que no conocía nadie.

Jacobo, como Corentin, amaba locamente á Nicola-sa, y como Corentin la seguía á todas partes, arros-trando las mayores fatigas y penalidades por verla un momento.

Habia adivinado que su hermano la amaba tam-bien, y tenia celos de él, celos terribles, como todos sus sentimientos.

—Si tú amases á la misma mujer que yo, habia di-cho á Corentin, la mataria.

Tal vez el cariño que profesaba á Corentin hu-biera detenido su brazo.

Pero, en este caso, habria vuelto contra sí el arma homicida.

Hemos dicho que nadie conocia el secreto de Jaco-bo, y esto no es rigurosamente exacto.

Así como Jacobo habia adivinado el amor de Co-rentin, la señorita de Fonterose habia adivinado el secreto de Jacobo.

Los ojos de Jacobo, ardientes como dos carbonos encendidos, se lo habian revelado.

Si Santa parecia triste, su madre, María Ana, por el contrario, parecia tranquila.

Todavía resaltaba su hermosura á través de los extragos que habian hecho las penas en su sem-blante.

Al mismo tiempo que ellos, se sentaron á la mesa el señor Lesguidou y Michaud.

Las mesas estaban una al lado de la otra.

—Buenos días, dijo Michaud.

Santa le dió la mano, como tenía de costumbre, y Michaud la cogió temblando, y se la acercó á los lábios.

—¡Qué cinismo! murmuró el cabo de gendarmes.

Santa no podía sospechar que Michaud conociera la escena del jardín.

El señor Lesguidou saludó galantemente á María Ana y á su hija.

A creerle bajo su palabra, no había en toda Bretaña un partidario más entusiasta de los Kerandal que él.

Al levantar Santa la cabeza y ver en otra mesa al capitán Estrelles, palideció y estuvo á punto de desmayarse.

El capitán y sus huéspedes no se fijaron en este detalle.

Pero para Michaud no pasó inadvertido.

Y al mismo tiempo que Santa se puso pálida de angustia, él se puso rojo de cólera.

El capitán cambió una mirada de inteligencia con Michaud.

Aquella mirada quería decir:

—Ya lo veis. He acudido á la cita puntualmente.

El general dió un pisotón al capitán y le señaló á Santa.

—Ahora me explico por qué habeis querido que os

acompañe á Elven. Ha sido para enseñarme vuestra conquista. ¡Buena muchacha! Recibid mi enhorabuena.

—Bretaña es el país que tiene mejores vistas, le contestó el capitán sonriéndose maliciosamente.

Y llamando con la mano á quien quería pagar con buenas palabras el servicio que le había prestado, añadió:

—General, os presento á una de las autoridades militares del país, al cabo de gendarmes Michaud. Os agradecería que le recomendárais á su jefe.

—¡Buen soldado! exclamó el general mirando á Michaud de la cabeza á los pies. ¿Dónde habeis conocido al capitán?

La respuesta de Michaud aumentó la ansiedad de Santa.

—He tenido el honor de cazar con el capitán, dijo Michaud.

—¿Dónde? preguntó el general.

Michaud miró de soslayo á Santa, que le devoraba con los ojos.

—En los alrededores, mi general, repuso Michaud: en Penhoet.

Santa se dijo, transida de espanto:

—¡Lo sabe todo!

El señor Lesguidou parecía completamente extraño á esta escena; pero, sin embargo, no perdió ni el más insignificante detalle.

El conde de Presle comprendió que en el diálogo del capitán, el general y el cabo, había un secreto, pero no consiguió descifrarlo.

Aquella joven, que palidecía unas veces y otras se ruborizaba; aquella hermosa aldeana, mas trabajada por las penas que por los años; las palabras enigmáticas del cabo; las bromas del general, y las sonrisas sardónicas del capitán, debían tener una significación.

Pero más que todo esto le preocupaba á Máximo aquel joven, tan diferente de todos los bretones, por su traje y sus maneras, que estaba sentado entre la joven pálida y la hermosa aldeana.

El día antes le había visto con Juana en la meseta de la torre de Elven.

Parecía estar unido á ella por algun lazo de amistad ó de parentesco.

El conde no acababa de ver claro en medio de tantas oscuridades.

La señora Jacut no faltaba nunca á sus deberes de posadera, y menos cuando había entre sus parroquianos un general y un conde.

Aquel día se multiplicó é hizo que se multiplicaran todos sus criados.

Las diversiones públicas debían empezar á las doce, y una de ellas, llamada «la lucha», consistía en arrancar de las manos de los dos mozos más robustos del país un palo que sujetaba cada uno por un extremo.

Dieron las doce, y todos los comensales de la señora Jacut se posesionaron de la puerta y de las ventanas de la fonda para presenciar la lucha, en la cual debían tomar parte Jacobo y Corentín contra dos aldeanos de Vannes, que eran dos atletas.

Estos asieron fuertemente el palo y se colocaron en actitud de resistir.

Corentín se abrió paso por entre la multitud, que, al verle, rompió en un aplauso, y avanzando hácia los de Vannes, se asió del palo.

Al primer esfuerzo se dejó arrastrar por ellos.

El silencio era tan grande, que hubieran podido contarse los latidos de todos los corazones que esperaban con interés el resultado de la lucha.

Corentín hizo hincapié, y dando un paso hácia atrás, consiguió hacer vacilar á los atletas.

—¡Ahor! gritó Jacobo con vos estentórea.

—¡Ahor! contestó Corentín volviéndose hacia la multitud con el palo en la mano, mientras que por la fuerza de la sacudida rodaban por el suelo sus adversarios.

Un hurra inmenso siguió al triunfo de Corentín.

—Venid á beber conmigo, dijo Jacobo á los vencidos, dándoles la mano para levantarse.

La señora Jacut lloraba de alegría.

Todos los parroquianos de la posada volvieron á sentarse alrededor de las mesas.

—¿Quién ese joven? preguntó el conde de Presle á la señora Jacut señalando á Cláudio.

—Mi Cláudio, contestó la señora Jacut.

—¡Vuestro Cláudio! repuso con extrañeza el marqués.

—Sí, Cláudio Kerandal, el hermano del joven que ha vencido á esos gigantes de Vannes. Acaba de llegar de París, donde se ha hecho doctor en medicina.

Santa había variado de sitio, colocándose delante de Cláudio y Catalina, de manera que volvía la espalda al capitán y á Michaud.

Su amor á Estrelles se había desvanecido súbitamente, y el afecto que profesaba á Michaud había sido reemplazado por el convencimiento de que el cabo de gendarmes era su más mortal enemigo.

El señor Lesguidou había hecho á Marta la señal convenida, y, en el momento en que era mayor la concurrencia en el comedor, apareció Juana en el dintel de la puerta.

Cláudio al verla se levantó, y avanzando hacia ella, le dijo:

—¡Qué imprudencial! ¿Por qué habéis abandonado vuestra habitación?

El capitán Estrelles reconoció á la institutriz del hotel de Fontrailles.

—¡Juana Trelan! exclamó.

—¿Os llamáis Trelan de apellido? preguntó Cláudio á Juana.

Juana dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Maria Ana se levantó y se acercó lentamente á Juana.

—¿Sois Juana Trelan? le preguntó á su vez. ¡Sois la hija de Noel Trelan!

—Sí, contestó Juana angustiosamente.

Maria Ana prosiguió:

—Debeis venir de muy lejos. Habreis estado mucho tiempo en camino. Pero... ¡al fin nos encontramos! Os esperaba. Tenía la seguridad de que vendriais. ¿Buscáis á vuestro padre?

Juana sentía el corazón oprimido hasta el punto de estallar.

Presentía una desgracia para ella y para todos los que la rodeaban.

Tenía la conciencia de que iba á representarse allí un drama terrible.

Cláudio, de pié al lado de su madre, con una mano apoyada en la mesa y delante de aquella mujer á quien adoraba, y que iba á perder á toda su familia, contra su voluntad, no se atrevía á hacer el menor movimiento.

El capitán triunfaba.

El Sr. Lesguidou y Michaud miraban fijamente á Maria Ana, aguzando el oído, para no perder una sola palabra.

El general y el conde presenciaban inmóviles aquella escena sentados en sus sillas, y con la mas viva ansiedad pintada en sus semblantes.

María Ana no veía á nadie mas que á Juana. Creía estar sola con ella.

—Yo os diré dónde está vuestro padre, dijo con acento solemne á Juana. Está en el fondo de las lagunas de Santa Gilda. ¡Si supiérais cuántas veces he ido á llorar al borde de su tumba! ¡Si, allí está! Nadie ha turbado su sueño.

Yo misma os llevaré á las lagunas para que le encomendemos á Dios en una misma oración.

Hizo una pausa para tomar aliento, y luego prosiguió:

—¡Dichoso é! El duerme y yo no puedo cerrar los ojos. Por donde quiera que miro, veo su sombra. Y no he sido yo quien le he privado de la vida... ¡Os lo juro! El culpable ha sido otro... pero yo no puedo acusarle... Le amaba. ¿Y qué conseguiría con acusarle? ¡Ha muerto también!

Y cubriéndose la cara con las manos, se dejó caer á los piés de Juana.

—Si quereis que muera en paz... ¡perdon! ¡perdon! Juana estaba mas pálida que una muerta.

Miró á Cláudio y le preguntó:

—¿Esta mujer es vuestra madre?

—Sí, la contestó Cláudio con voz balbuciente.

—¿Por qué la habeis traído aquí? ¿No veis que está loca?

El general se volvió hácia Estrelles y le preguntó:

—Capitan, ¿sabeis qué significa esto?

—Esto significa, contestó el capitan mirando á Santa, que no estaba menos pálida que su madre; esto significa que el padre de Juana Trelan ha sido asesinado por un Kerandal hace diez ó doce años, y que este crimen ha quedado impune hasta ahora.

—Y yo digo, exclamó Juana mintiendo heroicamente, que esta mujer está loca.

María Ana se levantó como movida por un resorte.

—¡Loca! murmuró. ¿Quién ha dicho que estoy loca? Os esperaba para pedir os perdon... y ya habeis llegado. ¡Juro por la salvación de mi alma que todo lo que he dicho es verdad!... Pasó hace muchos años, pero lo recuerdo como si hubiera sucedido ayer. Pedro murió de pena y de vergüenza. Pero Juan y yo sabemos dónde descansa Noel Trelan. ¡Buscadle en el fondo de las lagunas! Allí están los restos de Noel Trelan... de nuestro huésped... El oro robado quemó nuestras manos y acabará por devorarnos. ¡Desgraciados de nosotros!

Michaud estaba de pié á uno de los extremos de la habitación.

Ibo y Cláudio, al lado de su madre sin atreverse á levantar los ojos del suelo.

Santa continuaba sentada, cubriéndose la cara con las manos.

Catalina era la única que conservaba su serenidad, mirando alternativamente con indignación á María Ana, á Juana, cuya aparición había provocado aque-

lla tormenta, y al señor Lesguidou, que se sonreía con aire de triunfo.

Pero en nada hubiera empleado sus uñas con mas gusto que en Michaud.

Comprendía que era el cómplice del señor Lesguidou.

María Ana vaciló y cayó desmayada en los brazos de Cláudio.

Michaud miró al Sr. Lesguidou como preguntándole qué debía hacer.

—Es preciso detenerla, le dijo el señor Lesguidou acercándose á él. La justicia debe tomar cartas en este asunto.

Pero en el momento en que Michaud iba á cumplimentar las órdenes del Sr. Lesguidou, apareció Marta, seguida de Jacobo y de Coirentin.

Con una palabra, Catalina les había puesto al corriente de todo lo que pasaba.

La escena cambió de aspecto.

—María Ana ha perdido la razon, dijo Catalina... Habla de crímenes... del padre de Juana Trelan, que ha sido asesinado... ¡qué se yo! ¡Infamias!...

—Que la justicia debe poner en claro, repuso Michaud.

Coirentin tuvo que apoyarse en el dintel de la puerta para no caer desplomado en tierra.

Todas sus esperanzas se habían desvanecido como una columna de humo.

La mayor de todas las desgracias que podía ocurrirle, había caído sobre él y sobre los suyos como un rayo.

—Ibo, exclamó: Jacobo, vé á enganchar el carruaje, y veremos quién se atreve á volver á hablar de indagaciones, fundándose en las palabras de una pobre loca.

Michaud dió un paso hácia María Ana.

—Os prohibo que toqueis á esa mujer, exclamó Jacobo.

Ibo salió del comedor como un autómatá.

Reuniendo sus recuerdos, había comprendido la verdad que encerraban las palabras de su madre.

El había ido á buscar á Noel Trelan á la estación del ferrocarril, hacía diez ó doce años.

El era el único depositario de la cantidad que había dejado su padre despues de pagar todas sus deudas.

Juana Trelan era la justicia de Dios que venía á castigar un crimen tanto mas odioso, cuanto la víctima, además de pariente, era huésped de su asesino.

Michaud no sabía qué hacer.

Era valiente, pero tenía miedo á Jacobo.

Por otra parte, Santa se había levantado y le magnetizaba con sus miradas.

El señor Lesguidou acudió en auxilio de su cómplice.

—Si vos no sabeis qué hacer, dijo, pedid consejo al juez de Elven. El caso es muy grave y no puede quedar así. Buscad también á Juan. Su nombre ha sido pronunciado por María Ana y es preciso interrogarle.

Jacobo se volvió tranquilamente hacia el señor Lesguidou.

—Siempre os he tenido por una víbora, le dijo, y al fin me obligareis á que os aplaste.

El señor Lesguidou se encogió de hombros.

—Nunca he hecho caso de amenazas de bandidos, le contestó. Estamos en el siglo de las luces. Ya no hay señores feudales. Ya no impera la fuerza.

Corentin se acercó á Juana, tan inmóvil que parecía petrificada.

—¿Os llamais Juana Trelan? la preguntó.

—Sí.

—¿Sois hija de Noel Trelan?

—Sí.

—¿Habeis perdido á vuestro padre?

—Sí.

—¿Y nos acusais de su muerte?

Juana miró á Cláudio y murmuró:

—No.

—Gracias, contestó Corentin.

Y con una gravedad que asombró á todos los circunstantes, añadió:

—Sois una Kerendal. No quereis manchar el nombre de vuestra familia.

—Ven, Santa, dijo Cláudio; la fiesta ha terminado para nosotros. No tenemos nada que hacer aquí.

Y cogiendo en brazos á su madre, salió del comedor seguido de Santa.

Juana, al ver salir á Cláudio, sintió que el corazón se le oprimía, comprendiendo que aquella separación sería eterna.

La sangre de su padre les separaba.

Quiso detenerle, pero no se atrevió, y lanzando un grito, cayó desmayada en una silla.

La señora Jacut y Marta, arrepentida del papel que había desempeñado en aquel terrible drama, la trasportaron á su cuarto.

Cuando Corentin ayudaba á Cláudio á colocar á su madre en el carruaje, llegaban á la posada la marquesa de Fonterose y parte de sus huéspedes.

Nicolasa se acercó consternada á Corentin, y le preguntó:

—¿Qué ha sucedido aquí?

—¡Una desgracia!... Una terrible desgracia.

—Hablad.

—No me preguntéis nada.

—Os lo mando.

—¡Por piedad, señorita!

—Quiero saberlo todo.

—Hay cosas que no pueden decirse.

—Ya os he dicho que lo mando. ¿Os volveis á Penhoet?

—Sí.

—Al anochecer estaré en la Piedra de las Hadas.

—Allá iré, murmuró Coirentin.

Aún no había salido de Elven el carruaje que conducía á María Ana y á Santa, cuando llegó el juez del distrito á la posada de *El Condestable*.

Mientras Nicolasa hablaba con Coirentin, Roger se había enterado de la acusación que pesaba sobre los Kerandal.

—¿Qué habeis podido averiguar? le preguntó la señorita de Fonterose.

—No me atrevo á deciros lo que me han contado, si vos no me lo mandais.

—Os lo mando, le contestó Nicolasa con cierta sequedad.

—Dicen que los Kerandal han asesinado á uno de sus parientes.

—Es mentira.

—Dicen que fué para robarle.

—¡Calumnial

—Yo os digo lo que me han contado.

—Entremos, dijo Nicolasa apeándose y dando la brida del caballo al lacayo que la acompañaba.

Roger la imitó.

El juez de paz acababa de sentarse delante de la mesa en que habían almorzado los Kerandal.

El general, el capitán y el conde, permanecían en su sitio.

Michaud les había dicho que no podían salir de la posada sin autorización del juez.

El señor Lesguidou se sentó delante del juez después de pedir papel y pluma á la señora Jacut, y se puso á escribir al dictado.

—Decíamos que la señora María Ana Kerandal, de Penhoet, confiesa que uno de los suyos, su difunto marido probablemente, asesinó al señor Noel Trelan, primo suyo.

Al oír el nombre de Trelan, prestó atención Ambarés.

El juez de paz añadió.

—Esta confesión fué provocada por la presencia, que ella no preveía, de una joven llamada Juana Trelan, hija de la víctima, la cual se halla accidentalmente en la posada de la señora Jacut.

Roger palideció.

Juana estaba allí... bajo el mismo techo que él... á algunos pasos nada más.

El juez continuó dictando, pero el señor Lesguidou era quien verdaderamente redactaba aquellas primeras diligencias judiciales, no omitiendo, como testigo de *vista*, ninguna circunstancia que hiciera más agravante la situación de María Ana.

Cuando llegó á la afirmación de que Juan, el guarda, conocía el sitio en que había sido arrojado el cadáver de Noel Trelan, precisó por sí mismo los puntos que debían ser reconocidos.

Aquel hombre, mas venenoso que una serpiente además del odio, estaba estimulado por el miedo.

Lo único que podía ganar en aquel negocio, de no tener los resultados que esperaba, era una bala perdida al pasar por el bosque.

Las palabras de Jacobo resonaban todavía en sus oídos.

—¡Vibora, yo te aplastaré! había dicho, menospreciando al cuerpo de gendarmes en la persona de Michaud, y al ejército representado por el general y el capitán.

A medida que la esperanza del triunfo se alejaba, el señor Lesguidou veía mas clara la situación, y á pesar de su fuerza de voluntad temblaba.

Terminada la indagatoria, el señor Lesguidou la leyó con voz trémula á los circunstantes.

La señorita de Fonterose la oyó sin pestañear.

El juez, despues de terminar la lectura, invitó á los circunstantes á que autorizasen el documento con sus firmas.

—Hay una cuestión prévia que deben resolver los médicos, dijo el conde de Presle. Si esa mujer está loca, sus palabras no tienen valor alguno.

—La verdadera cuestión prévia, repuso el señor Lesguidou, consiste en buscar el cadáver de Noel Trelan en el sitio señalado. Juan, el guarda, debe auxiliar á los gendarmes en esta primera investigación.

El juez mandó que se hiciera así, retirándose segundamente, porque, en realidad, le interesaban mas los huéspedes que le esperaban en su casa, que el esclarecimiento de aquel asunto.

Nicolasa se acercó al general y le preguntó:

—General, ¿habeis visto á esa joven?

—¿A la señorita Trelan?

—Sí. ¿Qué clase de mujer es?

—Es una mujer adorable. Yo la conocía ya.

—¿Dónde la habeis visto?

—En casa de los barones de Fontrailles, donde ejercía el modesto cargo de institutriz.

Máximo parecía hondamente preocupado.

Preveía las consecuencias que aquel suceso iba á producir en los proyectos de Roger de Ambares.

Delante de la posada se habian formado algunos grupos de curiosos.

—No ha sido nada, decia en alta voz la señora Jacut. Todo se ha reducido á un rapto de locura de Maria Ana Kerandal. ¡Pobre mujer!

Los grupos se fueron deshaciendo poco á poco, y la calma se restableció en la posada.

Sin embargo, la señora Jacut estaba desesperada, tanto por lo que le afectaba la desgracia de sus amigos, cuanto por la pérdida que revelaba para ella el trágico desenlace de la romería.

Por de pronto, su querido Cláudio tomaría el camino de París avergonzado, y no le volvería á ver:

¡Pobre Cláudio!

También el conde de Presle, que había ido á Bretaña en busca de impresiones, empezaba á creer que los sucesos habían ido demasiado lejos.

Sólo marchaban los acontecimientos á gusto del capitán Estrelles.

Su ódio estaba satisfecho.

—Creo que debemos volver al castillo, dijo Roger, para quien la presencia de Juana en la posada constituía un verdadero peligro.

—Soy de vuestra misma opinión, repuso el general.

El capitán consultó el semblante de Nicolasa.

—Un momento, general, dijo la señorita de Fonterose.

Y llamando á Marta, añadió:

—Quisiera ver á la señorita Trelan.

Roger cambió de color.

Máximo no hubiera dado en aquel momento un franco por el dote que esperaba su amigo para liquidar sus cuentas.

30563

M. 5670

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

